

María Eugenia Zuran

LIDIA



Ediciones
Alféizar

LIDIA

María Eugenia Zuran



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 – Alquería de la Condesa – Valencia – España

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

Autor ilustración de portada: Nicolás Nanni

ISBN-13: 978-84-120710-4-7

Depósito Legal: V-2159-2019

Para Fernando: mi esposo, mi dicha, mi tesoro.

Especial agradecimiento a Nicolás Nanni, mi gran amigo y mi ilustrador personal, que acompaña mis obras literarias con sus maravillosas creaciones.

CONTENIDO

PARTE 1

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

PARTE 2

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

PARTE 3

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

PARTE 1

Capítulo 1

Lidia nació en noviembre, en medio de una madrugada de relámpagos y granizos incesante. Su nacimiento se produjo en el propio hogar, una casa de estilo victoriano ubicada al final de una callecita zigzagueante de un pueblo antiguo llamado El Ceibal. Tal decisión fue tomada por la madre, y el padre en común acuerdo. Catalina dijo que se sentiría más segura en la casa y Máximo corrió a ultimar todos los preparativos para volver los deseos de su esposa realidad. Se equipó el dormitorio matrimonial de todo lo necesario y se contrató a la mejor partera y demás profesionales de la salud requeridos en estos casos. Se llenó el lugar de floreros con lirios —la flor preferida de la futura madre— y se bajaron un poco las persianas, para evitar el golpe del granizo contra los cristales. Durante todo el trabajo de parto el vendaval se dejó sentir en su máxima expresión: se sacudían los vidrios y el viento azotaba con ferocidad el tejado. Catalina pujó a los gritos por un tiempo que al esposo le pareció una eternidad; parecía que la criatura no quería salir. La partera no dejaba de repetir que no se rindiera, que ya estaban a un paso, pero Catalina siempre había sido temerosa y esa noche en especial sentía todo terrorífico. Los ojos de Máximo iban de entre las piernas de su mujer al rostro tenso de quien la asistía, que miraba fijamente sin ver siquiera la cabecita del bebé asomada. Finalmente el milagro ocurrió, a las tres de la madrugada en punto. La criatura salió y no lloró, a pesar del corte del cordón umbilical. Lograron, tras algunas maniobras comunes en estos casos, estabilizarla y producir en ella el llanto. Después se la colocó en el pecho de la madre, que vio con lágrimas en los ojos que se trataba de una niña.

—¿Cómo se llamará? —preguntó la partera al tiempo que cubría el cuerpo de la pequeña con una manta inmaculadamente blanca.

Máximo y Catalina se miraron. Ella suspiró. Ni siquiera tenía fuerzas para emitir palabra. Fue él quien habló, con la voz entrecortada por la emoción:

—Se llamará Lidia.

* * *

—Mamá, despierta.

Máximo sacudió el hombro de su madre, que dormía boca abajo entre mantas y frazadas, con la cabeza canosa apenas visible entre las almohadas. Debió llamarla un par de veces más, repetir el movimiento de la mano sobre su hombro de piel y hueso, hasta lograr que Joaquina abriera los ojos y se volviera hacia él. La mujer lo observó como quien no entiende la situación, al principio inclusive le costó reconocerlo. Máximo estaba envuelto por las sombras de pie junto a la cama y parecía más bien una aparición fantasmagórica.

—¿Eres tú? —balbuceó ella— ¿Qué hora es? ¿Qué pasa?

Máximo sacudió la cabeza, como restando importancia a tales preguntas. Le resultaba muy difícil contener el entusiasmo y sentía la necesidad de gritar, saltar, batir palmas. Ya amanecía. Los débiles rayos de un sol que había logrado vencer a la tormenta chocaban contra la persiana baja del dormitorio de su madre. Parecía que ese día sería caluroso, con temperaturas que a una anciana como Joaquina le costaría soportar.

—Levántate, mamá, porque te espera la mejor sorpresa de tu vida.

Ella, que hasta ese momento tenía los ojos entrecerrados, levantó del todo los párpados y dejó en evidencia un par de ojos oscuros como la mismísima noche. Parpadeó, intentando acomodar las palabras de su hijo en la mente. Hasta que comprendió, y el corazón le dio un sacudón en el pecho.

—¡Es la criatura! —gritó intentando incorporarse en la cama— Ya ha nacido, ¿verdad?

—¡Sí, mamá, ya ha nacido! Ven, que te ayudo.

—Dime qué es, dime si es niña o niño. ¿Cómo ha sido el parto? ¿Cómo está Catalina? ¿Ha resultado todo como lo esperaban?

Mientras formulaba las preguntas, Joaquina se sentó al borde del colchón, estiró las piernas e intentó pararse sobre las pantuflas que la esperaban al costado de la cama, todo esto con la ayuda de la mano de su hijo, que sostenía su brazo escuálido. Cuando logró deslizar los pies dentro del calzado mullido, se puso de pie, atrajo a Máximo contra su pecho y lo rodeó con los brazos. El hombre se dejó besar, tocar y estrujar, cerrando los ojos y conteniendo las

lágrimas. Había cierta resistencia en la familia a expresar los sentimientos, siempre había ocurrido así, tal fue el motivo por el que Máximo se contuvo y no dejó que la emoción asomara, mientras, su madre lo mantenía apretado contra su cuerpo.

—Eres padre al fin —le dijo ella palmeándole la nuca—. Es niña, ¿verdad? Es una hermosa niña parecida a ti, ¿no es cierto?

Máximo se apartó de ella para mirarla a los ojos. Joaquina brillaba a través de las pupilas.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? —dijo ella y sonrió, mostrando todos sus dientes impecables.

Máximo se encogió de hombros y también sonrió. Acomodando un bucle blanco detrás de la oreja de su madre, dijo:

—Su nombre es Lidia. ¿Te gusta?

Joaquina desvió la mirada hacia la ventana. De repente se mostró pensativa.

—Lidia —repitió. Pronunció el nombre con cuidado y delicadeza. Movié los labios después como si estuviera disfrutando el sabor de un bocado hasta ese instante desconocido.

—Lo eligió Catalina y a mí me pareció agradable. Vaya uno a saber de dónde lo sacó, pero suena bien, ¿no es cierto?

—Lidia Brunozzo. Sí, me gusta. Me hace pensar en algo lleno de misterio, pero no le hagas caso a esta vieja loca, que siempre ve cosas que a ti no te interesa ver.

Máximo arqueó las cejas ante este último comentario de su madre. No dejaban de sorprenderlo sus reacciones, por momentos tan poco comunes y tan poco esperadas. Joaquina siempre había sido la integrante exótica de la familia, alguien con el que uno debía aprender a lidiar.

—Déjame verla, déjame conocer a Lidia. Si la madre duerme, no molestaré. Apenas me oirán entrar, te lo prometo.

—Es que justamente vine a buscarte por eso, mamá. Catalina no duerme.

Está amamantándola. Vamos a verlas. Catalina me ha pedido que venga a buscarte.

* * *

La flamante madre estaba sentada en la cama, con una manta hasta la cintura y a su hija entre los brazos, profundamente dormida. La niña, robusta y de buen color, no había tenido problema en prenderse a su pecho y el primer intento de lactancia había sido todo un éxito, cosa sorprendente para los doctores por la velocidad y facilidad con que todo se había desarrollado. Ahora, mientras dormía, la bebita mantenía una de sus manos cerrada en derredor al dedo de la madre, que la observaba con la mirada inflamada por la emoción. Catalina siempre había querido tener un hijo y el embarazo se había hecho esperar mucho más de lo que ella hubiese deseado. Ahora que la niña estaba entre sus brazos, toda esa espera (los meses y meses de sueños y frustraciones) parecía lejana como la mismísima luna en el firmamento. Ya no había sufrimientos, sí en cambio incertidumbres y nervios al verse en compañía de ese nuevo ser, sin saber mucho todavía al respecto. La fragilidad de la situación le generaba un constante cosquilleo en el pecho, el corazón acelerado, la garganta cerrada. Temía equivocarse, hacer cualquier ínfimo movimiento y arrepentirse después.

Estaba tan inmersa en aquellos pensamientos, que no escuchó cuando la puerta se deslizó, acompañada del suave chirrido de las bisagras. La madera del piso crujió bajo los dos pares de zapatos que avanzaron hacia la cama. En medio de la penumbra que Catalina había pedido para poder descansar mejor, las dos siluetas se movieron sin dificultad y llegaron a su lado. Vio, envueltas en sombras, las cabezas de su marido y su suegra, que se inclinaron un poco hacia adelante para acortar distancia. Máximo estiró el brazo y prendió la lámpara de la mesita de luz. Catalina parpadeó, con un gesto que demostró su descontento frente a este accionar, pero la emoción dominaba todo de tal manera, que muy pronto las insignificancias quedaron a un lado. Joaquina ya estaba a centímetros de su nieta. La miraba como al mayor milagro de todos los tiempos.

—Si hay perfección en esta vida, por todos los dioses que la estoy viendo

—susurró, con los ojos del tamaño de dos inmensos platos.

Máximo afirmó con la cabeza, Catalina la miró de reojo y Lidia se movió apenas la abuela dijo la última palabra.

—¡Me ha escuchado! ¿Lo ven? ¡Esta niña me ha escuchado! —lanzó la mujer, emocionada hasta el rubor más intenso.

—Shhh, mamá —pidió Máximo—, no te excites tanto, que contagiarás a la criatura.

Lidia levantó apenas los párpados y abrió la mano que se había sujetado al dedo de su madre. Todo su diminuto cuerpo se movió, desperezándose tras el sueño profundo. Catalina la atrajo más contra sí y le besó la frente, pero Lidia se movía como si no deseara el cobijo de su madre sino mirar hacia otros lados, explorar un poco todo lo que la rodeaba. Así de recién nacida como era, Joaquina sintió enseguida que la niña tenía un no sé qué, una actitud muy diferente a lo que se hubiese esperado, algo que no se podía describir, pero que a la abuela le provocó una emoción poco entendida hasta por ella misma. Sin darse cuenta, se había apoyado con los codos sobre el colchón, casi tocando la cadera de Catalina. Máximo le apoyaba una mano en la espalda como si pretendiera con eso hacerle notar que la cercanía era, a esas alturas, demasiada.

—Tiene los ojos oscuros —dijo Catalina a su suegra—. No quiero adelantarme, pero me parece que son iguales a los de él.

Máximo esbozó una leve sonrisa, pero Joaquina estaba muy lejos de prestar atención a lo que cualquiera de ellos dijera. Miraba a Lidia embelesada, derretida por tanta emoción que le generaba.

—Mamá, no te vayas a fijar esa idea de que tiene mis ojos —dijo Máximo—, porque después no quiero que te lamente si resulta que Catalina se equivocó.

Joaquina sacudió la cabeza, como queriendo decir que tanto palabrerío la tenía sin cuidado. Acercó el dedo índice al hombro de Lidia y le dio un suave golpecito.

—¡Hola! —susurró.

—Tampoco esperes que vaya a tirarte un sermón después del «hola» —

bromeó Máximo.

Joaquina no despegó los ojos de su nieta. Los padres comenzaron a intercambiar comentarios de todo tipo, pero la abuela ya estaba muy desprendida de todo aquello. La conexión con Lidia era más fuerte que cualquier otra cosa. Y Lidia, como si quisiera demostrar que sabía de la atención de Joaquina, torció la cabeza hacia ella muy levemente, y sus ojos abiertos parecieron buscar en su dirección.

Capítulo 2

Cuando había tormentas, la casa se llenaba de la luz de los relámpagos en rincones y rinconcitos. Parecía que se volcaba sobre los peldaños de la escalera como si fuese líquido, o chocaba contra las paredes en rebotes rápidos y fugaces, para después volver estas paredes o peldaños a la más absoluta penumbra, sobre todo cuando esto ocurría por las noches. Los sonidos provocados por los vendavales también hacían otro tanto, convirtiendo al hogar en un nido de ecos y retumbes. Lidia miraba todas estas cosas desde su dormitorio, porque aquel cuarto era el que la niña elegía constantemente, ya fuera para hacer la tarea de la escuela o para jugar. Le gustaba ubicarse junto a los cortinados y fijar la mirada a lo lejos, a través del vidrio de la ventana. Cuando eran noches de lluvia torrencial, podía estar horas enteras prestándole atención a las montañas y las explosiones de luz en el horizonte. La lluvia —cada gota que caía— significaba para ella el mayor de los placeres. Si nadie le hubiese frenado los impulsos, habría ido muchas veces al jardín de la casa para recibir el agua en pleno rostro y sobre su cabeza, empapando las ropas sin darle a esto demasiada importancia. Tal vez sintiese todo eso tan intensamente por saber que había llegado al mundo una madrugada de grandes chaparrones y granizo, cosa que sus padres le habían repetido hasta el hartazgo. De aquella noche, Lidia sabía del esfuerzo de su madre y la compañía de su padre en todo momento, de los lirios adornando la casa, de la emoción de la abuela y las visitas de parientes y amigos al día siguiente. Su padre siempre le había contado acerca de aquella noche como si se tratara de un cuento de un libro infantil, y a ella le encantaba escucharlo. Inclusive en el presente, ya teniendo doce años, a veces la niña le pedía al padre que le relatara la madrugada de su nacimiento en detalle. Máximo aprovechaba la hora de dormir para contarle acerca de aquel momento una y otra vez.

—¿No tenía miedo de asomarme al mundo, papá? Con tantos truenos y relámpagos...

—No tuviste miedo esa noche ni ninguna otra, Lidia. Siempre fuiste una niña muy valiente.

Aquella pregunta y aquella respuesta se repetían cada vez, con las palabras

casi calcadas. Lidia abría muy grandes los ojos cuando Máximo le hablaba de su valentía: no estaba segura de creerlo del todo, pero le gustaba escucharlo de sus labios. Y esa noche, en especial, aquellos recuerdos de toda una infancia volvieron una y otra vez. Estaba particularmente nostálgica.

Acababa de cumplir los doce hacía apenas dos semanas. Casi estaba dejando de ser una niña, a un paso de todos los cambios y revoluciones que traen los años de la adolescencia. A pesar del paso del tiempo, mantenía algunas costumbres de la primera etapa de la infancia, como la lectura de cuentos a cargo de Máximo o el querer pasar la mayor parte del tiempo en su dormitorio, donde tenía todo lo necesario para pasarla bien. Las muñecas habían quedado un poco abandonadas, algunas dentro del armario y otras en el baúl que estaba ubicado a los pies de la cama. En su reemplazo habían aparecido blocs de hojas lisas, crayones y marcadores, todo lo que Lidia necesitaba para sus dibujos de paisajes imaginarios o seres bastante particulares. Las figuras de sus papeles no tenían parecido con los humanos. Sus cabezas eran alargadas y los dedos de pies y manos huesudos y puntiagudos, con uñas curvadas, de un largo llamativo. Los colores que escogía para estos cuerpos eran siempre azul o naranja, jamás se salía de ellos. Coleccionaba sus dibujos en una carpeta de cartón que escondía entre el colchón y la estructura de la cama. Pensaba que nadie sabía de ellos, a excepción de Marta, la empleada doméstica. A esta mujer había debido contarle de su carpeta, porque era ella quien cambiaba las sábanas y aireaba los colchones de toda la casa.

—Pero no te preocupes, nada diré de tu secreto —le dijo ella una vez—. Eso sí, me gustaría ver los dibujos. ¿Me los muestras?

Lidia lo hizo, porque confiaba en el hermetismo de Marta. La mujer los observó con una expresión de sorpresa. Cada trazo llamó su atención, cada detalle tan cuidado. Miró a la niña, que por esa época tenía apenas siete años, con los ojos iluminados.

—¡Lidia, tus dibujos son muy buenos!

—¿Lo son? —preguntó ella, ruborizándose.

—Pues claro que sí, no te mentaría nunca. Tienes un don especial para esto, se nota a la legua. Yo creo que tus padres dirían que...

Lidia, que se había sentado al borde de la cama junto a Marta, estiró un brazo y sujetó su hombro con fuerza descomunal.

—¡Me prometiste que nada dirías! ¡No quiero que nadie sepa de mis dibujos!

Marta despegó los labios con la intención de responder ante el nerviosismo de Lidia, pero inmediatamente se arrepintió. La pequeña la miraba con la súplica en los ojos, por lo que no pudo hacer mucho más que decir:

—No diré nada. Te lo he prometido y lo cumpliré, pero quiero que sepas que realmente eres buena. Tus dibujos hablan de puro arte, de arte del mejor.

Un trueno sobre la casa hizo temblar todo alrededor y Lidia se desprendió de aquel recuerdo relacionado con Marta. Mirando hacia afuera, vio que el cielo estaba invadido de espirales oscuras que danzaban enloquecidas y chocaban unas con otras. De vez en cuando, entre ellas, la luminosidad de un relámpago quebraba aquella negrura amenazante. Los árboles, las plantas, hasta los faroles de las calles se sacudían ante esta fuerza de la naturaleza que se había presentado con un poder impresionante. Lidia parecía hipnotizada. Sus ojos iban y venían de un lado al otro, a veces hacia el cielo embravecido y otras hacia el jardín de la casa, invadido por cantidades de hojas caídas que levantaban vuelo prisioneras del viento. Todo era tan hermoso, tan parecido a la fantasía que tenía respecto a la noche de su propio nacimiento, que la niña no podía dejar de observar. Apoyó las palmas de las manos sobre el vidrio que estaba helado y se acercó un poco más. Vio, entre las nubes, una estrella que le llamó la atención. Brillaba, titilante, en medio del caos instalado.

—¡Ah! —exclamó la niña, poniéndose en puntas de pie. Pegó la nariz contra el vidrio e intentó no perder de vista a la estrella.

—No se irá, no te preocupes —escuchó decir a sus espaldas.

Lidia sonrió. La estrella pareció brillar más intensamente aun tras aquellas palabras.

—¿Y cómo lo sabes, papá? —preguntó la niña.

Pero no hubo respuesta. Sorprendida, se dio vuelta. No había nadie en el dormitorio y la puerta estaba cerrada. El silencio solo era interrumpido por los sonidos de la tormenta. La niña frunció el ceño.

—¿Papá? —llamó.

La puerta se abrió lentamente, como era costumbre. Lidia se quedó inmóvil observando este movimiento, todavía pensando en que había escuchado la voz de su padre minutos atrás, dentro del cuarto. Cuando Catalina apareció en el umbral, la niña se desconcertó aún más. No eran comunes las visitas de la madre a esas horas: aquella rutina la cumplía Máximo sin fallar ni siquiera una vez. La mujer era distante, siempre lo había sido, y eso a Lidia parecía ya ni siquiera molestarle. Uno se acostumbra a todo o a casi todo, solía pensar.

Catalina dio un paso dentro. En ese momento la intensidad de un trueno sacudió los cimientos de la casa misma. Las dos, madre e hija, se estremecieron. Lidia miró hacia la ventana, pero Catalina no despegó los ojos de la chica. Se notaba que estaba buscando las palabras adecuadas y no podía encontrarlas.

—¿Dónde está papá? —preguntó la niña, adelantándose.

La falta de respuesta inicial por parte de la madre hizo que en el interior de Lidia la verdad se revelara, con la crueldad de lo inesperado. Sus ojos permanecieron fijos a través del cristal, enredándose la mirada en el caos natural del exterior, sintiendo su alma un hormigueo insoportable. La estrella que nunca se irá, pensó, y le pidió a su padre que de verdad nunca lo hiciera. Entonces Catalina habló, y su voz formó un eco que retumbó sobre sus cabezas:

—Papá se ha ido.

Capítulo 3

Marta llamó a la puerta y aguardó, sin poder evitar la ansiedad. Plegado sobre una de sus brazos tenía el vestido negro que Joaquina le había pedido que bajara del altillo. Era una prenda sumamente importante para la anciana, que había quedado olvidada por unos cuantos meses colgando de una percha en aquel cuartucho de arriba al que nadie iba jamás. Ahora, después de haber sido cepillado con esmero, el vestido estaba a punto de caer una vez más sobre el cuerpo delgado y casi esquelético de Joaquina, que debía estar lista en menos de una hora para partir rumbo al velatorio de su hijo Máximo.

La muerte de su primogénito había resultado de lo más sorpresiva. Habiendo sido Máximo un hombre tan sano durante toda la vida, costaba entender que se hubiese recostado en el sillón para disfrutar de una película y media hora después su mujer lo hubiese hallado muerto, casi a punto de caer de costado sobre la pila de libros y revistas que siempre descansaban junto a las patas de su asiento favorito. Parecía sonriente, había dicho la viuda, como si el recibimiento de la propia muerte no le hubiese causado decepción alguna. Marta, que toda la vida había trabajado para los Brunozzo, sabía sin la necesidad de que nadie le dijera nada que ningún integrante de la familia escapaba a la pena de la partida de Máximo. Sabía, sobre todo, que Joaquina intentaría por todos los medios mostrarse fuerte ante semejante dolor, pero que con toda seguridad era esta mujer la más vulnerable de todos. Marta amaba a Joaquina: la anciana había sabido ocupar un lugar de afecto y contención que ella siempre agradecería. Ahora, de pie frente a esa puerta cerrada, la buena empleada intentaba hallar la mejor manera de entrar allí y ser esta vez ella un sostén para Joaquina.

Pero la puerta no se abrió, y la respuesta a su llamado tampoco llegó. El silencio resultó tan intenso, tan poco común, que Marta no lo soportó demasiado y a los pocos minutos volvió a insistir, esta vez girando el picaporte, asomando apenas la cabeza y diciendo muy por lo bajo:

—Joaquina, ¿puedo pasar?

Hubo un sonido metálico que Marta reconoció como el de las campanitas que Joaquina tenía colgadas junto a la ventana. Estaría todo abierto, aireándose el espacio como a la anciana le gustaba, pensó. Con la mano

empujó la puerta y dio algunos pasos dentro. Lo primero que notó fue que la cama ya estaba hecha, cosa que en realidad le correspondía a ella dentro de sus tareas. Lo segundo fue el biombo antiguo desplegado casi de pared a pared, dejando fuera del alcance de la vista la pequeña mesita que Joaquina había ubicado junto al ventanal, que estaba entreabierto. Este ventanal daba al balcón más amplio del primer piso, desde el que uno apreciaba con facilidad el jardín y los tejados de las casas vecinas. Joaquina podía pasar, al igual que su nieta, largas horas en el dormitorio sin que esto llegara a incomodarla. Aquel balcón solía recibirla durante las tardes, con su mecedora de mimbre y su pequeña mesa ratona sobre la que siempre había pocillos de café o de té y alguna que otra masa o pastelito.

Marta caminó hacia el biombo, creyendo que encontraría a Joaquina del otro lado. No se equivocó. La anciana estaba sentada con las manos entrelazadas sobre el borde de la mesa, como si estuviera rezando. Al notar a Marta, sólo movió los ojos. La miró como si jamás la hubiese visto antes. Después suspiró y le dijo:

—Apuesto a que ese vestido me quedará mal. Chico, o algo así.

Marta parpadeó frente a este comentario.

—No creo. No has engordado.

—No he engordado, no, pero sí me he deformado. No hay caso, contra la tiranía del tiempo no se puede luchar. Pasa por nuestras vidas como una aplanadora, es imposible evitarlo.

Joaquina se levantó de la silla con cierta torpeza. Era evidente que quería evadirse en aquel momento tan duro. Dio la vuelta alrededor de la mesa y se plantó frente a Marta, echando una mirada dudosa sobre el vestido.

—Al menos está bien cepillado. Puedo notarlo.

—Ni una pelusa, te lo aseguro.

Joaquina sonrió. Sabía de sobra de la eficiencia de Marta. Tomó el vestido y se encaminó al cuarto de baño. Mientras tanto Marta se quedó a un paso del balcón, mirando hacia afuera con los ojos empañados. Se sentía en el aire el duelo en proceso, la ausencia de Máximo inmensa como el mismísimo universo.

Joaquina apareció minutos después vistiendo la prenda negra. Marta la vio llegar y juntó las manos debajo del mentón, en un gesto de aprobación absoluta.

—Te queda maravilloso. Te lo dije: no has engordado un gramo.

Joaquina revoleó los ojos y volvió a sentarse frente a la mesita. Parecía tan agotada como si un enorme peso le estuviese cayendo sobre los hombros.

—¿Sabes lo que me tiene así? No la muerte de mi hijo, porque sabes muy bien lo que pienso y siento. Como siempre te he dicho: la muerte no es el final, es sólo el intervalo. Y si he de creer en eso, comprenderás que es en todos los casos, un hijo no significa una excepción a la regla. La que me preocupa es Lidia, y más de lo que cualquiera podría imaginarse.

Marta arqueó las cejas. Le costaba entender aquel pensamiento en relación a la vida, la muerte y lo que había más allá. Muy básica en muchas cosas, no podía tener la misma visión que Joaquina al respecto, y por otro lado se negaba a hondar en estas cuestiones. Le costaba demasiado y también la incomodaba.

—¿Qué es lo que te preocupa de Lidia? —preguntó, intentando apartarse de lo otro.

Joaquina estaba por responder, cuando la puerta emitió el chirrido de siempre al abrirse. Marta giró y pasó el biombo, dejando a la anciana del otro lado. Lidia había entrado y aguardaba en el umbral de la puerta. Ya estaba lista para salir: llevaba un vestido gris oscuro que le cubría las rodillas, medias enterizas blancas y zapatos negros. Su cabello castaño, de un largo impresionante, había sido levantado en un rodete tirante que dejaba libre el rostro blanco y pecoso. Los ojos eran achinados y de mirada triste. En ese momento los mantenía entrecerrados y direccionados hacia el piso. Daba la sensación de que no quería mirar a nadie a la cara.

—¿Es Lidia? —preguntó Joaquina antes de que Marta pudiera emitir palabra.

—Sí, abuela, soy yo —respondió la niña levantando la cabeza. Miró fijamente el biombo y lanzó un profundo suspiro.

—Pues no te quedes ahí. Ven conmigo. Gracias, Marta, ya no necesito nada

más.

Marta se retiró y Lidia asomó al costado del biombo. Joaquina sonrió ante su sola visión.

—¿Vienes a buscarme? ¿Ya tenemos que irnos?

Lidia negó con un movimiento de cabeza. Muy despacio se acercó y se sentó frente a la abuela.

—Mamá todavía está maquillándose y los tíos no llegaron. Todo va muy lento, parece eterno, pero eso no es importante ahora. Necesito contarte algo, abuela, por eso vine. Y esperaba que estuvieras sola. Ahora que lo estamos, creo que por fin me puedo animar.

Joaquina se inclinó sobre la mesa como si quisiera acortar la distancia con su nieta. Vio en sus ojos una humedad intensa, y que los labios temblaban.

—Se trata de la noche en que papá murió, abuela.

Aquellas palabras hicieron que Joaquina se enderezara en su asiento, sorprendida por aquello que la niña le había lanzado sin anestesia. Lidia contuvo un nuevo suspiro; intentó controlarse lo más que pudo, pero no fue una tarea sencilla.

—¿Qué pasa con la noche de su muerte?

—Necesito que me prometas que me creerás, abuela, porque de lo contrario me sentiré muy mal.

—Sabes que lo haré, ni falta hace preguntarlo. Anda, dime.

Lidia cerró los ojos y los apretó con fuerza, lo mismo que hizo con sus manos entrelazadas. En ese gesto que la llevó a un instante de absoluta introspección, halló el espacio para que el rostro de su padre apareciera como un punto brillante y fugaz en medio de tanta sensación caótica. Lo vio sonriente, resplandeciente. Su imagen fue tan nítida que por una milésima de segundo pensó que aquello no era sólo el producto de su recuerdo. Después, cuando abrió los ojos, la visión de su abuela enfrente, y toda aquella hermosa habitación alrededor le produjo una tristeza infinita. El padre ya no estaba, todo lo demás sí. Y tenía que contarle a su abuela lo que había ocurrido.

—La noche que papá murió...

—Ayer, Lidia, ayer a la noche.

Joaquina era la única que podría llegar a entender, porque era la única que vivía una realidad diferente. Frente a este pensamiento, la muchacha se llenó de emoción. Miró a su abuela con un gesto de absoluto alivio: estaba frente a la persona indicada. Aun así, las palabras no quisieron salir de su boca inmediatamente. La anciana, por su lado, se limitó a observarla con atención. Vio en ella cambios desconcertantes: un gesto fruncido de angustia infinita seguido de una relajación completa de todo el rostro. En medio de todo esto asomó un intento de sonrisa y una mueca de dolor que le hizo pensar que Lidia estaba padeciendo algo físico. Vio tantas cosas en apenas segundos, que la pobre mujer sintió una pena muy honda. Se inclinó sobre la mesa, estiró los brazos y con ambas manos sujetó las de Lidia, que reposaban temblorosas al borde de madera. Apenas hizo esto, todo cambió. Ocurrió lo que Joaquina pensó que en ese momento no pasaría: vio. El contacto con la piel de Lidia (como tantas otras veces le había ocurrido con otras personas) le reveló lo que la pequeña estaba a punto de decirle. Vio a la niña de pie junto a la ventana, contemplando la tormenta pasada. Al mismo tiempo vio a Máximo en la planta baja, sentado en su sillón frente al televisor. Mientras una se mantenía serena presenciando la furia de la naturaleza, el otro comenzaba a despedirse del mundo, sintiendo la primera aparición del dolor en el centro del pecho. A las once en punto Máximo murió, y a las once y diez apareció en la habitación de Lidia. La niña no lo vio, pero sí lo escuchó y le respondió cuando él le dijo que la estrella fugaz que estaba viendo no se iría. Después giró para mirarlo, pero la figura fantasmagórica del padre se había desintegrado, escurriéndose convertido en un hilo de humo blanco por debajo de la puerta cerrada. A continuación había entrado la madre, para comunicarle a Lidia que su papá había muerto. Lidia quería contarle eso, en ese preciso instante. Quería que ella supiera que lo había escuchado y todo lo que había ocurrido a continuación.

Joaquina retiró las manos de las de su nieta. Al hacerlo dejó escapar un gemido, como si algo estuviese saliendo de ella y le provocara alivio. Las visiones siempre significaban dolores intensos, como si tuviese heridas profundas, en carne viva.

—Lo he visto todo —murmuró.

La reacción de la niña fue una mezcla de sorpresa y alivio. Sus ojos, brillantes detrás de las lágrimas contenidas, se agrandaron notoriamente.

—Por Dios, abuela, ¿de verdad?

—Tú sabes que yo nunca te mentiría. Acaba de ocurrir, como tantas otras veces con tantos otros. Has escuchado a tu padre hablarte en tu habitación, después de morir. Sí, Lidia, te creo. Lo he visto como ahora te estoy viendo a ti, tan claro como tu propia imagen en este momento.

Frente a esto que la abuela dijo, Lidia no supo qué responder. Se quedó mirándola, más perdida tal vez que antes.

—Lo que siempre has visto en mí, y de lo que tantos descreen, también está en ti. Ahora es más claro que el agua. Alguna vez lo presentí, pero nunca quise invadirte ni intentar investigar si mis suposiciones eran realmente ciertas. Lo veía, no me preguntes cómo, pero lo veía. ¡Eres tan joven todavía! Y sin embargo el portal —como yo lo llamo— parece que se ha abierto de par en par para ti a partir de esto. Ha ocurrido alguna vez con algunos miembros de nuestra familia: gente muy joven, casi como tú ahora, que ha comenzado en algún punto de la infancia a descubrir este mundo de visiones impensadas. Recuerdo historias de primos de mi madre, o sobrinos de mi padre. Niños muy pequeños en los que un día se despertó esta capacidad. Bueno, es tu caso ahora. Ya lo hablaremos con detenimiento y podrás manejarlo de un buen modo. No debes tener miedo, no sirve de nada y sólo estorba.

Lidia no salía de su estupor. La abuela le sonreía, mientras, hablaba como si estuviese refiriéndose a una buena noticia, pero la niña no sabía qué pensar. No sabía si considerar la aparición de su padre como algo bueno, favorecedor. No entendía por qué le estaba ocurriendo tal cosa y mucho menos lograba ver las conveniencias de todo aquello. Joaquina continuó hablando algunos minutos más, recordándole sus propios inicios en esa clarividencia tan intensa que la había acompañado durante toda la vida. También le habló de la capacidad de contactarse con los que ya no estaban en el mundo. Le dijo que poco a poco iría familiarizándose con todo eso tan nuevo, y que ella estaría a su lado para acompañarla siempre. También le aseguró que Máximo sólo la había visitado para llenarla de paz, para hacerle ver que nada termina con el deceso del cuerpo físico, sino que hay mucho más. Le habló por último de la estrella fugaz de aquel instante: le pidió que la considerara una guía en su

vida. Lidia escuchó todo esto con la atención dividida. Por un lado la voz de su abuela la invadió haciéndole sentir una emoción desmesurada, por el otro comenzó a percibir sonidos alrededor que nunca antes había sentido. Le pareció que alguien pisaba cerca, que aquellos pasos rodeaban la mesa donde ambas estaban reunidas. Por momentos también creyó ver alguna que otra sombra pasando de lado a lado sobre la pared que estaba detrás de Joaquina, junto al ventanal. Tal vez estuviera sugestionándose, pensó, porque todo lo que la abuela le estaba diciendo no parecía más que parte de un cuento de fantasía.

Cuando terminó de hablar, Joaquina se tomó unos minutos para observar a su nieta en silencio. Vio en Lidia una actitud de absoluto estupor y notó que comenzaban a temblarle los hombros como cada vez que estaba a punto de llorar. Entonces se levantó de la silla y caminó hacia ella. Lidia advirtió como la extraña sombra sobre la pared hacía un rápido movimiento que parecía seguir los pasos de su abuela. Después se sintió protegida, cuando por fin Joaquina apoyó las manos sobre sus hombros. Fue entonces cuando la sombra pasó a segundo plano. La chica apoyó la cabeza sobre el vientre de la anciana y cerró los ojos. Sólo allí podía sentirse en paz, y tal vez fue por eso que se aflojó... y liberó el llanto.

Capítulo 4

Media hora después de que Lidia hubiese entrado al dormitorio de Joaquina, la planta baja de la casa comenzó a llenarse de gente. Amigos de la familia y familiares lejanos llegaron en automóviles para acompañar la procesión fúnebre hasta el Cementerio de Los Abetos. Este camposanto estaba ubicado a pocos kilómetros del pueblo y era de fácil acceso gracias a un camino recientemente pavimentado que se abría desde la ruta que conducía al pueblo. Allí iban a parar todos los que morían en el Ceibal, salvo los que desearan que sus restos se convirtieran en cenizas. Este no era el caso de Máximo, puesto que para su esposa la no sepultura iba muy en contra de sus creencias más instaladas. Catalina prefería la tumba tradicional, con su lápida bien confeccionada (en lo posible llamativa, de grandes proporciones) y un epitafio acorde al hombre que ocuparía aquel féretro. Ya lo tenía todo planeado al respecto; horas después del deceso ya las ideas estaban en su cabeza.

La comitiva fúnebre atravesó el pueblo, recorrió el tramo de ruta necesario y se adentró en la calle asfaltada pasado el mediodía. A la cabeza iban la viuda, la hija y la madre de Máximo. Detrás iban tíos, primos y amigos de toda la vida. Entre un grupo y el otro avanzaba el ataúd, cargado por cuatro amigos corpulentos capaces de soportar su peso. El destino final del cuerpo era un hoyo al fondo del cementerio, justo detrás de un árbol, muy cerca de las tumbas de los infantes. Cuando el grupo llegó al lugar, los sepultureros se hicieron a un lado y les dejaron espacio. Ya todo estaba listo para que Máximo fuera depositado bajo tierra y cubierto por las flores que la viuda había recogido del jardín de la casa. Había hecho ramos pequeños para que todos tuvieran la oportunidad de lanzar uno sobre la madera lustrada del cajón. Alguien le dijo a Catalina que también se podían arrojar montoncitos de tierra, pero esto no fue del agrado de la mujer, que se empeñó en hacer los ramos con la mayor variedad de flores posible que el jardín le facilitara.

El cura del pueblo dijo algunas palabras. Se refirió primero a su experiencia personal con el difunto: los años de infancia de Máximo en los que el pequeño visitaba la iglesia con sus padres y su adolescencia rebelde. Lo describió como un niño y un joven con el que siempre se había podido

entablar agradables conversaciones y del que recordaba sus enormes ojos oscuros como los más expresivos que jamás hubiese conocido. Después habló de su adultez, alguna que otra anécdota agradable que los presentes recibieron con débiles sonrisas cargadas de emoción. Por último, alentó a todos a rezar el Padre Nuestro y se hizo a un lado, secándose las lágrimas con disimulo.

Lidia observó todo este despliegue del sacerdote casi sin parpadear. Se aferró a la mano de su madre e intentó que ésta no la soltara ni por un segundo, pero de vez en cuando Catalina se liberaba de la fuerza de sus dedos para abrir su pañuelo y estrujarse con él la nariz. Para Lidia, nada de lo que hizo el sacerdote fue de mayor importancia, tampoco así los cuchicheos que escuchó a su alrededor y los sollozos. No pudo prestarle atención a nada de eso porque la imagen del ataúd la atraía como si fuese un imán. No pudo desprenderse de la sensación de estar siendo chupada por esa caja negra. Esto que percibía le provocó un temblor en todo el cuerpo al que no pudo controlar. Su respiración se aceleró y el corazón le latió a merced de un ritmo poco habitual. ¡Ah, todo eso le provocó aquel cajón! Y tanto más llegó como fantasía a su mente al imaginarse al padre dentro, envuelto en el traje oscuro que habían escogido para él y con un enorme rosario entre los dedos inertes.

Catalina volvió a sujetarle la mano después de haber guardado su pañuelo en el abrigo. Esta vez lo hizo con más fuerza y un segundo después ya estaba arrastrando a Lidia hacia el pozo que esperaba por el féretro. Detrás de ellas caminó Joaquina, manteniendo la vista en el suelo que pisaba. Cuando llegaron junto a los sepultureros, Catalina le hizo un gesto a una de sus amigas que aguardaba junto al árbol. Esta mujer llevaba entre los brazos todos los ramos que la viuda había preparado. Entregó dos a Catalina; a su vez, Catalina le dio uno a su hija. Juntas avanzaron un poco más, hasta quedar al borde de aquel pozo oscuro que parecía no tener fondo. Los sepultureros hicieron lo suyo: un par de maniobras rápidas lograron direccionar con éxito el cajón, que descendió sin escalas hasta chocar contra el fondo. En ese preciso instante Lidia escuchó a su madre gemir, con un sonido que le provocó una pena infinita, porque se notaba que Catalina realmente estaba padeciendo todo lo que ocurría. La niña levantó la mano que sostenía el ramo, y tras un movimiento rápido, lo lanzó hacia adelante. El ramo aterrizó sobre la cruz de cobre adherida a la tapa del cajón. Algunos pétalos se desprendieron de las flores con el impacto y regaron la superficie de madera aquí y allá. A

continuación, los demás familiares y amigos fueron pasando uno a uno, deteniéndose frente al cajón y repitiendo el accionar. Muy pronto todo estuvo cubierto por un manto multicolor de hojas y pétalos, cintas y papeles brillantes. En un abrir y cerrar de ojos, la tierra cayó y aisló el cuerpo de Máximo para siempre.

El mundo pareció diferente cuando los sepultureros terminaron su trabajo. La quietud pareció cubrirlo todo con su manto invisible. Fue como si una parte de la vitalidad del mundo hubiese sido arrancada de cuajo, como si el espacio alrededor hubiese caído en un sueño profundo. Hasta los pájaros dejaron de cantar, y los sonidos que provenían de lejos de pronto parecieron disminuir. Los que no eran tan íntimos se alejaron de la nueva tumba enseguida. Algún que otro familiar permaneció cerca de la viuda, la hija y la madre de Máximo por algunos minutos, pero no pasó demasiado tiempo hasta que las tres estuvieron a solas.

—Nos organizaremos de modo tal que las flores nunca se marchiten y el polvo no se junte demasiado sobre la lápida —lanzó Catalina. Su voz sonaba mecánica, anestesiada—. Si un día no podemos venir, vendrá Marta. Si no es Marta, vendrá otro, pero esta tumba no se contagiará del abandono reinante, bajo ningún concepto.

Dicho esto último, la viuda señaló hacia su derecha. Allí, a pocos metros, se notaba a simple vista un conjunto de tumbas venidas abajo, cuyos pequeños floreros estaban derrumbados, las flores esparcidas por doquier. Las cruces que algunas de ellas habían tenido alguna vez a la cabecera, ahora estaban torcidas o incrustadas en la tierra, y la mayoría de las lápidas ya estaban rajadas y mugrientas, a un paso de formar parte de lo más ruinoso de aquel lugar. Joaquina observó esto con total abatimiento.

Lidia escuchó todo lo que su madre dijo, pero sus palabras le llegaron a los oídos atrofiadas, por momentos poco claras. Ahora que todo había acabado, la niña sentía un vacío desesperanzador. La mano de Catalina, que no dejaba de sujetarla, de repente le pareció de una piel fría como pocas veces había sentido en la vida, y aquello le provocó una enorme incomodidad. Miró ansiosa a su abuela, que también le había clavado los ojos, y le rogó en silencio que hiciera algo para cambiar algo, aunque no supiera qué. Joaquina pareció entender. Levantó la mirada hacia su nuera y dijo, a media voz:

—Ya no nos quedemos aquí, no tiene sentido. Mejor volvamos a la casa. Me ocuparé de la comida y descansaremos, que es lo único que ahora podemos hacer.

Catalina torció los pasos hacia el automóvil estacionado a pocos metros. Consigo arrastró a Lidia, que avanzó a los tumbos, a punto de tropezar a cada paso que dio. Pareció como si a la madre poco le importara la niña: marchó con una velocidad y un ímpetu que a la pequeña le costó aguantar. A punto estaban de llegar al automóvil, cuando un murmullo confuso de lo que parecía un conjunto de voces a sus espaldas hizo que Lidia se diera la vuelta y mirara una vez más hacia la tumba de su padre. Sobre ésta se mantenía un manto neblinoso que persistió por varios segundos y luego se alejó en pequeños espirales, hasta desaparecer en la distancia. De las voces, la chica poco entendió. Su madre no le dio tiempo a nada: dio otro tirón a su mano y la niña debió seguirla. Salieron del cementerio tan ceremonialmente como habían llegado. Catalina se estrujó la nariz con su pañuelo de puntillas y repitió que ya no eran nada, mientras, el automóvil atravesaba el portón. A Lidia no le quedaba mucha energía para prestarle atención a los detalles a su alrededor. No podía quitar de sus pensamientos todo lo que acababa de ocurrir.

Capítulo 5

La muerte de Máximo modificó la vida de la familia Brunozzo para siempre. Ningún integrante se vio libre de esto, viviendo cada uno la partida del hombre de un modo diferente. En cuanto a Catalina, la ausencia del esposo le hizo sentir un desamparo de dimensiones escalofriantes. Se descubrió de repente sola al cuidado de una niña casi púber y sintió que poco sabía al respecto. La crianza de Lidia se le presentó como el desafío más grande que la vida hubiese podido imponerle, y tal vez uno que ella no lograra realizar con éxito. Aquella posibilidad de fracaso, y el miedo voraz que le crecía por dentro, la llevó a pasar las primeras semanas tras el fallecimiento sumida en repetidos ataques de pánico. Finalmente, pasado un tiempo de deliberación, los hermanos de Catalina decidieron contratar a un psiquiatra que evaluara el estado de la mujer. Tras esto, se decidió que la viuda se sometiera a un tratamiento con dicho profesional, visitándolo en su consultorio en el centro del pueblo una vez a la semana. A duras penas se logró que Catalina aceptara. Una de las cosas que parecía atormentarla era la posibilidad de salir a la calle. Decía que se sentía a salvo entre las paredes del caserón, que afuera todo era peligroso y cosas por el estilo. Convencerla no fue tarea sencilla, pero finalmente se logró el objetivo. En la primera visita al psiquiatra, la mujer llegó vestida de negro de la cabeza a los pies. Se había prometido a sí misma que mantendría el color del luto como buena esposa que era, y eso incluía hasta los aros y collares que usaba cada día. Se volvió una sombra delgada de paso errático, incapaz ya de sonreír, ver la vida con optimismo y esperar por el mañana con entusiasmo.

En esa primera hora de tratamiento, Catalina no paró de hablar del día del entierro. Mencionó el clima, el tráfico de las calles y el reencuentro con gente a la que no le hubiese gustado volver a ver. De ellos, detalló la vestimenta y los semblantes. Hizo hincapié en el impacto del paso del tiempo, en cómo el físico se doblega frente a esto, en que a todos nos ocurrirá. Mencionó todo menos al esposo muerto. Tampoco habló de Lidia. Cuando el psiquiatra pronunció por primera vez el nombre del difunto, Catalina parpadeó y se echó atrás en su silla como si le hubiesen lanzado algo en pleno rostro. Después de algunos minutos en los que pareció desconectada de todo alrededor, cambió de tema, sin responder la pregunta del médico. Así —o peor— resultaron los

siguientes encuentros. Había en Catalina una negación monstruosa frente a todo lo que había ocurrido, y también frente a la propia maternidad. Lidia pasó a ser un ser invisible a sus ojos, a tal punto que la abuela debió hacerse cargo de ella por completo. Catalina prefería encerrarse en su dormitorio y no salir en todo el día. Inclusive almorzaba y cenaba en la quietud de aquel cuarto penumbroso. Se hizo lo posible para que cambiara aquella actitud, pero en el primer tiempo esto resultó en vano.

Me preguntarán que ocurrió con Lidia durante esos meses. Lo primero que se me ocurre decir es que, de no haber sido por Joaquina y por Marta, la pequeña hubiese quedado en el más completo desamparo, pero estas dos buenas mujeres, cada cual con sus características y su modo particular de relacionarse con la pequeña, supieron ser contenedoras y afectuosas. Gracias a esto, Lidia pudo rescatar algo bueno de ese duro tramo de la infancia.

—¿Ésta es la merienda? —preguntó Joaquina una tarde, apenas ingresó en la cocina.

Marta estaba inclinada sobre la mesada, preparando sándwiches de queso y huevo. Apenas Joaquina habló, ella levantó la mirada. La abuela sonreía, pero con cierto reparo. Tiempo atrás, cuando la muerte todavía no había llamado a la puerta de la familia, el semblante de la anciana era puro resplandor. No había, para Marta, sonrisa más radiante en todo el mundo. Ahora todo había cambiado demasiado. Cada gesto de Joaquina estaba marcado por el paso de la añoranza, aunque no se reflejaba en ella la angustia descontrolada que sufría la viuda. Todo tenía que ver con el lente que uno mirara, solía pensar Marta, y sabía cuáles eran esos lentes en cada habitante de la casa.

Joaquina se paró junto a ella y le palmeó el hombro, al tiempo que echaba una mirada sobre la bandeja de sándwiches.

—¿Todo esto para Lidia? ¿No es mucho? —preguntó.

Marta sacudió la cabeza. Sus veloces dedos iban y venían entre los panes y los condimentos.

—No es sólo para Lidia. Parece que hoy se ha despertado el apetito de la madre, también.

Ante esta noticia, Joaquina abrió muy grandes los ojos y con un golpecito cariñoso sobre el brazo de Marta, la obligó a dejar la tarea y mirarla.

—¿Quiere comer? ¿Ha bajado? ¿Cuándo ha bajado?

—Hace un rato. Te juro que me ha sorprendido. Estaba serena, como renovada. Hasta se había maquillado. Paseó por toda la cocina, abrió la heladera y pidió sándwiches, los mismos que come Lidia. Así que aquí me ves, en la tarea.

Joaquina asintió con la cabeza. Su satisfacción frente a lo que Marta le dijo fue inocultable. Tan bien se sintió que comenzó a ayudar a la empleada, buscando las tazas del café con leche en una de las alacenas. La bandeja era lo suficientemente grande como para que entraran ambas tazas, los dos platitos, la azucarera y los sándwiches para madre e hija. Marta observó los movimientos de Joaquina de reojo, agradecida. Miró después el reloj. Eran las cinco de la tarde y el cielo iba oscureciéndose como si estuviera anocheciendo. Llegaba una tormenta desde el norte, inevitable tras tantos días de calor extremo, y el viento sacudía los árboles del jardín, anunciando esa proximidad.

—¿Qué te dijo? ¿Merendará en la sala? Porque si es así podemos ir a buscar a Lidia.

—No me ha mencionado a Lidia, ni siquiera una vez.

Joaquina se detuvo a un paso de la heladera con la azucarera entre las manos y se quedó allí, paralizada, incómoda frente a lo que Marta le dijo. La empleada sintió una pena inmensa por ella.

—Me dijo que comería sola en su cuarto. ¡Ay, Joaquina, qué feo es para mí tener que decirte esto!

La anciana sacudió los hombros y depositó la azucarera sobre la mesada. Después, con paso lento, fue en busca de otra bandeja pequeña apoyada de costado en el espacio entre una pared y el microondas. Volvió a la mesada y separó la taza y los sándwiches de Lidia. Marta la observó sin perderse un detalle. Ahora Joaquina tenía el rostro impregnado por una seriedad que impresionaba.

* * *

Cuando llegó con la merienda a la puerta del dormitorio de Lidia, ya las nubes se habían cerrado, grises y espesas, sobre el pueblo entero. Parecía la noche usurpando el espacio del día, queriendo chuparse todo cuanto existiera. El frío se había levantado como un monstruo surgiendo de la tierra. Joaquina tenía un chal sobre los hombros, de esos que usaba en pleno invierno para leer en la mecedora del jardín, pero aun así tiritaban sus hombros. El pasillo de los dormitorios estaba en penumbras, y apenas algunos finos hilos de escasa claridad entraban por la pequeña ventana ubicada en uno de los extremos. Joaquina giró el picaporte y abrió la puerta. Frente a sus ojos quedó el amplio espacio personal de Lidia, de paredes empapeladas de un suave azul y cortinados gruesos de color verde claro. Todo en ese cuarto era orden y pulcritud. Lidia, a pesar de ser tan joven, amaba el orden y la limpieza de un modo que sorprendía. Ella misma se ocupaba de extender la cama apenas se levantaba por las mañanas, sin importarle que Marta le recordara constantemente que aquello no era necesario, que era parte de su trabajo como empleada de la familia. También cuidaba sus libros de un modo admirable. No dejaba pasar más de dos días sin repararlos con un trapo para quitarles el poco polvo que se pudiera acumular en tan poco tiempo, ya fuera sobre ellos o en la superficie de los estantes. El piso siempre estaba impecable. Por eso, echar un vistazo a todo el espacio —tal como lo hizo Joaquina esa tarde— resultaba de lo más agradable. La anciana llevó los ojos de un lado al otro, jugando su mirada entre las luces y las sombras que aquella tarde traía. Encontró a Lidia, como siempre, junto a la ventana, esta vez sentada sobre la alfombra. Pasaba las páginas de un inmenso álbum de fotografías que Joaquina reconoció inclusive a la distancia. Al escuchar entrar a su abuela, la niña giró la cabeza y le dedicó una sonrisa ensombrecida.

—No tengo hambre, nona —le dijo al ver la bandeja.

Joaquina caminó hacia ella. Apoyó la bandeja en la mesita junto a la ventana y se sentó en una silla. Lidia tenía el álbum abierto en una página que mostraba cuatro fotografías de sus padres en la época de su nacimiento. En una de ellas se lo veía a Máximo inclinado sobre la cuna, extendiendo un sonajero a una Lidia de apenas semanas de vida. Lidia estaba acariciando esa fotografía

con la punta de los dedos y Joaquina pudo darse cuenta de que hacía un esfuerzo muy grande por no llorar.

—Esos recuerdos deben ser los que te den valor para continuar la vida. Porque todos tenemos nuestro tiempo en este mundo... y nuestro momento para abandonarlo. ¿Recuerdas cuántas veces lo hablamos? Que la muerte no es nada, realmente, que...

—No sé si papá está muerto, nona.

Capítulo 6

Tras esto que dijo Lidia, el cielo se sacudió a merced de los truenos que llegaron convertidos en una bataola impresionante. Joaquina se cerró el chal sobre el pecho, tiritando. Se quedó mirando a la nieta con los ojos desencajados. Intuía, o mejor dicho ya sabía, de que se trataba todo aquello. Era algo que siempre había sospechado y que ahora la nieta estaba a punto de confirmarle.

—¿Recuerdas lo que te conté de la noche en que papá murió, nona?

—Sí, querida.

—Bueno, eso no fue lo único. Hay mucho más, muchas cosas que pasan y no dejan de pasar.

Joaquina apenas parpadeó. Mantuvo el silencio, le dio a la niña el espacio que necesitaba para continuar hablando:

—Nona, no sé si contarte. Creerás que estoy loca.

Un relámpago atravesó el cielo por sobre los árboles que rodeaban la casa. La lluvia, a baldazos, cayó mezclada con el viento. Muy pronto todo se volvió caos afuera, una tormenta de dimensiones increíbles. Lidia se sobresaltó y miró hacia la ventana, después a su abuela. Joaquina le hizo un gesto para que se acercara y la niña avanzó de rodillas sobre la alfombra hasta ubicarse junto a su silla. Joaquina apoyó una mano sobre su cabello y lo acarició, un gesto que era muy común en ella.

—Vamos a hablar muy en serio esta vez.

—Sí —dijo la niña, obediente.

—No es que nunca lo hagamos, pero esta vez la conversación será muy detallada, y quedará entre tú y yo. Salvo que tú quieras que alguien más sepa de esto.

Lidia sacudió la cabeza. En sus ojos se notó la necesidad de mantener todo en secreto.

—Me conoces. Sabes qué clase de abuela tienes, ¿verdad?

La niña revoleó los ojos. De Joaquina sabía las cosas más importantes, pero no porque hubiese charlado con ella al respecto. Era más bien una cuestión intuitiva.

—Eres mágica, abuela, ¿verdad? ¡Eres muy poderosa!

Joaquina no pudo evitar una risa corta y sincera. La simpleza de la niñez era algo que siempre la había conmovido. Lidia la miraba como si se tratara de un ser de otro mundo. La admiraba, por sobre todas las cosas.

—Ay querida, no sé si llamarlo así. Más bien siento que todo ha sido un obsequio de Dios.

—¿Pero tú crees en Dios?

Joaquina se mordió un labio. No sabía si creía en Dios, y mucho menos sabía por qué lo había mencionado en el tema. Se sintió tonta de repente, frente a esa niña cuya inteligencia superaba lo esperado.

—Me corrijo: lo he metido a Dios sin necesidad ni motivo. Su existencia es algo que no termina de convencerme.

—Eso pensé, porque nunca lo nombras —Lidia sacudió los hombros y volvió a mirar la ventana. La mañana se había vuelto noche, ya casi nada quedaba de la claridad normal de esas horas. Continuó, como pudo, con la voz más débil que de costumbre—: Las cosas han cambiado mucho. Últimamente todo es raro, y me da miedo, pero no es un miedo común. Es como dice ese libro de cuentos que tengo desde muy pequeña: es un miedo de mil patas.

—Dímelo, sin vueltas. Vamos, que no hay nada de lo que no podamos hablar.

La niña clavó en la anciana su mirada avivada por un brillo inusual.

—Abuela, papá me visita todo el tiempo. Lo veo siempre de noche, parado allí —señaló un espacio lleno de sombras, muy cerca de la puerta del dormitorio. Joaquina miró en esa dirección y vio el viejo armario que siempre había estado en aquel lugar, un armatoste del siglo pasado hecho en roble y muy bien mantenido. Hacia ese armario se direccionaba el dedo índice de la niña, que mantenía el brazo extendido en lo alto, rígido como una vara de hierro.

—¿Desde cuándo? —preguntó la abuela.

—Desde la noche siguiente a su muerte.

Se formó un silencio tan espeso como escalofriante, que sólo fue interrumpido por el sonido de la respiración inquieta de la pequeña. Joaquina entrelazó las manos sobre su regazo y cerró los ojos. Mientras tanto Lidia, que continuaba de rodillas junto a ella, apoyó sus manos sobre una de las rodillas de la mujer.

—Abuela, dime algo.

Pero Joaquina tardó en reaccionar. Apenas bajaron sus párpados, la imagen de su hijo llegó a su mente. Máximo se acercaba caminando sobre un sendero púrpura, su silueta más delgada que de costumbre tambaleándose hacia un lado y hacia el otro. Alrededor del hombre era la nada misma, ni el día ni la noche, sólo un espacio de negrura intensa que contrastaba con la figura casi raquítica del difunto, que por momentos parecía brillar. Joaquina observó todo esto sintiendo que el corazón se le retorció en el pecho. La emoción la cegó, como también el asombro al verse inmersa en esa nueva visión, la primera con relación a su hijo tras su muerte. Oyó —a lo lejos, como si le hablaran desde otro mundo— la voz suave de Lidia llamándola a prestarle atención, pero no pudo desprenderse de Máximo. Ya faltaba poco, apenas pasos para que él estuviera a su lado. Podría tal vez tocarlo, fantaseó, aunque enseguida pensó que en visiones parecidas nunca había logrado mover el propio cuerpo hacia el objetivo en cuestión. Máximo dio los últimos pasos y se detuvo agitado como si hubiese corrido kilómetros para estar allí. En ese preciso instante la oscuridad a su alrededor se sacudió y llegaron los colores: fue como viento vuelto visible, hecho espirales en tonos rojizos que se agitaron con violencia. Máximo abrió los brazos, después los cerró sobre el pecho y abrió la boca. Entonces su rostro se iluminó por una luz que llegó desde abajo, como un farol de teatro que ilumina al actor que está dando el monólogo. Joaquina vio como la boca se agrandaba más de lo normal y los labios —dos líneas de un rojo oscuro— se movían intentando expulsar las palabras. La muerte había anestesiado su voz. No podía hablar, ni siquiera en susurros.

«Tú puedes hacerlo», pensó la anciana. «Siempre has logrado todo en la vida, y esto también puedes hacerlo».

El hijo se retorció. La boca llegó a verse de un tamaño imposible en un rostro humano. Cuando por fin pudo emitir sonido, primero lanzó un gemido entrecortado. Después, sólo después, llegaron las palabras:

«Lidia es poderosa».

Cuando Joaquina por fin abrió los ojos, Lidia se había corrido de su lado. Ahora estaba junto al armario, de espaldas a ella. La oscuridad del día se había retirado casi por completo; ahora realmente parecía noche y la tormenta se había desatado sobre la casa. Inmóvil, la niña murmuraba palabras que resultaron inentendibles. Joaquina la observó sin siquiera pestañear. Vio como Lidia afirmaba con movimientos de cabeza tras breves espacios de silencio, después volvía a murmurar como si estuviese respondiéndole cosas a alguien. En todo el cuarto, algo se había modificado. Joaquina intentó llenar de aire los pulmones con una inspiración profunda, pero al hacerlo sintió el aire pesado, embotado, como si por meses aquellas ventanas tan amplias y magníficas no hubiesen sido abiertas. Unido a esto percibió un perfume a flores que fue intensificándose con el correr de los segundos. Llegó este aroma a su nariz de un modo no grato, más bien invasivo, que la obligó a fruncir todo el rostro en un gesto de incomodidad. Cerró los ojos, sacudió la cabeza y se masajeó la sien con la punta de los dedos. En la oscuridad de sus párpados bajos ya no vio a Máximo. El espacio estaba vacío de todo, a excepción de una tenue luz lejanísima que se abría paso en medio de la negrura. Parecía como un punto brillante, como una especie de estrella. Allí se quedó Joaquina, en el mundo secreto de sus ojos cerrados, a ver qué sucedía, a ver si había alguna señal que la ayudara con lo que estaba ocurriendo con su nieta, pero nada ocurrió. Entonces decidió volver a abrir los ojos. Se levantó de la silla y caminó hasta el centro del cuarto, deteniéndose a pocos pasos de Lidia. Desde allí oyó a la niña hablar, pero no pudo entender una sola palabra. Observó más allá de la silueta de la pequeña, precisamente hacia donde ella estaba mirando: entre la puerta y el armario. En ese espacio, las sombras parecían haberse adherido a cada centímetro de pared con un poder mucho mayor que en el resto del dormitorio. Era una oscuridad marcada, tan intensa que impresionaba. Joaquina fijó los ojos allí, y de repente vio.

En medio de aquella oscuridad aparecieron dos puntos titilantes: ojos que escupían una luz rojiza enceguedora. A los pocos segundos, aquella luz

cambió el color, pasó a ser amarillenta. Joaquina sintió que miraban directamente a Lidia, pero en un momento también pensó que se movían en su dirección. La anciana se quedó quieta como una estatua. Lidia continuaba en calma. La aparición de aquellos ojos no había modificado en absoluto el estado de la niña. Aun así, Joaquina supo que allí no quedaría todo. Sus largos años de experiencia en sucesos similares le indicó que debía permanecer expectante, porque había más por llegar. Y no se equivocó. Suavemente, como si se tratara de las pinceladas de algún artista sobre un lienzo, se fue formando en aquel espacio el contorno del cuerpo que acompañaba a aquellos ojos. Era esbelto y realizaba un leve movimiento ondulante de la cabeza a los pies. Fue apenas visible y tan fugaz como una brisa pasajera. Joaquina creyó reconocer a Máximo en el instante inicial, pero al instante siguiente desconoció por completo ese rostro que se le presentó huidizo, como si pretendiera confundirla escondiéndose y revelándose entre las sombras. Durante todo ese tiempo en el que se presentó aquella aparición, Lidia continuó murmurando. Cuando la figura desapareció, la niña calló de forma abrupta.

—Bueno —dijo la anciana—. Ahora las dos lo hemos visto.

Lidia se dio vuelta hacia ella. Sus ojos parecían secos, como si no hubiese parpadeado durante largo rato.

—Nona —susurró—. El que apareció esta vez no era papá.

Capítulo 7

Frente al espejo de pie de su dormitorio, Catalina cerró el botón del cuello de su camisa y pasó las manos por la pechera varias veces, alisando la tela. Después giró para observar la espalda, la pollera del lado de atrás y las medias de invierno que cubrían sus piernas por completo. No escapó detalle alguno a su mirada atenta, mientras pensaba en todas las críticas que recibía de sus amigas desde hacía más de un año. Que debía dejar de usar el negro, que el luto había pasado hace rato, que catorce meses es demasiado tiempo. Sin embargo, ella sentía que su proceso al respecto había sido el adecuado. Al fin y al cabo sólo la camisa era negra ese día, y también había logrado inclinarse hacia una pollera y un par de medias grises, cosa que a su criterio la hacía lucir del modo correcto. La sobriedad siempre había sido algo de respetar en su vestuario, algo de lo que nunca había escapado ni deseado hacerlo. Acomodó con los dedos la hebilla oscura que sujetaba su rodete tirante, palpó las perlas que adornaban sus orejas y finalmente se corrió del espejo. Atravesó el dormitorio hacia el ventanal, cuando llegó a este lo abrió de par en par y salió al balcón. Amaba la vista desde allí, por algo aquel dormitorio siempre le había pertenecido. Se podía contemplar desde aquel balcón casi todo el parque y los tejados de las casas vecinas. Se podía respirar el aire fresco y limpio que llegaba en suaves brisas, sobre todo en los atardeceres. Apoyó las manos sobre la baranda y sus ojos fueron hacia el horizonte, resplandeciente bajo el intenso sol de esas horas. No faltaba demasiado para el mediodía, y el almuerzo de ese día era de carácter especial. Llegaba desde el pueblo vecino un viejo amigo de la familia, al que pensaba agasajarlo del mejor modo posible. Marta se estaba ocupando de todo en la cocina. Temprano por la mañana la empleada había ido al mercado a hacer las compras y por esas horas no paraba de cortar vegetales, trozar la carne para el horno y preparar la vajilla adecuada. Catalina sabía que podía dejar todo en sus manos y despreocuparse, por lo que no le quedaba mucho por hacer más que disfrutar del tiempo libre de aquella mañana.

No quería reconocerlo, pero la realidad era que hubiese preferido no ver a nadie por unos cuantos días. Desde la muerte de Máximo no le interesaba codearse con nadie que fuera externo a la familia. Muchas veces, inclusive, le ocurría que hasta deseaba evitar a Lidia y a Joaquina, pero aceptar eso que le

ocurría era bien complicado, prácticamente imposible. Para Catalina, todo tenía que ser correcto y medido, y aceptar lo que le sucedía con el resto del mundo en esos meses no entraba en sus cánones de educación y buen comportamiento. Asomando estos pensamientos a su mente, sacudió la cabeza en un movimiento de negación, como si quiera expulsar semejantes ideas lo más lejos posible. Con las palmas de las manos acarició a lo largo la baranda lustrada y después se acomodó algunos mechones de cabello rebeldes detrás de las orejas. La visita de aquella mañana era la excepción a la regla: a esa persona no se le podía negar un buen rato en la casa. Catalina repasó los últimos detalles, interesada al máximo en que aquel almuerzo resultara un éxito. En medio de todo eso Lidia acudió a su mente de modo inevitable. Aquella casi adolescente hija que le había tocado en suerte era bien distinta a ella en muchos sentidos, o al menos luchaba por serlo. Una de las cosas que más nerviosa ponía a Catalina, era que la chica se negaba a mantener las apariencias o simular algo que realmente no sentía. Era para Catalina una lucha constante lograr que Lidia entendiera que en la vida uno no siempre podía hacer lo que quería, y que muchas veces se debían resignar los propios deseos en pos a fines importantes. El almuerzo de ese día, sin ir más lejos, era uno de esos casos. Serge Le Blanc, el amigo en cuestión, llegaría esperando compartir la comida con madre e hija en honor al amigo muerto, por lo que era de suma importancia que Lidia estuviera presente, pero...

—No quiere bajar —masculló Catalina para sí misma, fija su mirada por sobre los tejados de las casas. El malestar arrugó su frente y decidió que las cosas no quedarían así, al simple antojo de la muchacha. Dio media vuelta y entró en el dormitorio, para después salir hacia el pasillo y encaminarse hacia el cuarto de la hija. Durante ese tramo hasta su puerta, Catalina imaginó a Lidia diciéndole a Joaquina que no quería almorzar ni mucho menos cruzarse con Serge Le Blanc. La imaginó con la terquedad reflejada en el rostro, algo tan típico de ella, y sintió que la cólera se le trepaba al alma. Por eso fue que ni siquiera se anunció al llegar a la puerta, sino que la empujó y dio un paso dentro sin la menor delicadeza.

Lidia estaba trepada a una silla, intentando agarrar un libro de uno de los estantes junto a la ventana. En puntas de pie, en medio de un dudoso equilibrio, la niña se volvió hacia su madre con el brazo todavía en alto, ya el libro de interés entre los dedos. Se miraron por un breve instante en silencio,

después Catalina se cruzó de brazos y dijo:

—Me dijo la nona, y también Marta, que no quieres almorzar, pero ésa no es una decisión tuya y lo sabes. Mientras vivas en esta casa...

—...harás lo que yo te diga —completó Lidia con un atisbo de ironía en la voz.

Catalina sintió que le hervía la sangre. Tales tonos de su hija en las respuestas, y las respuestas en sí mismas, la sacaban de quicio. Todo en Lidia, a decir verdad, le ponía los pelos de punta, especialmente después de la muerte del marido. Lidia volvió la mirada hacia el estante, lo repasó de lado a lado a ver si había otro libro que quisiera tomar y después saltó a tierra, dando sus pies descalzos contra la alfombra mullida que llegaba hasta el zócalo. Con gracia, casi como si estuviera haciendo pasos de baile, giró sobre los talones y caminó hasta la cama. Se sentó entre los almohadones que de día la decoraban y abrió el libro sobre las piernas cruzadas.

—Elige un vestido, o lo haré yo —dijo la madre.

—No tengo hambre. ¿Qué sentido tiene sentarme con ustedes?

—Te puedo asegurar que lo que menos me importa es que tengas o no apetito. Hoy recibimos visitas, y ya sabes cómo son las cosas en esta casa. A tu padre le obedecías sin chistar en estos casos. Conmigo harás lo mismo te guste o no.

Ante la mención de Máximo, Lidia levantó la mirada. Catalina abrió los brazos y sacudió la cabeza en un gesto de absoluto cansancio.

—¿Qué necesitas para poner un poco de buena voluntad? ¿Por qué siempre debe ser todo tan difícil contigo?

—No quiero cenar con el señor Le Blanc, mamá. No entiendo por qué viene, qué quiere de nosotras, por qué yo debería sonreírle y festejarle cada chiste y agradecerle los regalos que seguramente traerá.

—Serge es parte de esta familia hace ya mucho tiempo. Es un gran amigo mío y supo acercarse también a tu padre, por lo que realmente es importante que todos en esta casa...

—No tengo hambre. No... tengo... hambre.

Catalina enmudeció frente a esta interrupción. Lidia, por su parte, bajó la cabeza y se metió de lleno en la primera página del libro que tenía entre las manos. La magnífica historia que comenzó a releer la apartó de los siguientes reproches que Catalina escupió sin medida. Nada la afectó. Sólo deseaba que su madre se rindiera y saliera de la habitación. Contrario a estos deseos, la mujer fue hacia el armario y lo abrió con un movimiento brusco. Sacó algunas perchas con vestidos que lanzó sobre la cama, a corta distancia de su hija. Lidia volvió a mirarla. Catalina señaló los vestidos y dio un portazo al armario.

—El que más te guste, pero lo eliges ya.

Y sin más, se fue.

* * *

Cuando Lidia bajó la escalera hacia el comedor, ya la voz de Serge se dejaba oír potente y avasalladora, inconfundible en su tono grueso. Catalina respondía a sus comentarios con risas y «de acuerdos», algo típico en ella cuando quería quedar bien con alguien. Joaquina nada decía, pero Lidia supo que estaba allí por el chirrido en el balanceo de la mecedora que estaba ubicada junto al hogar a leña. La abuela siempre descansaba allí antes de los almuerzos y las cenas. Lidia se detuvo a mitad del descenso, cuando se dio cuenta que sus zapatos hacían crujir por demás los peldaños de madera. Intentó a partir de allí ser lo más discreta posible, moviéndose en puntas de pie hasta llegar al hall. Ahora su madre lanzaba risitas por lo bajo y Joaquina había encendido su cigarrillo rubio; notó esto último en el aire al instante. Debía acercarse al grupo, saludar al invitado y comer, aunque sin ganas. Sabía que tenía que hacerlo, caso contrario las horas posteriores junto a su madre serían un verdadero infierno.

—¡Pero miren quien ha bajado! ¡Mi Dios, si es que casi no te reconozco! ¡Cómo has crecido! —exclamó Serge.

Lidia atravesó el arco que separaba el hall de la sala y echó una escurridiza mirada sobre el invitado, intentando no contactar con sus ojos. Joaquina dio

una profunda pitada al cigarrillo y desvió la atención hacia la ventana. Catalina, muy por el contrario, volcó toda su atención en Lidia, esperando que la pequeña se comportara como se le había indicado. Serge avanzó hacia la chica con los brazos extendidos. Le daría un abrazo no correspondido, pensó Joaquina sin mirar la escena.

—Eres igual a tu padre, continúas siéndolo —murmuró el hombre y, efectivamente, la abrazó—. Ven aquí, pequeña, dame un abrazo de bienvenida.

La niña aceptó aquel gesto sin reaccionar de ningún modo. La cercanía con aquel cuerpo robusto la incomodó por sí misma, además de molestarle sobremanera el intenso perfume con el que el hombre parecía haberse bañado de la cabeza a los pies. Cuando Serge la soltó, Lidia corrió hacia su abuela. Mientras tanto el hombre volvió a ubicarse en los sillones al lado de Catalina.

—Has hecho bien en bajar —le dijo Joaquina a Lidia muy por lo bajo—, caso contrario tu madre se hubiese puesto como ya sabemos que se pone.

—Pero no quiero estar aquí, abuela —respondió la chica—, y además ni siquiera tengo hambre.

Joaquina apagó el cigarrillo en el cenicero que había ubicado a un lado. Expulsó lo último de humo en una llamativa espiral y sonrió apenas, mirando a Lidia a través de sus pestañas maquilladas.

—Yo tampoco tengo muchas ganas de estar, pero hagámoslo por la paz de esta casa. Verás que el tiempo pasará muy rápido, porque estoy segura que lo único que a tu madre le interesa es quedarse a solas con él.

Ante este comentario, Lidia agrandó los ojos como dos platos. No era que no lo supiera, pero costaba oír —y aceptar— que su madre tuviera intenciones de tipo románticas con aquel hombre que tantas horas había compartido con su padre. El almuerzo se desarrolló dentro de los cánones normales: Catalina no dejó de hablar por un momento, Joaquina se dedicó a comer con la mirada pegada al plato y Serge no paró de halagar el menú y el recibimiento en general. De vez en cuando intentaba conquistar a Lidia refiriéndose a su belleza natural o sus habilidades en el dibujo y la pintura, pero no tuvo éxito porque la chica solo le dedicó sonrisas forzadas de las que su madre no perdió detalle.

Llegado el momento del postre, Marta apareció en la sala cargando una inmensa bandeja. Catalina batió palmas ante la irrupción de la mujer y dijo:

—Lo mejor de lo mejor, a cargo de nuestra Marta. Verás, Serge, sus helados siempre fueron deliciosos y lo sabes, pero en el último tiempo han mejorado aún más, son la envidia de todas las vecinas del pueblo. Sé que muchas desearían contratarla, pero ella nunca nos dejará, ¿verdad, querida?

Marta asintió con un gesto de cabeza al tiempo que depositaba la bandeja en un costado de la mesa, entre Lidia y Joaquina. Escuchó a Joaquina murmurar, pero no entendió una palabra de lo que dijo. Joaquina siempre hablaba más para sí misma que para los demás, y la gente solía pensar que sus susurros indescifrables eran más bien intencionales, como si la anciana pretendiera que los demás siempre se quedaran con la duda. Lo que sí supo, tal vez por conocer demasiado a Joaquina, fue que la mujer con toda seguridad se estaba quejando de los comentarios de su nuera, o que desaprobaba la situación en general. Se sentía en el aire la incomodidad de Lidia y su abuela frente al almuerzo impuesto por la viuda.

—Tráenos también los arándanos, Marta. Creo que será una excelente combinación—dijo Catalina.

Marta echó un suspiro y desapareció por donde había llegado. Cuando lo hizo, en la sala se generó un incómodo silencio que enseguida Catalina interrumpió con sus opiniones acerca de los mejores postres del mundo y el arte culinario de cada país que alguna vez había visitado. El único que prestó atención a cada una de sus palabras fue Serge, que no tenía ojos ni atención para nada más que no fuera ella. Joaquina se dedicó a taconear con su grueso zapato de cuero, al tiempo que cruzaba las manos al borde de la mesa, y dejaba escapar la mirada a través de una de las ventanas. En el caso de Lidia, la cosa fue bien diferente.

En determinado momento la chica clavó la mirada en el invitado, pensando en qué extraño resultaba que se hubiese relacionado durante tanto tiempo con su padre. Había algo en él que sentía completamente opuesto a la personalidad de Máximo. Recordaba que Joaquina una vez le había dicho que Serge siempre había sido un gran amigo de Catalina, desde las épocas del colegio secundario, pero aun así Lidia no entendía cómo Máximo le había dado tanto lugar en la vida familiar.

—Tu padre lo ha aceptado como parte del círculo íntimo de tu madre, pero nunca fueron realmente amigos —le había dicho Joaquina—. Piensa que tu padre nunca fue un hombre difícil de tratar, ni antisocial ni antipático ni nada que se le parezca. Serge era amigo de ella, entonces también él lo aceptaba, como parte de su cotidianeidad.

«¿Alguna vez habrá notado papá las miradas tan raras que le dedica este hombre a mamá?», pensó en ese instante Lidia, mientras, hundía la cuchara en el helado.

A Serge le brillaban los ojos ante la sola visión de Catalina, y no podía evitar morderse el labio inferior de vez en cuando, mientras, no perdía detalle de los labios de la mujer, que no dejaba de hablar de esto y de lo otro como si dejarle espacio al silencio fuera el peor de los pecados. A Lidia no se le escapó un solo gesto del hombre. Tanto, pero tanto lo observó, en cada mínima cosa que él hizo, que muy pronto todo lo demás alrededor se esfumó, desapareció por completo de la atención de la chica. Y esto no es sólo una manera de decir, sino que realmente ocurrió de esa forma, a tal punto que de repente lo que rodeaba la figura esbelta y medio encorvada del invitado se oscureció. Todo negro, de un extremo al otro de la habitación, y en el medio el cuerpo ondulante de Serge, que intentaba a toda costa seducir a Catalina con cada gesto o cada palabra.

La cuchara que Lidia sostenía en la mano se hundió hasta el fondo de la copa del helado, chocando su borde metálico contra la superficie de vidrio con un ruido corto y potente. La chica sintió un repentino pavor frente a este cambio de luz a oscuridad alrededor de la imagen del hombre. Jamás en la vida le había ocurrido algo parecido. Parpadeó un par de veces, intentando cambiar eso que veía, pero al abrir de nuevo los ojos, una y otra vez, todo se mantuvo del mismo modo. Sintió que se le movía el piso debajo de los pies, ondeando las tablas de madera como si fueran un oleaje suave. Todo su cuerpo se estremeció frente a esto. Escuchó entonces a su abuela preguntándole si estaba bien, pero no pudo responder. Desde su interior nació una voz desconocida que resonó en su cabeza y pronunció algunas palabras tan nítidas como inesperadas:

«Morirá pronto, pero antes provocará gran dolor».

Lidia abrió los dedos dejando caer la cuchara, que se estrelló a centímetros

de sus pies. Serge y Catalina se volvieron hacia la chica y ella miró al hombre como si fuese el diablo en persona.

Capítulo 8

La vieja Felicia siempre había vivido junto al cementerio. Era aquella la zona más pobre de los alrededores, apartada de El Ceibal, olvidada por la mayoría de quienes vivían cerca. Además de su casa había en el terreno ocho casas más, todas precarias, con techos de chapa y paredes a punto de venirse abajo, construidas con cualquier cosa menos con cal y cemento. Felicia había nacido allí y crecido rodeada de necesidades y penurias, pero como eso había ocurrido durante toda su vida, con el correr del tiempo había dejado de sufrir al respecto. Ni siquiera el hambre era ya algo que la atormentara. Su estómago se había acostumbrado a la escasez y su cuerpo al frío intenso. Quien la conocía la llamaba la Anciana de Hierro, porque jamás, a pesar de tantos contratiempos, se había enfermado. Su casa tenía lo justo y necesario. Con el tiempo había logrado levantar un baño decente y una cocina pequeña donde calentar sus guisos y sopas. Dormía en un catre ruidoso con un colchón bastante roto, que a pesar de esto recibía sus sueños profundos como si fuese un mullido lecho de plumas. Ya fuese en la vigilia como en el sueño, Felicia parecía ser feliz con tan poco y sus ojos de brillo interminable reflejaban aquello.

La ventana de su dormitorio daba al paredón del Cementerio de los Abetos. Si se asomaba entre las cortinas al atardecer, podía ver el contorno de las cúpulas contra el cielo en tonos anaranjados. Muchas veces se quedaba mirando hacia allí, perdida en los pensamientos que la remontaban hasta el punto lejano de su más tierna infancia, su juventud y tantas cuestiones que ahora no vienen al caso. Le parecía increíble que la vida hubiese pasado de tal manera, con la velocidad con que lo había hecho, y que en ese cementerio estuviesen enterrados muchos que habían compartido la vida junto a ella, gente querida a la que era difícil olvidar. A pesar de estar sus cuerpos sepultados en aquel lugar, Felicia prefería evitar las visitas a las tumbas. Ya suficiente tenía con su capacidad de comunicarse con las almas que ya habían partido, para encima ir a hacerles homenaje a sus sepulturas.

Suspiró frente a la visión de las cúpulas y pensó —allí, parada junto a la ventana— en Máximo Brunozzo. Aquel era el difunto que más recuerdos le generaba. Ya habían pasado dos años desde su fallecimiento y Felicia no

podía desprenderse de las anécdotas que lo unían a él. Esto, tal vez, se debiera simplemente al hecho de que Máximo era el hijo de la única amiga que tenía en la vida, o tal vez se tratara de otras cuestiones. Hacía casi ya dos meses que Felicia no veía a Joaquina, pero no podía culpar a su amiga por eso. En el fondo, sentía que esta distancia se debía a las dos, a lo que cada una de ellas acarreaba. La vida era complicada para todos, solía pensar, intentando perdonar y perdonarse las distancias con los seres más queridos. Felicia nunca había tenido hijos, pero podía imaginar todo lo padecido por su amiga. Y por su lado, bueno... por su lado estaba la vejez, la sanguinaria vejez, que parecía querer chuparle toda la energía que le quedaba. Ante este último pensamiento suspiró, o más bien relinchó.

Se separó de la ventana con el paso inestable, apoyándose en el viejo bastón de siempre. Sobre la hornalla bullía el guiso de aquel día, el que debía durar por lo menos tres comidas. Se acercó, movió el cucharón de madera dentro de la olla destartalada y después se sentó frente a la mesa, porque sus piernas ya estaban demasiado cansadas y doloridas para seguir intentando estar en pie.

De repente alguien llamó a la puerta. El modo de hacerlo hizo que la vieja supiera enseguida de quien se trataba, por lo que se levantó de la silla olvidando los achaques y las molestias, con una agilidad pocas veces vista en ella. Antes de posar la mano sobre el picaporte, miró entre las cortinas de la ventana. Vio allí, de pie en la entrada, una figura cubierta por un inmenso chal que iba desde la cabeza hasta las caderas, dejando su torso completamente oculto. A partir de las caderas, se podía observar una falda ancha y oscura que llegaba casi a las pantorrillas y unos zapatos negros. Felicia no necesitó ver el rostro: le bastó con ese simple vistazo para reconocer a su amiga. Abrió la puerta y Joaquina levantó la cabeza, para dedicarle una mirada viva de ojos brillantes.

—Has venido —dijo Felicia—. Quiero que sepas que si no lo hacías tú, muy pronto lo hubiese hecho yo. Con mi bastón habría logrado llegar hasta tu casa, aunque fuera lo último que hiciera.

Joaquina extendió un brazo y Felicia le estrechó la mano tendida.

—No podía dejar de venir. Sólo tú puedes escucharme ahora.

Aquello que Joaquina dijo fue suficiente para que Felicia comprendiera los ánimos de su amiga. A pesar de no saber exactamente el motivo que la había llevado hasta allí, supo que la cuestión era delicada. Sin decir más, se corrió y dejó espacio para que la visitante entrara en la casa. Joaquina pisó dentro con una suavidad y lentitud extraordinaria, mirando todo a su alrededor como si fuese la primera vez que ingresaba en aquel lugar. No había muchos muebles en el camino, por lo que sólo necesitó un simple desplazamiento en línea recta para llegar a la mesa y sentarse en una de las sillas que la enfrentaban. Una vez ubicada, se quitó el chal de la cabeza y lo dobló con prolijidad, para depositarlo después sobre la superficie rústica y gastada de la mesa. Le gustó el silencio y la tranquilidad que percibió apenas estuvo ubicada, y no fue algo que la sorprendiera: Felicia siempre había vivido de aquel modo. Se escuchaban a lo lejos los sonidos de las aves y otros animales merodeadores, además de los murmullos de los vecinos cercanos y alguna que otra risa de algún niño, pero dentro de la casa todo era calma instalada, y aromas que hacían pensar en un hogar acogedor.

Felicia se desvió hacia la pequeña cocina. Se equipó con dos platos de madera, un cuchillo, un pedazo grande de pan y un trozo de queso y depositó todo frente a Joaquina. Después buscó dos vasos y un jarro con agua. Aunque lo hubiera deseado, no podría haberle ofrecido más que eso. Aquella compra de pan y queso había sido posible gracias a su gran esfuerzo limpiando la parte trasera de un negocio de El Ceibal. Significaba un banquete para ella. Y los banquetes, creía, se compartían con la gente que uno amaba en profundidad.

—No tengo apetito, pero te acompañaré con gusto —le dijo Joaquina.

—Anda, come un poco. Ya no estamos tan jóvenes, necesitamos alimentarnos más que nunca para conservar las pocas fuerzas, ¿no crees? —le respondió Felicia, mientras, con el cuchillo cortaba el pan a la mitad.

Joaquina entrelazó los dedos al borde de la mesa. De repente sus ojos se habían llenado de humedad y sentía un nudo en la garganta.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa? —le preguntó su amiga.

Joaquina sacudió la cabeza y ya no pudo contenerse. Las lágrimas brotaron, rebeldes, mientras ella intentaba detenerlas con los dedos presionando la piel

debajo de los ojos.

—Es Lidia —dijo, sin vueltas—. Ya no tengo dudas.

Felicia detuvo todo lo que estaba haciendo.

—¿Qué pasa con Lidia?

Resultaba demasiado difícil de explicar, más por los sentimientos que la situación provocaba que por la situación en sí misma. Joaquina había fantaseado toda su vida con que aquel momento jamás llegara. Despegó los labios para continuar y los recuerdos de los acontecimientos de los últimos tiempos pasaron como una ráfaga feroz por su mente.

—No he venido a visitarte en estos últimos meses porque la vida de repente se nos puso patas para arriba. Tal vez fue un error, porque sé que tú hubieses sido la única capaz de brindarme buenos consejos... y consuelo.

El sol se escondió tras un grupo de nubes y la casa se oscureció en cuestión de segundos. Las dos mujeres se vieron envueltas por las sombras danzantes que aquel cambio generó. Felicia se hundió en la mirada de Joaquina y tan hondo llegó, que lo que su amiga estaba a punto de decirle lo captó antes, casi sin dificultad. Eran esos diálogos mudos que toda la vida habían existido entre ellas, ese tipo de comunicación que con nadie más podían tener.

—¡Tanto ocurrió tras la muerte de Máximo, que parece que estuviera hablándote de la vida de otros! Su fallecimiento trajo meses de desconcierto, sobre todo para la niña. En cuanto a la madre se refiere, más que desconcierto ha sido urgencia por tapar su partida. Catalina siempre ha sido impredecible, pero esto que ha hecho...

—Es poco lo que me sorprendería viniendo de ella, pero anda, tú dímelo.

Joaquina prosiguió sin detenerse ya. Lo escupió todo como se hace con un mal bocado, sintiendo que hacerlo la liberaba de un malestar fuertemente instalado. Felicia la escuchó sin interrumpirla ni una sola vez, y no solo prestó atención a sus palabras, sino también a sus tonos, sus modos, sus pausas.

—Lo que te he contado, la última vez que nos vimos, fue que Catalina se había casado otra vez. Por esa época, del flamante esposo no sabíamos demasiado, sólo que siempre había sido un buen amigo de ella, y un conocido con el que Máximo compartía tiempo, sobre todo para complacer a su mujer.

Ya sabes de sobra... para toda la familia fue una sorpresa extraña, poco grata en algún punto, eso no es novedad. Pues bien... aceptamos el casamiento porque otra opción no teníamos, y como era de suponer Serge se instaló en nuestra casa a ocupar un lugar que no podíamos dejar de asociar con nuestro Máximo, pero todo esto ya lo sabes, no sé por qué lo repito.

Felicia hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Notó enseguida que los nervios de Joaquina iban en aumento. La pobre anciana continuó como pudo.

—Las primeras y buenas impresiones acerca de Serge se vinieron abajo como un castillo de naipes en cuestión de meses. Hasta Marta lo sintió así. Con el correr de las semanas su temperamento fue cambiando, su trato hacia Catalina y hacia Lidia se modificó hasta que las cosas se pusieron complicadas. Se convirtió en un hombre agresivo. Insultaba y gritaba a madre e hija. Comenzó a maltratar a Marta, a tratarla como nosotros nunca lo hemos hecho, como si fuese una esclava más que una empleada de la casa. Hacia mí la cosa fue bien distinta, quizás por considerarme un trapo viejo, porque alguna vez hasta me ha dicho eso. Te imaginarás, querida, que sus palabras despectivas jamás me provocaron el menor daño.

—Te conozco de sobra, Joaquina, esas cosas jamás te afectarían.

—Por supuesto que no.

Las dos hicieron un gesto de saber eso de sobra. Felicia cortó el pan con un atisbo de sonrisa: se enorgullecía de Joaquina constantemente. Mientras tanto, Joaquina sólo pudo frotarse las manos con frenesí, observando como su amiga preparaba los bocados y pensando en qué decir a continuación. El sol se había ocultado por completo y la mañana ya no parecía tal cosa; inclusive un aire frío había llegado de algún punto no definido y Joaquina sentía a esas alturas un escalofrío en toda la espalda.

—Catalina comenzó a ser muy infeliz junto a este hombre. Y ya sabemos... la infelicidad se contagia como peste.

—Es lo más fácil de contagiar —apoyó Felicia.

Una vez más estuvieron de acuerdo. Felicia ofreció a su amiga un trozo de pan con una rebanada generosa de queso. El agua había sido depositada en el

centro de la mesa. Joaquina mordió el borde del pan y desprendió de éste un pedazo pequeño. Lo masticó sin mucho interés y después dejó el pan sobre el plato que Felicia había ubicado frente a ella. Se quitó las migas de las palmas de las manos frotándolas una contra la otra y continuó:

—Pero sabes, durante todo ese tiempo en que las cosas entre Catalina y Serge fueron empeorando, Lidia pareció saberlo todo con anticipación. Con actitud inquieta se acercó a mí durante esos meses, más de una vez, a decirme que la presencia de Serge no la dejaba dormir... porque sentía cosas feas. Ésas, recuerdo, fueron sus exactas palabras.

Felicia dejó todo lo que estaba haciendo y se quedó mirando a Joaquina sin siquiera moverse. Creyó entender lo que la mujer había dicho, pero quiso asegurarse:

—Anda, no des vueltas. ¿Sentía... o pensaba?

Joaquina ensombreció la mirada.

—Por supuesto que no daré vueltas —respondió sin dudar—. Sentía... como tú y yo.

—¿Estás segura?

Ambas callaron por algunos minutos. Joaquina estaba segura, pero entendía que Felicia dudara. Intentando ser lo más clara posible continuó después de unos minutos, y ya no se detuvo hasta explicarlo todo:

—Me decía cosas como: «Mamá sufrirá», «Esconde algo ese hombre, abuela», y yo lo tomaba como cualquier comentario que puede llegar a hacer una jovencita cuando alguien en particular no le es de su agrado. Debo confesar ahora que la subestimé, que olvidé algunas señales anteriores. Lidia me dio señales, desde la mismísima mañana siguiente a la muerte de Máximo, con relación a su padre y a tantas otras cosas.

Afuera, un sonido estalló muy cercano a la puerta y ambas mujeres se sobresaltaron. Pareció como si alguien o algo rasguñara la madera de la puerta, pero enseguida Felicia dijo que sería algún perro de los que siempre merodeaban cerca, y ambas volvieron a concentrarse en la conversación.

—Lidia insistió con estas cosas todo el tiempo. Antes de la primera cachetada que Catalina recibió de su esposo, Lidia me contó un sueño en el

que veía a Serge convertido en un monstruo frente a una Catalina pequeña como un cachorro. Antes de la primera infidelidad conocida por parte de él, Lidia se acercó a mí y me develó otra pesadilla en la que una mujer reía de la mano de este miserable, mientras, su madre lloraba convertida en un bollo a sus pies. Hasta que una noche ocurrió algo más grave que todo lo demás mencionado.

Si Joaquina hubiese finalizado en ese momento su relato, aquello no hubiese sido un impedimento para que Felicia comprendiera todo. La mujer ya sabía, y tal entendimiento le provocó un escalofrío intenso. La herencia femenina, pensó, pero nada dijo. Joaquina prosiguió:

—Yo estaba leyendo, pero poco antes había estado meditando y lo que se me había presentado en el cuarto me había dejado un tanto inquieta, pero de esas cosas tú ya sabes, no es necesario detallarlo. En fin, Lidia entró sin que yo lo notara siquiera. No hizo el menor ruido. Fue como cuando llegan ellos. Se detuvo cerca del biombo. Desde allí me habló, con una voz que no era de ella. No puedo explicar esto último, solo puedo decir que aquella voz no era ni femenina ni masculina, y que sin duda alguna provenía de mi nieta.

A Joaquina le tembló la voz y debió detenerse para aclararse la garganta. Felicia le señaló el vaso de agua y ella bebió a grandes sorbos. Costaban las palabras más de lo que hubiera imaginado.

—Solo dijo: «Morirá, abuela. No puedo dejar de verlo». Al día siguiente, casi al anochecer, sonó el teléfono en la casa. Serge había tenido un accidente en la ruta en su regreso al pueblo. Un accidente que le costó la vida en el acto. Y Lidia lo había visto, ¿entiendes? Ella lo vio todo antes de que ocurriera. Ella, amiga mía, ha heredado el don familiar.

PARTE 2

Capítulo 9

Un tiempo después de aquel encuentro entre las dos ancianas llegó el cumpleaños número quince de Lidia, en un viernes en el que los nubarrones fueron acaparando el cielo entero, prometiendo una jornada de vientos fuertes y lluvia torrencial. Amaneció aquel día con un frío impactante que enclaustró a medio pueblo y logró que la gente ni siquiera asomara las narices al exterior. Llegado el mediodía, la lluvia castigó sin parar por casi una hora. A media tarde menguó un poco y a las seis volvió a lanzarse sin pausa hasta las siete. Llegó, inclusive, a granizar. En medio de todo esto, los preparativos para la fiesta que tendría lugar por la noche no se detuvieron. Los más allegados asistirían aunque el mundo se viniera abajo. Quince años no se cumplían todos los días y había que festejarlo a lo grande, repitió Catalina durante aquellas horas, en su ir y venir de un lado al otro ultimando detalles.

El problema fue que Lidia no estuvo de ánimo en ningún momento. Amaneció aturdida a las seis de la mañana, tan temprano que le costó entender por qué había abierto los ojos antes de que el sol se posicionara en el cielo. Fue levantar los párpados y padecer un pinchazo de dolor en la sien, que la hizo llevarse las manos a los costados de la cabeza. Le pareció que no veía bien, que todo lo que tenía enfrente se presentaba borroso, hasta que con el correr de los minutos esto mejoró. Se levantó de la cama, pero sintió el cuerpo pesado y volvió a acostarse. Boca arriba e inmóvil, contempló las luces y las sombras deslizándose por el cielorraso a medida que la mañana avanzaba, y se quedó allí por más de una hora, pensando en nada, sólo escuchando su respiración inquieta. Los malestares físicos no eran algo que le quitara el sueño. Se había acostumbrado a esto con el correr de los años: un buen día habían comenzado y ya nunca se habían detenido. Era la cabeza el centro de todos los problemas, y de vez en cuando el estómago. Los análisis clínicos de rutina nunca habían arrojado ningún resultado que pusiera en alerta a la familia; era como si todo fuese una gran mentira, porque la medicina jamás hallaba nada. Aquel día de su cumpleaños número 15 todo pareció más terrible que nunca y la cama fue el único posible destino para su cuerpo aquejado por los dolores. Cerró los ojos. No quería ni pensar en todo lo que su madre le había impuesto para ese día. La fiesta que estaba a punto de concretarse no era deseada por ella, sino por Catalina que —vaya a saber uno

el motivo— necesitaba mostrarle al resto del mundo que los quince años de su hija eran razón suficiente para gastar una fortuna en un festejo descomunal. Así y todo soportó lo que se desarrolló a su alrededor con una calma casi milagrosa. Desfilaron por su dormitorio la peluquera del pueblo, la modista y la maquilladora, todas dando las últimas opiniones acerca de qué era apropiado y qué no, y fijando un horario en aquel día para instalarse en el cuarto a realizar la tarea en cuestión. Catalina merodeó constantemente, cuchicheando con las tres mujeres cosas muy por lo bajo, como si pretendiera que Lidia no captara nada de lo que se hablaba. La muchacha, frente a esto, no tuvo la menor reacción: no le importó lo que su madre hiciera o dejara de hacer. Lo único que tuvo en mente durante toda la jornada fue la fantasía de imaginar a su padre junto a ella en ese día de celebración. Todo hubiese cobrado un sentido bien diferente de ser aquello posible.

Unos días antes de la fiesta de quince, Joaquina se acercó a su nieta para hacerle una pregunta inesperada.

—¿Y qué pasa con el otro? El que aparecía también junto al armario, pero al que no le podías ver el rostro. ¿Sigue haciéndolo, o ya se ha rendido?

—Cada vez más, abuela. Siempre después de la medianoche.

—¿Qué te dice? Porque algo debe decirte. ¿O es que solo se deja ver y no más que eso?

—Sí, nona, muchas veces sólo está allí y no emite palabra. Si lo veo, me detengo en lo que estoy haciendo y espero, a ver si él quiere decirme algo. Pero en general pareciera que sólo le interesa observarme. A veces gruñe, o algo por el estilo. Parece enojado, furioso por algo que no comprendo.

Lidia pensó en todo eso aquella mañana, mientras intentaba que el dolor se debilitara dentro de su cabeza. Al poco tiempo de haberse acostado volvió a abrir los ojos y se incorporó, porque ya la posición horizontal le estaba molestando en la espalda. Náuseas repentinas le atacaron más de una vez en esas primeras horas y pensó que iría a vomitar, pero solo fue una sensación que fue y vino varias veces, hasta desaparecer. Miró el reloj al levantarse de la cama y le sorprendió ver que ya era casi el mediodía. Su madre le había dicho que el almuerzo sería algo rápido ya que debían usar todo el tiempo disponible para los preparativos en el parque y dentro de la casa. Lidia

imaginó que Marta caería en cualquier momento en su dormitorio con una bandeja y algunos bocados simples para matar el hambre, y no se equivocó. A las doce en punto la empleada llamó a su puerta, y al entrar Lidia pudo ver que Marta llevaba consigo un plato con dos sándwiches de lechuga, tomate y queso. Lidia hizo una mueca frente a esto: estaba inapetente. Marta apoyó el plato y el vaso de jugo sobre la cómoda donde Lidia se maquillaría más tarde. El inmenso espejo que este mueble tenía incorporado reflejó su cuerpo escuálido inclinado sobre los cosméticos y las cremas. Después giró y enfrentó la mirada de Lidia, que le había clavado los ojos y no se los quitaba de encima.

—Es pan muy fresco, y el queso es cremoso —dijo, buscando las palabras más adecuadas para lograr un poco de interés en la chica. Hacía días Lidia no probaba bocado, y eso realmente preocupaba a todos.

—Pero no tengo hambre. No te enojas, Marta, pero no voy a comer.

—Dale un mordiscón, al menos.

Lidia lanzó una mirada desganada que le gritó a la empleada que ya no insistiera. Marta se encogió de hombros, se alisó con las palmas de las manos la pechera de su delantal y se encaminó hacia la puerta.

—Te aviso que la modista ya ha llegado. En cualquier momento subirá con tu madre.

Tras decir esto y esbozar una sonrisa de resignación, salió. Lidia la escuchó taconear escaleras abajo y pensó que, si nadie más subía por al menos una hora, aquel sería tiempo suficiente para intentar apaciguar el malestar que la aquejaba. Suspiró con ganas y se sentó frente a la cómoda, pero sin siquiera echarle un vistazo a los sándwiches. En cambio, enseguida llevó la mirada hacia el espejo y contempló su reflejo que ponía en evidencia la extrema palidez, esa que había aparecido semanas atrás y parecía querer quedarse impregnada en ella para siempre. Se llevó las manos a la zona del estómago y masajeó, masajeó, masajeó. Que se calmara, que el dolor desapareciera, pero no era solo allí, sino que parecía recorrer su cuerpo de punta a punta sin dejar espacio libre de aquella incomodidad.

Quince minutos después llegaba su madre con la modista. Esta mujer, conocida en el pueblo de toda la vida, rondaba los sesenta años y mantenía un

gesto duro en el rostro. Lidia nunca la había visto sonreír. Entró al dormitorio después de que Catalina le abriera la puerta y se hiciera a un lado en un gesto de cortesía. Se llamaba Lourdes, y cargaba entre los brazos una enorme caja de cartón que depositó sobre la cama de la chica. Después se quitó la cartera del hombro, la abrió a un lado de la caja, y extrajo de ella un estuche de alfileres y otras insignificancias, por si hacían falta. Lo que había en la caja era, nada más ni nada menos, que el vestido que había sido especialmente confeccionado para la celebración.

—Menos mal que estás levantada —le dijo su madre al verla frente al espejo—. Quítate la ropa, tenemos que probarlo rápido, que la peluquera y la maquilladora llegarán pronto.

Lidia hizo todo de modo mecánico. Nada de lo que ocurrió a su alrededor le interesó realmente. Pareció un maniquí frente a la modista, que ultimó los detalles sobre el impresionante atuendo blanco de volados inmensos que caían a los pies de la chica como una cascada inmaculada. Cualquiera hubiese dicho que Lidia se veía bellísima, y fue una lástima que su rostro no fuera a tono con la majestuosidad de aquella prenda. Pálida, demasiado pálida: hasta la modista lo notó, pensando que la maquilladora tendría un arduo trabajo por delante. Cuando terminaron las pruebas del vestido, Lidia volvió a quedarse sola. Aprovechó para abrir la ventana y dejar que el aire fresco tomara posesión de cada rincón del dormitorio. Ahora no había tanto dolor en el cuerpo, pero sí una especie de anestesia en varias partes, como brazos y dedos de las manos. No entendía qué le ocurría, y ya estaba cansada de anhelar tal entendimiento.

Horas después durmió una siesta, no sin antes recibir la visita de su madre para decirle que a las siete de la tarde la maquilladora haría su parte. Lidia asintió con un movimiento de cabeza para que Catalina desapareciera de escena lo antes posible, y después cayó en un largo sueño del que no fue desprendida por ningún ruido o molestia externa. El despertador de su celular sonó a las seis y cuarto. Se levantó de la cama, entró en el cuarto de baño y se dio una ducha tibia, todo esto sintiéndose aún inmersa en una especie de sopor insoportable. Después se puso la bata, volvió al dormitorio pisando sobre sus mullidas pantuflas y se sentó al borde de la cama, mientras, desviaba la mirada hacia el reloj de pared. En media hora llegaría la maquilladora con su

enorme maletín, para hacer de su rostro una máscara perfecta que impresionara a todo el mundo con su belleza artificial. Ella odiaba esas cosas, le había repetido hasta el hartazgo a su madre que no deseaba maquillarse para esa noche ni para ninguna otra, pero Catalina no permitiría ningún tipo de oposición al respecto.

El vestido descansaba sobre el respaldo de su pequeño sillón. Lidia le echó una mirada de resignación, lo tomó y se lo puso de pie frente al espejo. Cayó la prenda sobre su cuerpo con tanta gracia como si fuese la propia piel. Le iba de maravillas, pero ella no podía verlo. Giró para un lado y para el otro observando los detalles en el espejo, tocó las puntillas aquí y allá, contempló el escote elaborado con pedrería brillante. En eso estaba cuando se abrió la puerta y Joaquina apareció, entrando casi con miedo de no ser bien recibida.

—¡Abuela!

Aquella exclamación fue suficiente para que la anciana sintiera los ánimos renovados. Traspasó el umbral y se encontró con su nieta en el centro del cuarto. La muchacha corrió a sus brazos, hundió el rostro en su hombro y ya no pudo contenerse. Se echó a llorar como si fuese una niña.

—No me digas que estoy hermosa. ¡Quiero escaparme de todo esto!

Joaquina la apretó fuertemente contra su pecho.

—Me conoces de sobra. Todo este circo me importa tan poco como a ti.

—¡Sácame de aquí, abuela! ¡Me estoy ahogando!

Joaquina separó a Lidia de su cuerpo. La muchacha temblaba de la cabeza a los pies, prisionera de un llanto incesante. Se miraron a los ojos y la anciana vio la urgencia en aquella mirada. Se preguntó cómo haría Lidia para sobrevivir a aquella noche que tenían por delante, que se presentaría interminable sin ninguna duda. Como la chica no lograba tranquilizarse, su abuela la condujo hacia la ventana abierta. El aire era milagroso, cargado de una frescura revitalizadora. Había dejado de llover a cántaros; algunas gotas espesas caían aisladas, restos de un temporal que había azotado al pueblo sin compasión alguna.

—Todavía falta la maquilladora —escupió Lidia, casi sin voz—. A las siete sube. Estoy cansada, no quiero ni eso ni nada. ¡Maldita Catalina, que no quiere

entender! ¡No me interesa ni esta fiesta ni ninguna otra! ¡No tengo ganas de hacer nada si no está papá!

Joaquina volvió a sorprenderse del modo en que Lidia se refería a su propia madre. Hacía meses había dejado de pronunciar la palabra mamá.

—¿Qué sientes? —le preguntó— Dímelo sin vueltas.

Lidia suspiró, con la mirada escapándosele a lo alto del cielo. Qué sentía: explicarlo parecía lo más difícil del mundo.

—Un par de ojos clavándose en mi espalda, eso siento, cada vez que hago un paso dentro de este dormitorio.

—¿Qué dices? —Joaquina se estremeció. Obligó a su nieta a mirarla a los ojos— Dime exactamente lo que ocurre, por el amor de Dios.

—No crees en Dios, abuela.

—¡Dímelo!

La abuela había perdido el modo dulce y contenedor. Ahora estaba visiblemente nerviosa, sin poder ocultarlo.

—El que aparece junto al armario me ha vuelto loca en estos días —reveló Lidia—. Aunque siento que no es peligroso, sólo persistente... como si quisiera hacerme entender que siempre estará presente, o como si quisiera transmitirme un mensaje que no logro descifrar, pero ayer a la noche se ha desprendido de su rincón. No sé cómo explicarlo: creo que avanzó hacia mí y después se detuvo como si se hubiera arrepentido. Pensé que iría a darme alcance, de verdad que lo creí. Por un momento lo imaginé cayendo sobre mí con todo el peso de su cuerpo, pero finalmente se echó para atrás y se volvió pequeño contra el fondo.

Joaquina desprendió la mirada de Lidia y la desvió hacia el armario. A esas horas no había nada parecido —ni cercano— a la oscuridad, pero aun así, la anciana sintió que algo se escondía junto al armatoste de madera y puertas cerradas. Supo, concentrándose en aquel rincón del cuarto, que no existía la posibilidad de que estuviera equivocándose. Lidia tenía allí un acompañante, y Joaquina hubiese dado la vida por poder verlo con la misma facilidad con que su nieta lo hacía.

—Falta el aire en este cuarto, abuela. Siento que me estoy ahogando —oyó a la muchacha decir, y se volvió hacia ella una vez más. Lidia estaba pálida y se frotaba con los dedos el cuello de un lado al otro, con frenesí.

—¿Por qué no sales? Aunque sea a caminar ida y vuelta por nuestra calle. A mirar los árboles, a sentir el fresco que ha traído la lluvia. Ponte una chaqueta y hazlo.

—Pero la maquilladora...

—Yo le diré que espere, que mi nieta necesitaba hacer algo muy importante primero —Joaquina tomó el rostro de Lidia entre sus manos—. Recupera el color de tus hermosas mejillas, aunque sea un poco. Olvídate de eso que acecha. Ojalá yo pudiera saber qué es, ayudarte a enfrentarlo, pero aunque no lo sepamos, mientras eso no ocurra, intenta batallararlo de todos modos.

Cuando Lidia se fue, la anciana permaneció largo rato en el cuarto. Lo que hizo en ese tiempo nunca se lo contó a nadie, pero el de las sombras sintió por primera vez que tenía quien lo enfrentara, y que ese rival podía llegar a ser poderoso.

Capítulo 10

La calle que conducía de la casa de los Brunozzo al centro del pueblo era de piedras y estaba atrapada bajo las inmensas sombras de los árboles que la escoltaban a ambos lados. Era una calle sin nombre. La mayoría de los pueblerinos la llamaban la calle perdida, porque desde el pueblo se la veía como un sendero angosto y zigzagueante que se desdibujaba en la distancia, por el que pocos transitaban a excepción de la familia de Lidia y algún que otro vecino, dado que estaba situada del lado donde menos casas habían sido construidas, y lindaba con el pequeño bosque que separaba El Ceibal de la ruta que lanzaba a los pueblerinos al resto del mundo. El bosque en sí era un lugar tupido donde convivían una magnífica variedad de plantas, pinos y árboles no muy comunes en los alrededores. En su corazón se podía hallar una paz pocas veces experimentada, donde reinaba el canto de las aves en lo alto, jugueteando entre las copas de los árboles y no mucho más que eso, a no ser que uno tuviera en cuenta el sonido de la propia respiración. En un tiempo lejano alguien había instalado dentro de aquel bosquecito cuatro bancos de plaza separados entre sí a una distancia considerable. Rara vez eran usados; a decir verdad quienes más lo hacían eran los turistas fortuitos que los descubrían por casualidad al internarse allí con sus cámaras fotográficas. La gente de El Ceibal había perdido el interés en este rincón natural, tal vez a causa de la constante cercanía que a la mayoría de nosotros nos hace ver los lugares en cuestión como lo más común del mundo.

En el atardecer de aquel día, el suelo del bosque —cubierto de hojas y ramas caídas— crujió bajo las pisadas desorientadas que se internaron hasta su centro mismo.

Capítulo 11

Sentía que la espesura del bosque no la dejaba respirar, como si su vegetación fueran paredes de cemento cerrándose contra su cuerpo, intentando aplastarlo. Las ramas entrelazadas, los árboles pegados unos a los otros, los arbustos o plantas cerrando muchos posibles senderos: todo era motivo de que ella sintiera el pecho comprimido y la garganta latiéndole como un corazón enfermo, expandiéndose y contrayéndose de un modo que inclusive le hacía sentir un extraño dolor, algo que se presentaba por primera vez en aquella parte de su cuerpo. Avanzó sorteando obstáculos y mirando constantemente hacia atrás. Había algo a sus espaldas, una confusa presencia, que parecía estar a punto de atropellarla. La sentía casi pegada a los omóplatos, la imaginaba cayendo sobre su cuerpo con el peso de un gigante.

Un misterioso impulso la había llevado hasta allí. Primero había caminado dos o tres cuadras de la calle hacia el centro del pueblo, pero enseguida algo la había guiado de vuelta y hacia el bosque; no podría haber explicado qué. Llevaba puesto su vestido para la fiesta y el cabello suelto y salvaje, porque había logrado esquivar a la peluquera a tiempo. Los pies veloces, el corazón acelerado y la mente en medio de un terrible barullo: así había salido de la casa y así estaba ahora, mientras, se enganchaba los volados del vestido entre las ramas y recibía algún que otro rasguño de alguna que otra espina o tronco salido que se le cruzaba en el camino. Miraba todo sin ver, porque toda la visión que tenía se le presentaba nublada, como venía ocurriendo hacía días.

—¿Es por aquí, o por allá? —se dijo a sí misma cuando se detuvo a descansar sobre una roca inmensa.

Nadie le respondería y, por otro lado, ¿qué era lo que realmente estaba queriendo saber? ¿Por aquí o por allá... qué? Soltó una risa ridícula mientras intentaba focalizar algún punto en concreto y no ver todo alrededor como a través de un vidrio empañado. El cambio drástico, el que enmarcaría de un modo escalofriante lo que estaba por venir, ocurrió cuando logró serenar la respiración. En ese instante todo se modificó. Sintió un latido generalizado que provino de todos los puntos. El bosque mismo estaba latiendo. Las aves callaron de un segundo al otro y por un instante pareció que todos los sonidos habían sido barridos del mundo. En el interior de Lidia ocurrió algo similar:

sintió el vacío... y después llegó a ella la imagen del que se agazapaba junto al armario, ése que no le dejaba ni a sol ni a sombra en el último tiempo. Su figura, ahora más detallada en su mente que lo que siempre se le presentaba en el cuarto, se levantó con una fuerza descomunal. Le vio todo, menos el rostro. Vio su torso ensanchado, subiendo y bajando detrás de la excitación que lo gobernaba. Lo vio queriendo saltar hacia ella, moviendo los brazos en su dirección. Entonces, por primera vez, la joven experimentó un desesperado deseo de alcanzarlo, como si percibiera de aquel desconocido una extraña necesidad de protección.

Muy cerca de ella se generó un sonido como de quien pisa sobre mil ramas y las parte a todas de una sola vez. Lidia llevó la mirada hacia un costado. A pocos metros de distancia las plantas se sacudían: alguien parecía querer abrirse paso entre ellas. Mientras tanto, la imagen del ser junto al armario se hinchó en su mente. Imágenes y sonidos, cada una de estas cosas fueron parte de un barullo que la llevó al desconcierto total. En las alturas, entre las copas de los árboles, una bandada de pájaros levantó vuelo hacia el cielo gris de aquel atardecer. Una lluvia de hojas recién desprendidas cayó frente a Lidia, pero ella ni siquiera las notó. Solo tenía ojos para las plantas que se sacudían a pocos metros, entre las que de un momento al otro algo emergería.

El joven salió al pequeño claro del bosque y se detuvo frente a ella. Lidia lo observó de la cabeza a los pies, después lo miró directamente a los ojos. Se conectaron, vaya que lo hicieron, y dialogaron en ese silencio. Él llevaba sobre los hombros una carga invisible de dolores, nostalgias, cosas que lo hacían verse feliz y derrotado al mismo tiempo. Ella era su gemela en ese sentido, y ambos se dieron cuenta de esto enseguida. Fue, tal vez, como reencontrarse después de haberse perdido el rastro en alguna vida pasada. Lidia se levantó de la roca donde se había sentado; al mismo tiempo, él avanzó unos pasos. Ella entendió en ese instante la desesperada necesidad que había sentido de salir de la casa e internarse en el bosque. Recordó a su abuela animándola a hacerlo: Joaquina, la que siempre entendía... y la que siempre veía. Las sombras de la noche fueron cayendo sobre los dos desconocidos que parecieron, de un modo inexplicable, reconocerse tras una prolongada distancia.

Capítulo 12

Catalina comenzó a los gritos, ni bien se dio cuenta de la ausencia de su hija. No hubo forma de hacerle entender que Lidia regresaría pronto, que seguramente sólo hubiese deseado dar una breve caminata para aquietar los ánimos. A esto, Catalina respondió con un grito aún más estridente: que qué era eso de aquietar los ánimos, que cuándo se había visto que una chica se ausentara de su propia celebración una hora antes de que todo comenzara, que cómo no había sido capaz de avisarle a su propia madre. Maldiciendo entre dientes dio vueltas por toda la casa, esquivando a los empleados contratados que iban y venían de la cocina a la sala y buscando dentro de las habitaciones menos pensadas a la muchacha rebelde, que a punto estaba de darle el peor dolor de cabeza de toda su vida. Ni rastros de Lidia en ningún lugar. Con los nervios crispados, Catalina salió al parque y caminó hasta el fondo, internándose entre los arbustos y los árboles que a esas horas ya comenzaban a ser chupados por la creciente oscuridad del anochecer. Su padre, ya fallecido, había mandado construir en aquel parque tres bancos de granito, similares a los de todas las plazas. Uno de ellos se encontraba en el fondo, junto a un pino tan alto que parecía a un paso de tocar el cielo. Catalina se sentó ahí, mirando hacia la casa. Del bolsillo de su pantalón sacó un paquete de cigarrillos que abrió con movimientos nerviosos. Encendió uno y se lo llevó a los labios sin perder un instante; la ansiedad era algo que sólo podía ser vencido con el tabaco. Mientras fumaba, sus ojos se fijaron en las ventanas iluminadas. Se veían sombras pasar, detenerse, continuar. Se escuchaban, desde donde ella estaba, los pasos apurados, las puertas abriéndose y cerrándose, la voz firme de Marta dando indicaciones a los contratados. El sonidista, que había ubicado todo su equipo en un rincón de la sala, probaba la música de entrada de Lidia cada cinco minutos, haciendo sobresaltar a más de uno. ¡Tanto hecho por ella, y ella de ese modo tan desconsiderado lo pagaba! Catalina dio una pitada más y volvió a maldecir el esfuerzo. Quien hubiese estado en ese instante con ella, hubiese entendido por qué costaba tanto la crianza de aquella chica. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Lidia no era capaz de agradecer sus esfuerzos, sabiendo que ella estaba sola frente a la vida, haciéndose cargo de su crianza sin el apoyo y la contención de nadie. Terminó el cigarrillo y por primera vez desatendió el cuidado del jardín tirando la colilla a sus pies.

Después le dio un pisotón certero que la hundió en la tierra fresca junto al banco. Presa de un enojo que le hervía la sangre, se cubrió el rostro con las manos, frotándose los ojos con las yemas de los dedos. Fue en ese momento cuando oyó que alguien la llamaba. Al mirar hacia la casa, vio a Marta trotando en su dirección. La mujer corría como si la persiguiera el diablo, con una mano en alto y la mirada fija en el suelo por delante de ella. Tenía la boca abierta como si estuviese a punto de pegar un grito, cosa que finalmente no sucedió. Recién cuando estuvo junto a Catalina habló, tras recuperar el aliento.

—¡Ay, señora! ¡Ya no tengo la resistencia de antes! A punto estuve de quedarme sin aire.

Catalina ya se había levantado del banco. No dudó en preguntar:

—¿Ha vuelto del bendito paseo?

Marta asintió y Catalina sintió que el enojo la mordía por dentro. Miró hacia la casa, ventana por ventana, a ver si veía a Lidia asomada en alguna de ellas.

—Subió al dormitorio, ahora está con la maquilladora. Apenas la vi entrar le dije que se apurara si no quería echar todo a perder. Casi no me prestó atención, pero al menos hizo lo que le dije. Pobre mujer la maquilladora, estuvo esperando demasiado tiempo.

Catalina ya se había separado de Marta; ahora avanzaba hacia la casa a grandes pasos, pensando en qué hacer cuando tuviera a Lidia frente a sí. Marta dijo una última cosa, ante lo cual Catalina se detuvo y le echó una mirada inquieta:

—Señora, por favor no se ponga nerviosa. Tal vez le parezca que Lidia está en otro mundo. Intente no angustiarse.

* * *

Aquello que Marta dijo era verdad: Lidia parecía absorta por vaya a saber uno qué, pero no tenía ánimos para la pelea o la provocación, eso no. Su

madre le reprochó un par de cosas, mientras la maquilladora terminaba su trabajo, pero la chica sólo asintió un par de veces en silencio y no quiso contar en dónde había estado cuando la mujer se refirió a su ausencia. Catalina debió respirar hondo, y juntar paciencia frente a aquella actitud impensada. Cuando la maquilladora finalizó su trabajo, Lidia se miró al espejo con expresión nula. Su madre, detrás, se asomó sobre su hombro para poder presenciar el trabajo. Lo que vio le robó, por primera vez en varias horas, una sonrisa de satisfacción.

—Ya ves: eres hermosa. A veces pienso que si no fueras tan terca serías simplemente un ángel. Mira esos ojos.

Lidia se miró los ojos en el espejo. No entendió a lo que su madre se estaba refiriendo, y Catalina especificó:

—Su forma, sus pestañas... parecen los de un felino. Es una lástima que cuando uno quiere mirarlos con atención, tú te escurras lejos como un animal asustado. Siempre tan huidiza... sobre todo de tu propia madre. A veces me pregunto si siempre serás así, o si algún día por esos milagros de la vida darás el brazo a torcer.

Lidia apenas parpadeó. Aguardó a que su madre continuara —porque sabía de sobra que difícilmente se detendría— mientras jugaba con los volados de su vestido a la altura de la cintura. Catalina prosiguió, y lo que dijo realmente podría habérselo ahorrado:

—Sé que te gustaría que hoy estuviera tu padre presente, pero ya ves... la vida nos puede traer cosas que no las imaginamos ni en sueños. Que estuviéramos las dos solas el día de tu fiesta de quince años es algo que jamás pensé que llegaría a ocurrir.

Lidia apretó los dientes. No estaban solas, pero a su madre le costaba, como primer punto, considerar la existencia de Joaquina. Aquello era algo casi imposible de tolerar. La miró a través del espejo con una expresión de desagrado que cualquiera hubiese podido descifrar, pero Catalina parecía incapaz de lograr eso tan simple o en el fondo lo ignoraba, porque no le importaba en lo más mínimo. Continuó, sin siquiera inmutarse:

—Pero bueno, así ha ocurrido todo, y como bien se dice, las cosas ocurren por algo. Ya te lo dije hace mucho tiempo: la vida es dura, trae consigo

momentos inesperados. La vida puede ser despiadada muchas veces, pero eso tú ya lo sabes.

Catalina apoyó las manos en los hombros de Lidia. Ella, instintivamente, los sacudió.

—Ahora ya tienes quince. Ya no eres una niña... o cada vez lo eres menos. Sabes lo que te espera, ¿verdad? Decepciones, como a la mayoría. No verlo sería estúpido. La vida no es fácil. Eso de crecer, enamorarse, amar y que todo sea dicha bien podríamos dejarlo para las películas románticas. Tienes que estar preparada, ser precavida, porque el amor como todo el mundo lo pinta no es más que un espejismo.

Lidia desvió la mirada. Ya a esas alturas le hubiera gustado estar muy lejos de allí, fuera de ese dormitorio, a salvo de las manos de su madre que parecían querer clavar las uñas en la carne de sus brazos. El cielo ya oscuro del otro lado de la ventana atrajo toda su atención. Pensó en el bosque... y en el muchacho del bosque. Volver al bosque, pensó, volver con el muchacho.

—Pero seguramente tú no cometas los mismos errores que yo. Casarse tan pronto, tener hijos tan pronto... son cosas que las muchachas hacen sin medir las consecuencias. Después corres el riesgo de quedarte sola, de ser engañada, de tantas cosas que se podrían evitar si se usara un poco más la cabeza... algo que confío tú harás, ¿verdad?

En este punto, Lidia se movió como si quisiera correrse del espejo, pero su madre la retuvo sujetándola de los brazos con una fuerza descomunal. Lidia volvió a clavarle la mirada a través del cristal. «Ya suéltame», pensó, pero nada dijo.

—El amor de un hombre y una mujer puede ser como un castillo de naipes, nunca lo olvides. Si no lo olvidas, tal vez logres ser feliz —concluyó.

* * *

La casa estalló en un festejo sin igual poco rato después. Pasadas las nueve de la noche Lidia bajó las escaleras del primer piso a la sala, del brazo de un hermano de su padre. A los pies de la escalera la esperaba un camino hecho

con pétalos de rosas, que a su madre se le había ocurrido incorporar y que conducía al centro de la sala. Los invitados se abrieron en círculo a su paso, comentando la belleza de la chica, pero también murmurando acerca de su expresión ensombrecida. Lidia iba como un zombi, siguiendo los pasos de su tío. No miraba a nadie en especial, solo al piso que tenía delante. Al llegar al centro de la sala, el tío la invitó a bailar el vals y Lidia aceptó pasivamente. La música se levantó en medio de los aplausos. Lidia solo dio de memoria los pasos necesarios para el agrado de todos los presentes. Desde un rincón, casi escondida de todo el mundo, la abuela la observaba. A sus ojos no se escapó ni el detalle menor. Con paciencia, se tomó el tiempo para descifrarla. Miró y miró, observó hasta lo que nadie hubiese podido observar. Ésa era su capacidad oculta, lo que pocos conocían de ella: el poder que la anciana tenía para hondar más allá de lo perceptible a simple vista, y captar los pensamientos, las emociones más incrustadas en el alma, aquello que se deseaba ocultar. Joaquina entrelazó los dedos debajo del chal que le cubría el pecho y caía a los costados, sobre sus caderas. Aquel era un gesto de rezo para muchos, pero para ella y sus antepasados entrelazar los dedos y clavar las uñas en la piel significaba un trampolín hacia las profundidades de las percepciones. Su ojo quebró la coraza de Lidia y penetró hasta lo más profundo. Allí se encontró con Máximo, latiendo con la fuerza de un órgano vivo, tan presente que la anciana sufrió un escalofrío que casi la tumbó. Máximo acaparaba casi todo el espacio en la mente y el corazón de su nieta, barriendo con las insignificancias de la vida misma e inclusive con la presencia asfixiante de su progenitora. Lidia había podido apartar todo lo demás a un lado, pero la ausencia de Máximo se había vuelto una obsesión y Joaquina sintió que eso también podía significar un riesgo. Había mucho dolor y nostalgia allí, en el fondo de su alma. La abuela se empapó de todas estas emociones, mientras se debatía en cómo ayudarla a partir de la intensidad que estaba descubriendo. Hasta que, de repente, percibió algo más.

Había alguien más allí, entre los pliegues de aquella mente joven.

Capítulo 13

En sentido opuesto al cementerio, por la ruta que conducía a El Ceibal, se levantaba un caserón ruinoso llamado Santo Ceferino, que servía de orfanato —desde hacía más de dos décadas— a una treintena de niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad. Sus altísimas rejas que separaban a la propiedad del exterior daban a la ruta, a exactamente dos kilómetros de la entrada al pueblo, y la mayoría de los que por allí pasaban preferían desviar la mirada en otra dirección, porque la visión del lugar no era esperanzadora. Los niños y los adolescentes paseaban por el inmenso parque que rodeaba al caserón, mirando siempre hacia los automóviles, como si estuvieran esperando la llegada de la familia que decidiera adoptarlos. Había niños muy pequeños y también adolescentes que rayaban ya los dieciocho años, y que muy pronto quedarían a la deriva, de la mano de la mayoría de edad. Entre los más grandes estaba Ariel, a quien Lidia había conocido en el bosque.

Este joven tenía, por ese entonces, dieciocho años recién cumplidos. Aquellos eran sus últimos meses al cobijo del orfanato. Había llegado a Santo Ceferino a la edad de siete, tras la muerte de su madre, que era la única persona que el niño había tenido en la vida. Su padre, anónimo en su corazón y en su mente, jamás se le había acercado. A oídos de Ariel había llegado la teoría de que aquel hombre, nunca había planeado ni considerado la posibilidad de su existencia. Solo se había movido impulsado por un fuerte deseo sexual hacia la madre del pequeño, y cuando la consecuencia de tales placeres consumados se había hecho notar, el desgraciado había huido para nunca más volver.

—Pero eso no nos importa, ni a ti y a mí —le dijo una vez su madre—. No lo necesitamos a él, ni para ser felices, ni para comer. Sobreviviremos.

La vida no resultó fácil, pero salieron adelante con el esfuerzo de ella y la colaboración de él, que a pesar de ser tan pequeño supo ser un apoyo para la joven madre, que se desvelaba por el bienestar de ambos. Angélica —tal era su nombre— vivió exclusivamente para Ariel hasta que la enfermedad tocó a su puerta a comienzos de un crudo invierno, y se la llevó al cabo de tres meses, tras una agonía que nadie hubiera deseado atravesar. Ariel fue trasladado de inmediato al orfanato, a falta de cualquier pariente que pudiera

responder por su seguridad. Llegó allí con un pequeño bolso que reunía sus pocas pertenencias, y una sensación de soledad que jamás había experimentado en sus cortos siete años. Lo recibieron las monjas del lugar con todas las demostraciones de afecto posibles, pero eso no fue suficiente para que el niño sintiera alivio en su corazón. Si la madre no estaba, el mundo entero perdía su sentido.

Fue difícil el primer tiempo. Ariel no logró adaptarse con facilidad a la vida en el orfanato. Rodeado de niños que no conocía y con el dolor a cuestas, su apetito fue escaso en las primeras semanas y levantó fiebre un par de veces. Sufrió vómitos durante varios días y sudoración fría algunas noches. Dormido, murmuró el nombre de su madre una y otra vez. Dormido, también, extendió los brazos al cielo, y la palabra mamá se le deslizó entre los labios con apenas restos de voz. Las monjas hicieron todo lo que pudieron por él, inclusive se turnaron en las noches para estar junto a su cama, pero lo que al niño le ocurría no podía ser curado por religioso alguno, ni médico ni nada que se le pareciera. Lo que Ariel tenía seguramente perdurara en su corazón por años, o tal vez para siempre.

Cuando llegaron los primeros años de la adolescencia, perdió la esperanza de que alguna familia lo rescatara de la vida triste del orfanato. Había oído decir más de una vez que los matrimonios que llegaban hasta las puertas de Santo Ceferino buscaban —en un noventa por ciento de los casos— niños recién nacidos o menores de cinco años. A él, hasta los cinco años, nadie le había puesto los ojos encima con tal intención; mucho menos ocurriría ahora que la infancia ya había quedado atrás. Por este motivo, cada vez que un automóvil pasaba la reja y estacionaba frente a la puerta, para Ariel era lo mismo que si nada ocurriera. Ya no tenía cosa alguna que esperar a excepción de la adultez, porque mantenía la ilusión de que el tiempo por venir —con la independencia que conllevaba— le daría un poco de la dicha que los primeros años en el mundo le habían negado.

Los internos que cumplían los dieciocho o estaban próximos a ellos podían salir a dar paseos por los alrededores durante un rato cada tarde, cosa que por supuesto Ariel aprovechó, porque era la única manera de estar lejos de todo y de todos. El camino atravesando el bosque era el que más le gustaba recorrer, pero casi siempre llegaba hasta allí y no más allá, porque en ese espacio

podía encontrar la calma y la privacidad que necesitaba. Caminaba entre la vegetación, y se sentaba sobre montones de hojas caídas o sobre las piedras inmensas que abundaban entre los pastos. Muchas veces llevaba consigo un libro, de esos de historias ficticias que siempre escogía de la biblioteca que tenía el orfanato. Las monjas le habían dicho que leer era ampliar la visión del universo, que la lectura enriquecía y alimentaba el alma de todos los hombres. Seguramente fuera verdad, solía pensar él, porque cuando se sumergía en los libros podía imaginar todos los lugares fuera del orfanato que soñaba poder visitar algún día. Era como tener alas invisibles y agitarlas sobre la espalda, ansiando levantar vuelo... y volar muy alto. Tal vez algún día lo lograra; mientras tanto, la lectura le servía como puente a cualquier lugar imaginario, que él quisiera recorrer.

La tarde que conoció a Lidia, sin embargo, no llevaba ningún libro bajo el brazo. Ese día, sin saber por qué, ni siquiera se había asomado dentro de la biblioteca. De camino hacia el bosque pensó en lo extraño de su actitud, pero en ningún momento se le ocurrió regresar por un libro; le bastó ponerse las manos dentro de los bolsillos y calentarlas allí, mientras, apuraba el paso hacia su lugar preferido en el pequeño mundo que hasta ese momento conocía.

Cuando descubrió a Lidia y su hermoso vestido blanco, creyó entender lo diferente de aquella tarde. No necesitaba ningún relato ficticio ese día, porque la realidad se le había presentado mil veces más maravillosa que cualquier historia que pudiera ser escrita en papel.

Capítulo 14

Algunos meses después de la fiesta de quince, comenzó para Joaquina un tiempo abrumado por pesadillas que al principio no pudo comprender. Durante veinte días —ni uno más, ni uno menos— la pobre anciana padeció una intranquilidad tortuosa durante sus horas de reposo, que se le antojó eterna cada noche y de la que resultó imposible desprenderse. Inclusive estando en la vigilia, la sensación de asfixia y claustrofobia que le imponía el sueño, no la liberaba por un largo rato, a veces podían pasar horas hasta volver a sentirse en calma. Las primeras noches las imágenes no fueron muy claras: vio rostros incompletos, siluetas escurridizas, formas no muy concretas. Intentó meditar al respecto, vislumbrar el motivo de aquellos sueños tan extraños, pero al principio resultó imposible. Pasado el tiempo los rostros fueron completándose de a poco, develándose el misterio y de ese modo emergiendo los antepasados de Joaquina: abuelos, bisabuelos y parientes aún más lejanos, todos ellos con la clara intención de comunicarse con la anciana, pero las voces se reproducían débiles, distantes, y los mensajes se volvían inentendibles. Joaquina comenzó a desesperar, hasta que llegó el sueño de la décima novena noche. En esa ocasión, por primera vez apareció Lidia como centro de tantas imágenes enigmáticas. La nieta brilló con el poder de mil estrellas, en medio de una oscuridad que amenazaba con chuparlo todo. Joaquina la vio acercarse y alejarse levitando a ras del suelo. Después Lidia desapareció, y tras su partida se levantó una sombra que al principio pareció la de un niño pequeño, y que de a poco fue agigantándose. Todo su cuerpo ondulaba como una bandera al viento. Sus brazos parecían elásticos, estirándose hacia arriba como si quisieran tocar el cielo. La silueta era pequeña y grande, grande y pequeña, cambiaba de forma y tamaño sin pausa. Y producía un sonido. Aquello era inconfundible: era un llanto de voz fina y quebrada, un lamento crispante.

A las tres de la mañana —en esa décima novena noche— la mente de Joaquina ya no soportó tanto caos, y sus ojos se abrieron. Asustada, salió de la cama a los tumbos. El dormitorio estaba salpicado por la débil luz de la luna que entraba en finos hilos y tocaba todo a su paso, y Joaquina lo atravesó barriendo la penumbra hasta llegar a la mesita detrás del biombo. No dudó un instante acerca de lo que debía hacer. A tientas, buscó en uno de los cajones la

vela con su candelabro y la caja de fósforos. Ubicó todo sobre la mesa y se sentó. Cuando encendió la vela se formó un arco de luz, que tomó posesión de la pared a sus espaldas y pareció a la vez una aureola sobre su cabeza. Sus ojos entrecerrados brillaron a través de sus larguísimas pestañas. Se sentía todavía adormilada, pero debía hacer el esfuerzo y despertar del todo. Estiró una vez más la mano hacia el cajón que había quedado un poco abierto, y hundió los dedos entre los objetos que allí había. Cuando sacó la mano, entre los dedos cargaba una bolsita de seda envuelta en un paño púrpura. Dentro de la bolsita había siete runas. Desplegó el paño sobre la mesa y abrió la bolsa. Las runas cayeron sobre la palma de su mano y ella cerró los ojos. Mientras realizaba la tirada, los rostros de su último sueño volvieron a presentársele, más nítidos que nunca. Y como coronación a todo eso, se levantó triunfante la imagen de Lidia, acompañada de la figura oscura que anidaba detrás del armario.

* * *

El día siguiente amaneció soleado y fresco, clima propicio para dar paseos o disfrutar del parque. La casa tuvo gran movimiento en las primeras horas del día. El jardinero llegó a las ocho en punto con su camioneta destartalada, y su podadora antigua y se dirigió al fondo de la propiedad, donde el pasto y los yuyos habían crecido considerablemente. Marta lo acompañó y le dio algunas indicaciones en pocos minutos, para después regresar a la cocina a comenzar los preparativos para el almuerzo. Catalina se levantó muy temprano, como era habitual en ella, y salió a caminar. Recorrió casi todo el pueblo vestida con sus pantalones deportivos, y blandiendo una botella de agua mineral en una de sus manos, a buen ritmo. Hacía tiempo ya había decidido hacer un poco de ejercicio; consideraba que la ayudaba a enfrentar «el día y sus enredos», como siempre decía. Pasó frente a la iglesia, se persignó y continuó andando. Después se detuvo unos minutos en la plaza, bebió agua y dejó pasar un rato. Mientras todo esto ocurrió, Joaquina despertó y se bebió un té en la soledad de su dormitorio. Eran las nueve de la mañana cuando bajó a la cocina y Marta le preparó la pequeña bandeja de siempre. La abuela, más silenciosa que de costumbre, le pidió a la empleada que no se ofendiera, pero que prefería

volver a su habitación en vez de compartir con ella un rato de infusiones y masas secas, como siempre hacían. Marta dijo que no había problema y la observó alejarse a paso lento hacia la escalera, presintiendo algo extraño en aquella actitud.

Joaquina bebió el té de pie junto a la ventana. Las masitas que estaban en el plato ni siquiera recibieron una mirada de curiosidad. A cada sorbo que dio, su expresión se ensombreció más y más. Cada tanto echó un vistazo al reloj en la pared; pareció que estaba esperando una hora determinada. A las 10 en punto se metió en el vestidor, se cambió el camisón por un vestido, se recogió el cabello frente al espejo y salió al pasillo. Ya no sintió dudas cuando llegó a la puerta de Lidia. Llamó con golpes de nudillos y esperó.

Hubo un momento de perfecto silencio, durante el cual Joaquina permaneció casi inmóvil con la mirada clavada en la punta de los zapatos, intentando percibir algo que proviniera del otro lado. Después la puerta se abrió y asomó la mitad del cuerpo de Lidia, que pareció sorprendida de ver a su abuela allí. Del interior del dormitorio llegó un aroma intenso: sahumerios que estarían seguramente ubicados en diferentes rincones. Provocaban un oleaje invisible de aroma que en aquella casa era tan habitual percibir, sobre todo en las habitaciones de nieta y abuela. Joaquina esbozó una sonrisa y Lidia intentó devolverle otra, que resultó mucho más natural que todas las de los últimos tiempos. La abuela pudo ver que en el rostro de la chica había un bienestar renovado.

—¿Puedo pasar?

Lidia se corrió enseguida, dejando el camino libre hacia un cuarto completamente iluminado por los rayos del sol. Aquello fue una sorpresa para la abuela, acostumbrada a ver en su nieta la marcada tendencia de enclaustrarse inmersa en la penumbra. Lidia fue a pararse junto a la ventana. Mientras tanto, Joaquina ya se había sentado en un sillón cercano.

—Espero que el jardinero no toque los rosales. No necesitan ser podados. ¿No opinas lo mismo, nona?

—¿Los rosales? Hace rato no les pongo atención, querida. ¿Están lindos?

Lidia afirmó con un rápido movimiento de cabeza. Su mirada salió por la ventana, sobrevolando las copas de los árboles. Joaquina clavó la mirada en

su perfil. Lidia estaba iluminada como la misma mañana. Brillaban sus bellísimos ojos, aquello era inocultable. Brillaba ella de un modo misterioso.

—Hace varios días que no nos cruzábamos —le dijo la abuela—. Entre tu horario escolar y mis largas siestas, hemos perdido el tiempo que antes teníamos para charlar, o simplemente estar, porque ya sabes que a veces sobran las palabras.

—También he estado estudiando mucho en casa. Aquí, en el dormitorio. He estado bastante ocupada —dijo Lidia.

—¿Y cómo te está yendo? Ni siquiera tu madre me ha mencionado tus estudios en el último tiempo.

Lidia arqueó las cejas. Una sombra cruzó su mirada.

—Qué raro, porque para ella lo más importante es tener una hija que sobresalga en todo. Y como me está yendo tan bien ahora... eso debe ser para ella tocar el cielo con las manos. Algo tan digno que ya debe haber puesto al tanto al pueblo entero.

Joaquina hizo un gesto de desinterés con la mano.

—No importa, no hablemos de esas cosas. ¿Pedimos un té? Marta con gusto nos hará el favor.

—Sí.

La aceptación inmediata entusiasmó a la anciana, que se movió para levantarse del silloncito y bastante le costó aquello, porque el cuerpo y su vitalidad habían cambiado demasiado con el correr de los últimos años. Giró y se encaminó hacia la puerta, dejando a Lidia ensimismada en sus pensamientos junto a la ventana. En el trayecto miró hacia el armario y el rincón junto a éste, pero no percibió nada extraño allí. El dormitorio parecía limpio de muchas cosas que en alguna época habían invadido el espacio, y esto resultaba gratamente sorprendente para Joaquina, aunque había una parte de ella que se resistía a relajarse por completo. No olvidaba los sueños. No olvidaba las runas.

Bajó a la cocina, pidió los té y las masas de siempre, y esperó a que Marta preparara todo y lo acomodara sobre la bandeja. Después volvió a subir la escalera en compañía de la empleada, que se ofreció a cargar con el desayuno

para que Joaquina no se esforzara más de lo debido. Cuando por fin abuela y nieta quedaron solas, se ubicaron una frente a la otra con la pequeña mesita (donde Lidia acomodaba sus libros), de por medio. Era casi idéntica a la que Joaquina tenía en su cuarto detrás del biombo, porque habían sido compradas en el mismo lugar. Lidia sorbió de la taza con gran placer. Sus ojos seguían brillantes, pero ahora que los tenía enfrente, Joaquina pudo ver que no estaban precisamente felices, sino emocionados, afectados por algo que todavía se mantenía en el misterio.

—¿Qué tienes? —preguntó la mujer cuando ya no pudo contenerse más—
¡Estás tan cambiada!

Lidia apoyó la taza sobre la mesa. Las manos le temblaban un poco y su abuela lo notó enseguida.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué ves de diferente?

—¿Porque te conozco! ¿Por qué más, si no? ¿Qué es? No debe de ser nada malo, porque estás más linda que nunca.

—Y si te lo digo, ¿prometes que no le dirás a nadie? ¡Mucho menos a mamá, abuela! ¡Mucho menos a ella!

—¿Desde cuándo desconfías de mí? ¡Y que pienses que le contaré a Catalina, eso es de no creer!

—No desconfío, es que tengo miedo de que ella sepa.

—Bueno, por mí ya sabes que no debes preocuparte. Mejor ocúpate de que nadie más se entere de eso que me tienes que contar, porque las paredes oyen en todos los casos y las lenguas se sueltan, ya lo sabemos. Tu madre, de un modo u otro, se las ha ingeniado siempre para saberlo todo. Así que mejor cuídate de no desparramarlo por ahí.

—¿En quién confiaría, si no fuera en ti?

—Bueno, ¡suéltalo de una vez!

Lidia estiró los brazos por sobre la mesa y ofreció las manos a Joaquina. Se unieron en un apretón de dedos con la fuerza del cariño que las unía, y por fin la chica sintió que podía hablar sin problemas.

—Gracias por venir, es un gran alivio. Sé que me entiendes, porque todo lo

puedes percibir.

—No creo que todo. No soy una superdotada, querida, pero entre tú y yo la comunicación es limpia, inclusive cuando no se trata de palabras. Hay un puente entre nosotras, lo sabes, desde el principio de la vida misma. Te he soñado en estas últimas noches y hoy ya no pude aguantarlo y necesité venir.

—¿Has soñado conmigo? ¿Qué sueños fueron esos?

Joaquina sacudió la cabeza, restándole importancia a las propias palabras. En ese momento lo único que deseaba era que Lidia continuara hablando.

—No es importante ahora. No me hagas caso. Tú dime lo que te tiene tan bonita últimamente.

Lidia se cubrió las mejillas con las palmas de las manos. De repente le había subido un rubor al rostro, que se venía repitiendo en los últimos días y al que todavía no podía acostumbrarse. Suspiró y sonrió, mostrando todos los dientes.

—Creo que estoy enamorada.

Aquellas palabras, en cierto modo, no sorprendieron a la abuela. En los sueños se le habían presentado indicios de lo que la nieta estaba ahora confesándole. Sí la sorprendió lo que vio detrás de esas palabras: los ojos de Lidia cargando un enredo de sentimientos, que parecían desbordarla. No sólo tenía que ver con el enamoramiento, sino con tantas otras cosas de las que seguramente, la muchacha no fuera a contarle en esos momentos. Lidia guardó silencio, tal vez esperando que la anciana dijera algo, y al no ocurrir esto agregó:

—Y seguramente no lo apruebes, nona, pero no me importa. O quizás tú sí lo hagas, pero mamá no.

—¿Y por qué piensas eso? Sé que tu madre es complicada en muchas cosas, pero no la imagino no alegrándose por verte enamorada por primera vez.

—No entiendes, nona. Mamá pensará que no es para mí.

Ante estas últimas palabras la abuela prefirió una pausa. El silencio se instaló por un breve lapso de tiempo, mientras, afuera el día continuaba desarrollándose, creciendo en frescura y luminosidad.

—Dame tus manos —dijo finalmente Joaquina.

Lidia volvió la mirada hacia ella. La abuela tenía las manos arrugadas extendidas en su dirección, presas del mismo temblor de siempre. Se unieron en un fuerte apretón y así se mantuvieron, acariciándose con la punta de los dedos.

—Gracias por entenderme. Pronto te contaré más, pero sabes que a veces me cuesta un poco abrirme, es por momentos un tanto complicado. Esto que te he dicho es un montón para mí.

—La urgencia no es contar las cosas, sino vivirlas —le susurró Joaquina.

Aquello fue lo mejor que Lidia podría haber escuchado. Emocionada, se levantó del sillón, bordeó la mesita y se arrodilló junto a su abuela. Joaquina la recibió con los brazos abiertos, la refugió en ellos como si fueran alas enormes, cerrándose sobre su cuerpo para darle calor.

—Aquí estaré cuando me necesites, para que puedas contarme el resto, o lo que quieras contarme. Me hace feliz esto que sientes. No imaginé que llegaría tan pronto, ¡si eres una niña todavía para mí!

Lidia no pudo más que sonreír. Hundió el rostro contra el pecho de la abuela y se quedó quieta, casi como si se hubiese dormido en sus brazos.

—Pero dime una cosa, sólo una, por curiosidad. ¿Cuál es su nombre?

La muchacha entreabrió los ojos. Desde las profundidades de aquel abrazo, murmuró:

—Ariel.

Joaquina sintió que los brazos se le aflojaban. Experimentó una debilidad que llegó desde muy adentro, barriendo con la fuerza de cada uno de sus músculos. Cerró los ojos y apretó los párpados, intentando descifrar eso que estaba pasando. Entonces, en su mente, se levantó la figura oscura que se mantenía agazapada junto al armario de su nieta. Todavía estaba allí, jamás se había ido. Había adquirido la altura de un gigante, y parecía preparada para saltar de un momento al otro fuera de la oscuridad y hacia la luz. Desesperada, intentó ver más que ese bulto oscuro y amenazante, descubrir un rostro en esa cabeza que se ladeaba hacia un lado y hacia el otro como un péndulo agitando las sombras, pero nada logró. Todo permanecía esclavizado en la negrura,

pero la anciana supo, por fin, que aquello que habitaba a un paso tenía relación directa con aquel primer amor de su pequeña.

Capítulo 15

Con el correr de los meses, Lidia y Ariel comenzaron a verse todos los días. Llegó la primavera de ese modo, encontrándolos reunidos en cada atardecer en el corazón mismo del bosque, nunca en otro lugar. Ella propuso algunas veces caminar por el pueblo, pero él siempre le respondió que para qué el pueblo, que el bosque los mantenía apartados de la curiosidad de los pobladores, que entre su vegetación podían hallar la paz que en ninguna otra parte hallarían. Lidia sabía que él realmente creía lo que decía, pero también podía darse cuenta de que para Ariel, la relación con los demás nunca había sido algo sencillo. Era un muchacho tímido e introvertido, y ella solía ver el encuentro entre ambos como una especie de milagro.

Siempre se reunían a las seis de la tarde, tiempo en que a él las monjas lo dejaban salir y ella, desprendida ya de las tareas en el colegio, tenía un buen rato libre para hacer lo que quisiera. Lidia solía llevar su carpeta con sus dibujos y hojas en blanco, también un pequeño bolso con una inmensa cartuchera dentro. Una vez le había comentado a él, que le gustaba dibujar y desde ese entonces, Ariel le pedía que dibujara todo lo que sus ojos pudieran ver, en el rato en que estaban juntos. Después hacían el amor entre los árboles, dormitaban abrazados y volvían a separarse cuando el sol comenzaba a ocultarse. Mantuvieron esta rutina durante tres meses. Hasta que una tarde de domingo todo se modificó para los dos... y para siempre.

Había llovido esa madrugada, y las primeras horas de la mañana fueron más frescas que días anteriores. Pasado el mediodía el calor comenzó a castigar de nuevo, menguando un poco para la hora en que habían pautado el encuentro. Ariel llegó al bosque diez minutos antes de las seis de la tarde, y se acostó a descansar en el mismo claro de siempre, un pequeño espacio rodeado de rocas, donde los rayos del sol caían libremente hasta tocar el suelo. Cruzó los brazos debajo de su cabeza y dejó volar la mirada hacia lo alto. Suspiró, bajó los párpados, volvió a levantarlos. Podía quedarse dormido si se dejaba llevar, por lo que hizo el esfuerzo y se mantuvo entretenido con cada detalle que encontró en las alturas. En el último tiempo el cansancio le ganaba todas las partidas: ahora que tenía dieciocho años y todavía permanecía en el convento, se había ofrecido a limpiar los pisos, las escaleras y los dormitorios

como retribución al tiempo que las monjas todavía le concedían en Santo Ceferino. Le habían dicho que no había apuro en que se fuera, pero él bien sabía que los mayores de dieciocho tenían en tiempo contado en el orfanato, y podía entenderlo. Era cuestión de tiempo y él encontraría un empleo, donde vivir y superaría la incertidumbre en relación a su futuro. Confiaba mucho en eso.

Mientras pensaba en todo esto, escuchó a Lidia acercándose, haciendo crujir las hojas y las ramas a su paso. Cuando torció la cabeza para mirarla, la descubrió detenida entre un par de árboles, con la mitad del cuerpo escondido detrás de uno de los troncos. Ariel se incorporó y quedó sentado con las piernas extendidas hacia adelante. Se había quitado los zapatos y los pies dentro de las medias remendadas se movían con frenesí, costumbre instalada cuando lo que había era cierto nerviosismo. Sonrió como siempre que ella aparecía, pero Lidia no le devolvió la sonrisa. Primero pareció examinarlo en cada detalle, como si no lo reconociera, y como el silencio de parte de ella se prolongó, fue él quien reaccionó diciendo:

—Parece que me tuvieras miedo. ¿Te vas a quedar ahí?

Lidia salió de detrás del árbol y él pudo ver que no llevaba su carpeta de los dibujos, ni su bolso colgando del hombro. Iba vestida con ropa holgada: un pantalón de tela fresca y una camisa blanca que se movía con la brisa que traía la tarde. El cabello, más largo que nunca, caía sobre sus hombros y su pecho como cascada. Los ojos le brillaban. Estaba más bella que nunca.

—¡Qué lástima que no hayas traído las cosas! —le dijo él, y se puso de pie. Señaló hacia arriba— Mira las pinceladas anaranjadas del cielo y esas ramas allá a lo lejos, ¿las ves? Es como si estuvieran pinchándolo, atravesándolo con sus puntas. Sería genial poder pintar eso.

Lidia ya había llegado a su lado. Miró hacia lo que él señalaba sin decir una palabra. Ariel volvió la atención hacia ella y notó que tenía los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Ella intentaba contener la emoción sin demasiado éxito. Una lágrima rebelde escapó y rodó mejilla abajo, la que barrió inmediatamente con los dedos en un gesto de urgencia, frente al sentimiento de exposición que aquello

le generó. Ariel nunca la había visto llorar, ni por dolor, ni por emoción desbordada, como en ese mismo instante.

—Prométeme que podremos hablar con tranquilidad.

La muchacha dio un paso más hacia él y apoyó una mano sobre uno de sus hombros. Los dedos le temblaron apenas hicieron contacto con la tela de la camisa, pero aun así se aferró a él con todas sus fuerzas. Parecía que temía que él pudiera apartarse de su lado.

—Estás rarísima.

—Lo sé, pero dame tiempo —imploró ella casi sin voz—. Y prométeme que estaremos serenos.

Ariel hizo un rápido movimiento y se desprendió de su contacto. Quedó a centímetros de ella, distancia más que propicia para hondar en su mirada.

—¿Por qué me pides eso? No me gusta prometer nada, lo sabes.

—Pero esta vez es importante.

—¿Por qué das tantas vueltas? ¿Qué pasa?

Por sobre sus cabezas rompió la quietud una bandada de pájaros, que habían estado ocultos en la copa de uno de los árboles. Levantaron vuelo en medio del crepitar de las ramas y se perdieron a lo lejos, haciendo caer sobre los dos jóvenes una lluvia de hojas amarillentas. Lidia se sacudió el cabello y finalmente dijo:

—Estoy embarazada.

Instintivamente él dio un paso atrás, a tiempo para que ella no lograra posar una mano sobre uno de sus hombros. De repente, el joven había empalidecido. Ante aquella distancia impuesta, el semblante de Lidia se modificó por completo. Desapareció la emoción que hasta ese instante la había dominado y llegó el desconcierto primero y la molestia después.

—Estoy embarazada —repitió.

—No estoy sordo. Te oí.

Cinco pasos los separaban, porque a cada palabra que él decía se iba alejando más. Lidia se mantuvo en su sitio, una mano apoyada sobre su

vientre, con la expresión cada vez más tensa.

—Yo tampoco lo esperaba —dijo ella—, y esto es tan difícil para mí como para ti, espero que te des cuenta, pero... si quieres que te sea sincera... es también un milagro. Una vida siempre es un milagro.

Hubo tanto sentimiento en eso último que ella dijo, que él no pudo evitar sentir que su emoción lo tocaba a pesar del aturdimiento inicial. Asintió con un movimiento de cabeza. Después se llevó las manos al rostro y lo frotó, como si quisiera despertar de un sueño profundo. Lidia experimentó una compasión genuina: podía entender que para Ariel aquella noticia fuera superadora.

—Ven —le dijo, abriendo los brazos—. Sé lo difícil que es. ¡Yo siento tantas cosas juntas! Ven.

Ariel se descubrió el rostro y la miró. Ella, allí con el abrazo dispuesto, lo convenció sin muchas más vueltas y se refugiaron el uno en el otro con la misma intensidad de siempre.

—No digamos nada ahora —pidió Lidia—. Solo abrázame. Tengo el mismo miedo que tú, tan grande como nunca me imaginé que sería, pero ahora solo abrázame, por favor.

Y continuó hablando, pero él ya no la escuchaba. Había cerrado los ojos y estaba sumergido en una especie de sueño dentro de la vigilia, rememorando situaciones de toda su corta vida. El rostro de su madre le llegó en primer lugar: Recordó el último tiempo junto a ella, y no pudo más que volver a sentir su dulzura y su cobijo, pero cuando pensó en su padre, otra vez lo venció una cantidad innumerable de espantosos sentimientos. Ni siquiera había un rostro para aquella figura ausente, nada en lo que él pudiera hallar, aunque fuera, un atisbo de identidad. Y ahora él se convertiría en padre. El miedo se le trepó al alma, y fue lo suficientemente poderoso como para dejar empujados los besos y las caricias de Lidia, que le murmuraba al oído que todo estaría bien.

Capítulo 16

Aquella tarde se quedaron juntos un poco más, hasta que llegó la noche y debieron separarse sin otra alternativa. Lo último que Ariel le dijo a Lidia fue que se quedara tranquila, que intentara descansar, que se verían al día siguiente y podrían seguir conversando sobre la inmensa sorpresa que la vida les había presentado. Antes de despedirse, se inclinó frente a ella y le acarició el vientre. Por un breve instante, Lidia pensó que también lo besaría, pero justo en ese momento él se incorporó, le dio a ella un abrazo y se alejó en medio de las sombras.

El camino de regreso a la casa no fue simple para ella. Experimentó durante todo el trayecto una intranquilidad monstruosa, que le aceleró el corazón y le hizo sentir un miedo muy intenso. No podría haber explicado a qué se debía aquello, pero sí podría haber dicho que la sensación era tan real, como su propia sombra, asfixiante hasta lo inimaginable. Un par de veces se detuvo y miró hacia atrás, y recordó a Ariel inclinado delante de ella, besando su vientre. Esa imagen —pensó— no se le iría jamás de la mente. La presintió eternizada en la memoria, como el cuadro más bello jamás pintado.

Cuando la casa se hizo visible ante sus ojos, tuvo una necesidad repentina de echarse a correr de nuevo hacia el bosque. En uno de los balcones divisó a su madre por un breve instante; después su figura esbelta se metió dentro, como si quiera escapar de su mirada. Lidia entró por la puerta trasera, la que comunicaba a la cocina, y allí se encontró con Marta trepada a una escalerita de dos peldaños, intentando alcanzar algunas latas que estaban en uno de los estantes más altos de la alacena. La empleada se volvió hacia ella algo sobresaltada, porque no esperaba que nadie ingresara por esa puerta a esas horas. Lidia le hizo un gesto de que continuara con lo suyo, y atravesó la cocina para desaparecer por el pasillo que daba a la sala y a las escaleras que conducían al primer piso. Sin perder un instante subió los peldaños casi al trote, y solo se sintió un poco a resguardo, cuando entró en su dormitorio y cerró la puerta tras su paso. Recién en ese momento pudo liberar la tensión con un ruidoso suspiro, pero ni siquiera eso le quitó la fea sensación de miedo, que se había apoderado de ella de regreso al hogar.

* * *

«No te preocupes, nos veremos mañana», le había dicho él.

Y ella soñó aquella noche con tal promesa. A la mañana siguiente, apenas puso los pies fuera de la cama, el malestar estomacal la atacó por primera vez. Tuvo que correr al cuarto de baño, y vomitó parte de los cerámicos del piso y el borde del inodoro, por no llegar a tiempo. Se sintió mareada y necesitó sentarse al borde de la bañera, para recuperar un poco la estabilidad. Mientras estaba allí recordó en detalle el sueño que había tenido, y lo único que deseó fue que la tarde llegara para volver a encontrarse con Ariel. Las cosas saldrían bien, ella lo deseaba y creía presentirlo, pero aun así la sensación de miedo de la tarde anterior, había permanecido como una mancha en medio de las esperanzas y el optimismo que ella intentaba ponerle a todo, a partir de ese momento.

Se vistió y peinó tomándose tiempo para cada cosa, por primera vez en mucho tiempo sin mirar la hora. Era sábado, por lo que el colegio y las tareas estaban a un lado. No podía imaginarse cómo haría a partir de ese período de su vida para concentrarse en cuestiones académicas, pero tampoco sentía que fuese aquello algo primordial. Más adelante la vida misma le iría susurrando al oído como seguir: necesitaba confiar en que así sería.

La casa estaba un poco más calma que de costumbre por ser fin de semana. No había jardinero, ni movimientos de compras, ni ruido de aspiradoras o lustradoras, yendo y viniendo por los pasillos. Los sábados se reservaban para la tranquilidad de un desayuno sereno y los preparativos de las comidas, y las horas de la tarde, solían albergar una siesta prolongada en el caso de Joaquina y Catalina, y momentos de lectura o caminata para Lidia. Por eso, al bajar a la cocina, la muchacha se encontró con un espacio quieto, limpio e iluminado por la claridad de aquella mañana soleada, y los utensilios para su desayuno prolijamente preparados. Se acercó a la mesada y echó un vistazo a la pequeña bandeja que Marta había dejado para ella. Tenía una taza de té con su respectivo plato, la cuchara, los sobres de azúcar, algunas galletas de arroz, dos tostadas y un pote de mermelada casera, de ése que a todos los integrantes de la casa tanto agradaba. Marta nunca olvidaba nada. No había existido jamás un día en el que alguien hubiese bajado por su desayuno y Marta hubiese

fallado.

Mientras llenaba la taza con agua caliente, Lidia dejó escapar la mirada a través de la ventana que daba al jardín trasero. No pensó en los bancos de granito, sino en la mesa redonda que estaba ubicada cerca de la parrilla. Podía sentarse allí y desayunar, dado el clima de ensueño que se respiraba. Levantó la bandeja y sin dudarlo hacia allí se dirigió. El exterior la recibió con una fresca placentera que le recargó las energías. Beber el té bajo las copas de los árboles, era lo mejor que el buen clima podía ofrecer.

Pasados algunos minutos en los que Lidia pensó que disfrutaría de un buen momento en soledad, sintió el ruido de la puerta de la cocina abriéndose y miró en tal dirección. Su abuela y su madre salían juntas: Joaquina cargando su pequeña bandeja del desayuno y Catalina llevando con correa a su pekinés. Parecía que ambas tomarían direcciones diferentes (Joaquina hacia la mesa donde Lidia se encontraba y Catalina hacia el fondo del parque) cuando la abuela codeó a su nuera y le hizo un gesto para que la siguiera. Catalina miró hacia la mesa, descubrió a su hija y pareció dudar, pero Joaquina volvió a insistir, diciendo algo que Lidia no alcanzó a oír y finalmente ambas caminaron hacia donde ella estaba. Cuando llegaron a la mesa, el pekinés ladró en clara señal de protesta —seguramente prefería pasear antes que detenerse allí, a no hacer nada— pero Catalina le dio un tirón a la correa y el animal pareció rendirse. Ambas mujeres se sentaron enfrentando a Lidia, que había detenido la degustación de su tostada al verlas llegar. Joaquina le sonrió y acomodó la bandeja sobre la mesa, dispuesta a prepararse el té. Catalina, que llevaba un sombrero de ala que alguna vez había comprado en uno de los viajes exóticos, de los que nunca había podido prescindir, apoyó una mano sobre su superficie y lo aplastó un poco más sobre su cabeza, como si temiera que se fuera a caer. Mientras tanto, miró hacia un lado y hacia el otro, a las flores y los arbustos que las rodeaban, en un intento por comprobar que el jardinero hubiese hecho un buen trabajo la semana anterior. Después —y solo después— miró a su hija, y al hacerlo algo cambió en la tranquilidad que llevaba consigo:

—¿Qué tienes? ¡Estás pálida como un muerto!

Ambas mujeres taladraron a Lidia con la mirada. Lo que Catalina había visto no era errado; hasta Joaquina pudo notarlo.

—¿Pálida? Qué extraño —dijo Lidia—. Me siento muy bien.

—¡No puedes sentirte bien con los labios casi sin color! ¡Fíjate, Joaquina, esta chica tiene los labios sin color! —escupió Catalina en un grito, al tiempo que señalaba a la chica con un dedo— ¿Has dejado el plan de alimentación? Yo te dije: es necesario. No se puede andar por la vida comiendo porquerías.

Lidia revoleó los ojos. De memoria se sabía el plan de alimentación, que un buen día su madre había incorporado en la vida de todos, enganchando un papel en la heladera y asegurándole a todo el mundo que aquella dieta que ella proponía se la había recomendado el mejor nutricionista de los alrededores. A partir de allí, Marta había desarrollado los menús en base a este papel, y nadie había logrado zafarse de aquello, ni siquiera la propia Marta. La verdad era que Lidia se lo salteaba cada tanto, porque cuando la ansiedad ganaba la batalla los chocolates se convertían en la vía de escape.

Su madre continuó hablando de todos estos temas tan banales, pero la muchacha muy pronto dejó de prestar atención. Saboreando el desayuno, sólo pensó en lo que anhelaba que las horas pasaran y la tarde ya estuviera allí. Quería salir corriendo hacia el bosque, buscando el reencuentro que parecía tan lejano, que dolía en el centro del pecho. Jamás desde el comienzo de toda esa historia le había costado tanto esperar.

Capítulo 17

Salió rumbo al bosque media hora antes de lo habitual. Se equipó con un chaleco de algodón que la protegería del fresco y una botella de agua que llevó en un pequeño morral cruzado sobre el pecho. Nada de carpetas o cartucheras con lápices y crayones esta vez. Esa tarde estaba pensada para el diálogo y los abrazos: debían comenzar a imaginar la vida de allí en más, a planearlo todo con sumo cuidado. Lidia ni siquiera podía imaginarse de qué modo se daría inicio a todo aquello, pero confiaba en que juntos lo lograrían. Pensando en esto llegó al bosque y se internó en él, absorta en mil pensamientos diferentes. Cuando se detuvo en el claro y se acomodó en el pasto, con la espalda apoyada contra una inmensa roca, sus labios formaban una sonrisa de oreja a oreja y sus dedos habían caído sobre el vientre, para acariciarlo sin prisa ni pausa. En ese instante los miedos se habían desvanecido, parecían vencidos definitivamente.

Un pájaro cantó en lo alto y logró que Lidia elevara la mirada. No lo vio entre las ramas y las hojas, pero su trinar persistió como una caricia invisible, como si el ave adivinara aquel estado especial y quisiera aportar un poco de su magia, a aquel momento irrepetible. Lidia se dejó llevar, tanto que cerró los ojos y su cabeza cayó hacia atrás, sobre la roca. Muy pronto se zambulló en las profundidades de un sueño intenso, que se la llevó por varios minutos.

«El bosque se agrietó de extremo a extremo, quebrándose los troncos, rompiéndose las rocas, desintegrándose las plantas y las flores. Los pájaros cayeron, desvanecidos, de sus nidos. Al tocar sus cuerpos el suelo, ya sus corazones habían dejado de latir. Sobre el extenso espacio cada vez más ruinoso y desolador se formó un manto de sonidos a los que nadie hubiese podido dar procedencia; fueron tan desconocidos y enigmáticos como lo más velado del mundo. Allí, en medio de aquel escenario tan apocalíptico, yacía sobre las grietas del suelo y entre la vegetación moribunda una mujer, cuyo rostro todavía conservaba una sonrisa no contaminada. Parecía que soñaba un sueño puro y que los sentimientos que aquello le generaba, se reflejaban en su semblante relajado, limpio de cualquier trágico final. En su vientre nadaba el comienzo de la vida misma, un bulto tan pequeño como milagroso, que latía

con voluntad propia y se iba abriendo camino en las entrañas, percibiendo aquella felicidad de la madre, pero también notando la tragedia exterior. De repente sus movimientos se volvieron frenéticos: dio la sensación de que deseaba salir de allí, huir de la propia morada. La mujer sintió esto y abrió los ojos, a tiempo para ver descender de las alturas a una figura oscura sin rostro, cuyas inmensas alas se abrían a los costados, agitándose con frenesí. Iba en picada... y ella moriría bajo su peso».

Lidia despertó sobresaltada y se incorporó con la urgencia que le provocó el miedo infinito. La imagen del ser oscuro en las alturas no la abandonó mientras se puso de pie, y necesitó mirar hacia arriba, para asegurarse de que nada estuviera a punto de caer sobre su cabeza. Se llevó una mano al pecho y la depositó a la altura del corazón. A su alrededor ya iba cayendo la noche... y Ariel no había llegado. Dio unos pasos en círculo, buscándolo entre los árboles, pensando que quizás él estaría oculto, haciendo las mismas bromas de siempre, pero no. No lo halló por ningún lado. Entonces, sin el menor asomo de duda, empezó a caminar en dirección opuesta a su casa. Salió del bosque y avanzó en un trayecto recto hacia Santo Ceferino.

Jamás se había acercado al orfanato en toda su vida, ni aun después de haberlo conocido a Ariel. Y ahora, a medida que iba acortando la distancia, pensó que debía obedecer a aquel impulso y no echarse atrás. Muy pronto Santo Ceferino se hizo visible a sus ojos. El edificio, imponente con sus techos de tejas y sus paredes de piedra, se le presentó como un lugar desolador a pesar de tanta belleza arquitectónica. La realidad era que aquel sitio siempre había parecido triste a los ojos de todo el mundo. El motivo caía de maduro: albergaba corazones desdichados carentes de familia y afecto, niños y adolescentes con un sueño que parecía muy difícil de poder alcanzar, en la mayoría de los casos. Lidia se detuvo, ni bien llegó a la reja de la entrada y se quedó mirando, entre los barrotes hacia el parque interior. A pocos metros de distancia, dentro de la propiedad, algunos niños y niñas correteaban, bajo la atenta mirada de algunas monjas reunidas en la escalinata de la entrada. Lidia miró a cada uno de ellos y buscó a Ariel en todos los rincones, inclusive en las ventanas del establecimiento, que en la mayoría de los casos tenían las cortinas cerradas. La inquietud que la dominaba era cada

vez mayor. Se aferró a los barrotes de la reja con ambas manos y apoyó la frente entre dos de ellos. De repente tuvo la casi certeza que no lo encontraría, y el alma se le fue a los pies.

—Hola. ¿Quieres que llame a Jacinta? Si estás triste, seguro ella puede ayudarte.

Lidia miró al niño que se le había acercado. Era pelirrojo y tenía un millón de pecas. El pequeño la contemplaba con una preocupación sincera, que ella agradeció muy para sus adentros. Le sonrió y le respondió:

—¿Y quién es Jacinta? ¿Un hada madrina? Si tiene el poder de quitar la tristeza, debe ser eso, o algo parecido.

—No, no es un hada. Es la monja más buena de Santo Ceferino. Ésa que está ahí —señaló hacia la escalinata—. ¿Quieres que la llame?

—No, gracias. Sabes, en realidad estaba buscando a alguien más, y quizás tú puedas ayudarme.

El niño frunció el entrecejo.

—¿A alguien más? ¿A quién?

—A Ariel. Lo conoces, ¿verdad? Vive aquí, en Santo Ceferino. Es uno de los más grandes.

El niño meditó por un breve instante y se le ensombreció la mirada. Lidia notó esto enseguida.

—¿Qué dije? ¿Por qué tienes esa cara?

—¿Eres su amiga? ¿Eres amiga de Ariel?

—Sí, soy su amiga. Dime qué pasa.

Entonces el niño dijo todo de un tirón, y lo que ella escuchó barrió con lo poco del buen ánimo que aún conservaba.

—Ariel se ha ido. Hoy a la mañana las monjas descubrieron que su cama estaba vacía. Sabemos que ya es muy grande... quizás fue por eso que se fue, porque algunos dicen que ya es mayor, pero no le dijo nada a nadie, y ahora las monjas están hablando de eso, y creo que le avisaron a la policía o algo así. No dejó nota ni nada, y todas sus cosas desaparecieron. Es como si nunca

hubiese estado aquí. Escuché decir a alguien en el pasillo que es seguro que él no va a volver. Nadie lo sabe, pero yo creo que eso puede ser. Ariel es valiente, no debe tenerle miedo al mundo allá afuera. Eso pensamos todos.

PARTE 3

Capítulo 18

Tras aquella tarde de la visita a Santo Ceferino, Lidia experimentó una angustia muy parecida a la que sintió al morir su padre, Máximo. Esta segunda pérdida significó mucho más que el final del intenso amor que ella había llegado a considerar como correspondido. Le provocó una devastadora sensación de soledad; fue como si le hubiesen arrancado la mitad del corazón.

El caos en la familia estalló, ni bien conocida la noticia del niño por venir. Catalina sufrió un inmediato ataque de nervios, que no fue fácil de aplacar. Se la debió sedar y estuvo en reposo por casi veinticuatro horas, mientras Marta lloraba por los rincones y Joaquina intentaba serenar todos los ánimos sin mucho éxito. La abuela no reaccionó del mismo modo, ni siquiera parecido, tal vez porque sus sesiones de videncia le habían adelantado en cierta forma un cambio abrupto en la vida de su nieta. Por ende, al escuchar la noticia del embarazo, el impacto no fue el mismo que sufrieron los demás. Llegaría una nueva vida, simplemente era eso. Y aunque nada hubiese sido planeado y el padre de la criatura hubiese escapado de la responsabilidad de aquel modo tan imperdonable, había que celebrar la venida de este ser y bendecir su existencia. Tal cosa pensaba la abuela y llegó a compartir con Lidia, y en un principio la joven madre confió en que todo saldría bien.

Pero no resultó de ese modo. Cuando por fin Catalina recuperó las fuerzas físicas y mentales, abandonó la cama con una dureza en el alma que arrasó con todo a su paso. Fue inútil que Joaquina le rogara y Lidia sollozara, mientras le explicaba que ella tendría a la criatura a pesar de que el padre estuviese ausente. Catalina comunicó su decisión: en esa casa no se criaría a alguien que fuera fruto de una unión no bendecida por Dios. Tales fueron sus palabras, ni una más, ni una menos, que cayeron como una bomba sobre todos los habitantes del hogar. Lidia nunca tendría su consentimiento y su apoyo, tal cosa fue lo que Catalina le juró sobre la memoria del padre muerto.

Al principio, la muchacha se rebeló contra todo lo que su madre dijo. Se mostró fuerte y la desafió repitiéndole hasta el cansancio que su bebé nacería y ella permanecería en la casa que había sido de su padre y donde estaba su abuela, de quien tenía el apoyo absoluto. Como respuesta a esto, la madre vociferó barbaridades irrepetibles y a punto estuvo de abofetear a la hija. La

guerra, inevitablemente, estaba declarada entre ambas. Lidia, por su parte, soportó todo esto con una fortaleza admirable. Se sintió segura y capaz por el simple hecho de contar con la contención de Joaquina. Si la abuela estaba a su lado, podía hacer lo que fuera necesario para defenderse, y a los derechos de su hijo, pero el espíritu de resistencia se agrietó cuando el embarazo llegó a su fase final. Por esa época, Joaquina se acostó a dormir una noche y nunca más despertó. Fue Marta quien la encontró muerta, tras llamar a su puerta una mañana, al ver que la anciana no bajaba por su desayuno. La empleada entró en el dormitorio y fue a levantar la persiana. Cuando miró hacia el lecho, descubrió a Joaquina con la cabeza fuera del colchón, colgando a centímetros de la mesita de luz. Tenía los ojos entreabiertos y parecía que estaba mirando el crucifijo colgado en la pared, pero claro, los ojos ya estaban secos. Entre sollozos, Marta acomodó el cuerpo en el centro del colchón y salió corriendo a comunicar la noticia. Joaquina terminó en el Cementerio de los Abetos, junto a la tumba de Máximo. El velorio fue fugaz y el entierro también rápido. La presencia fundamental en todo aquel despliegue fue la vieja Felicia, que llegó consternada y lloró en silencio, hasta que el ataúd hubo estado bajo tierra. Después, esta amiga de toda la vida se acercó a la familia y presentó su pésame. Con Catalina el saludo fue frío y medido, pero con Lidia la cosa fue bien diferente.

—Tú eras la luz en la vida de tu abuela. Lo sabes, ¿verdad?

Lidia tembló ante aquellas palabras. La vieja Felicia le puso una mano sobre un hombro, y la miró con una intensidad a la que Lidia no estaba acostumbrada.

—Ella también era una luz en la mía —balbuceó la chica, con la voz entrecortada.

—Eso lo sé. Y ambas luces son eternas. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Sí —dijo Lidia, desviando la mirada hacia la tumba.

La vieja Felicia bajó los ojos hacia el vientre abultado.

—Esta criatura es una bendición. Por milagros como este es que uno debe batallar contra los miedos, que son como monstruos posándose sobre el alma. Debes recordarlo... no debes olvidar estas palabras.

La anciana apoyó los dedos sobre el vientre de Lidia, y comenzó una caricia prolongada sobre la tela de su vestido. En otro momento, su actitud le hubiese llegado al fondo del alma, pero en ese instante aquello no le afectó una sola fibra de todo su ser. Tanto dolor la había anestesiado contra cualquier intento de consuelo; era un sentimiento tan fuerte que nada podía funcionar en su contra. Estaba por responderle que le agradecía mucho sus amables palabras (porque algo en esos casos siempre había que decir) cuando la voz chillona de Catalina le sorprendió a sus espaldas:

—¡Lidia! ¿Vienes? Ya nos vamos.

Lidia se alejó rápidamente hacia donde estaba su madre, sin siquiera saludar a la vieja Felicia. Antes de subir al automóvil, volvió la mirada hacia la tumba de Joaquina. Los amores de su vida allí se quedaban, él único que permanecía con ella era el que cargaba en su vientre. Con este pensamiento demoledor se metió en el coche, y se prometió a sí misma que no volvería a Los Abetos por mucho tiempo. Tal vez nunca más lo hiciera.

Capítulo 19

La noche siguiente al entierro de Joaquina, a las tres de la mañana, Lidia abrió los ojos sintiendo que no podía respirar. Un extraño e insoportable olor se levantaba en el dormitorio. Era intenso, parecido al de la carne putrefacta. Tan desagradable resultó que debió correr a abrir la ventana. El bebé, a casi un mes de nacer, pateó con fuerza en ese momento. Lidia sintió esto como una protesta y apoyó las manos sobre la barriga, intentando transmitirle tranquilidad. ¿De dónde provenía ese olor? Ahora, con la ventana abierta, se daba cuenta de que aquello no llegaba desde el exterior. Se tomó algunos minutos para recuperarse gracias a la brisa fresca que la tocaba y después, girando sobre los talones, enfrentó la oscuridad reinante en el dormitorio. Debía atravesar aquel espacio y salir al pasillo, para así descubrir la procedencia del hedor.

Hizo un paso, dos, tres. Al cuarto, un sonido que se originó cerca la frenó en seco. Moviéndola la cabeza hacia un lado y hacia el otro, esforzó la vista en medio de las sombras y junto al armario notó lo diferente: contra la pared chocaba una extraña claridad que se adhería con fuerza al empapelado. No era muy intensa, pero allí estaba —ella no lo estaba soñando— y desconcertaba, porque no tenía lógica en medio de tanta oscuridad instalada. Lidia parpadeó infinidad de veces, como si quisiera asegurarse de lo que estaba viendo. El olor continuaba y era cada vez más fuerte, lo que terminó por provocarle un intenso deseo de vomitar. Sin embargo, sus ojos no se apartaron de aquel rincón y soportando el malestar se mantuvo firme en el sitio, para que finalmente ante sus ojos reapareciera lo que consideraba ya lejano y olvidado.

La figura asomó una vez más desde detrás del armario, pegada a la pared como un dibujo en movimiento. Creció en altura hasta alcanzar con su cabeza el techo. Era negrísima, y sus brazos largos y esqueléticos se extendieron como si quisieran abrazar el espacio entero. Generó, mientras se ensanchaba, un alarido agudo que con el correr de los segundos se transformó en llanto. Y aquel llanto, en sí, también se modificó. Primero se presentó como el de un adulto, y después se volvió insistente y crispante como el de un bebé recién nacido. Penetró los oídos de Lidia obligándola a llevarse las manos a las orejas. La protesta de aquel invasor pareció eterna. Lidia la soportó

encorvada hacia adelante, a punto de caer de rodillas y sintiendo que su vientre se endurecía. En medio de todo aquello, la muchacha creyó percibir la voz de su abuela dándole ánimos, frente a lo desconocido que acechaba. Sí, era la voz de Joaquina sin ninguna duda, que parecía nacer del piso y levantarse como el tallo en crecimiento de una flor silvestre.

—No puedo... —murmuró la chica con apenas un hilo de voz.

«Sí puedes. ¡Sal de allí!», le gritó la anciana.

A duras penas, Lidia se arrastró hasta la puerta cerrada, y se aferró al picaporte con una mano temblorosa y sudada, para tirar de él con el resto de fuerzas que aún conservaba. A esas alturas, el olor nauseabundo le taponaba las fosas nasales, de tal forma que no encontraba el modo de poder llevar aire a los pulmones.

«Será igual en el pasillo, en la escalera, en la casa entera», llegó a pensar. «Lo que se pudre debe estar en todos lados».

La puerta chilló al abrirse. Lidia saltó fuera del dormitorio y aterrizó con los pies descalzos sobre el frío piso del corredor. Apenas tomó contacto con esta parte de la casa, cerrando la puerta tras de sí, el aire se volvió tan limpio como siempre había sido. No existía ni el menor rastro de aquello, tan espantoso que saturaba el dormitorio. La muchacha tosió, inspiró profundamente y volvió a toser. Las lágrimas, a esas alturas, empapaban su rostro. Pensó en Joaquina, en Dios, en su padre, y presintió que algo terrible estaba por suceder. Entonces, de la nada, llegó el dolor crispante que atacó su pelvis y la humedad caliente entre sus piernas. Sin poder luchar más, cayó de rodillas y gritó por ayuda.

* * *

«Los pasos de Joaquina repiquetearon en la distancia, junto al golpeteo rítmico de su bastón contra el suelo. Parecía que la abuela llegaba de la tierra lejana a la que se había marchado para estar junto a la nieta y aplacar su temor. Lidia sintió que la anciana apuraba el paso hacia su encuentro. Mientras la distancia entre las dos se acortaba, saboreó el consuelo renovado, el abrigo

del amor que se había mantenido, a pesar de todo. Estaba acostada. Tenía los ojos cerrados. ¿Estaba soñando, o era un estado intermedio entre el sueño y la vigilia? ¿Había muerto? No, lo último no cabía como posibilidad, porque percibía un latido que llegaba desde el centro de su propio pecho. Había aroma a frutos y flores. Podía estar en un campo, por qué no, o en una casa de bosque. No había gente, más que Joaquina que se acercaba. Escuchó animales, lobos tal vez, merodeando cerca y gimiéndole al cielo en una queja entrecortada. Faltaba algo, ella lo notó enseguida. En su cuerpo había un espacio vacío. La abuela llegó a su lado. Lidia captó su perfume de toda la vida. Al fin. La anciana le tocó el hombro, le sopló un beso al oído. Lidia quiso hablar, pero fue entonces cuando se dio cuenta que estaba instalada en un sueño tan profundo como el mar y que su cuerpo no respondía a sus deseos en lo más mínimo. La abuela se inclinó sobre ella. Con suavidad le besó la frente y le acomodó el cabello detrás de la oreja. Mientras tanto le murmuró algo, pero Lidia no pudo comprender las palabras. Intuyó, sin embargo, un dolor inmenso que se desprendía de la anciana y quiso saber. “¿Por qué sufres, nona?”, pero Joaquina no pudo escucharla. Después de algunos mimos más que le dio, la mujer volvió a alejarse. Sus pasos se perdieron en la distancia envueltos en eco. Tras eso, el silencio fue absoluto».

Despertó con el sonido del ventilador del cielorraso incrustado en el oído, y no tardó demasiado en entender dónde estaba. Las habitaciones de hospital eran inconfundibles en todo sentido. Instintivamente se llevó las manos al vientre. Su hijo había nacido. El sentimiento que la invadió no podría habérselo descrito a nadie. Levantó la cabeza y miró hacia la puerta, que estaba cerrada, y a punto estaba de incorporarse con todo su cuerpo y sentarse sobre el colchón, cuando una enfermera entró. La mujer, delgada en extremo y con una palidez considerable, la observó con una sonrisa forzada. Se acercó a la cama y acomodó un poco la sábana sobre el pecho de Lidia, que no tardó en preguntar:

—¿Dónde está mi hijo?

La enfermera respondió de modo mecánico:

—Lo estamos lavando.

—Quiero verlo. ¿Cuándo lo traen? ¿Y dónde está ella? —enmudeció. Sin darse cuenta, había preguntado por Joaquina.

—¿Te refieres a tu madre? Está afuera, en el pasillo. Le diré que entre, mientras buscamos al niño.

La enfermera salió. Lidia escuchó murmullos y a continuación entró Catalina, envuelta en un tapado oscuro y con una inmensa cartera de cuero colgándole de uno de los brazos. No parecía feliz. Su semblante estaba marcado por una rigidez que impresionaba. Miró a su hija y después desvió los ojos buscando donde sentarse. Junto a la ventana había un silloncito al cual se dirigió sin dudar. Dejó la cartera a un lado y se acomodó con las piernas cruzadas en el asiento mullido. Lidia, a todo esto, la observó realizar cada pequeño movimiento sin decir una sola palabra. Ninguna de las dos tenía ganas de conversar. Aquel encuentro era, simplemente, una cuestión forzada.

—Varón —dijo Catalina.

—Sí.

—Y sano, por lo visto.

—¿Esperabas otra cosa?

Catalina sacudió los hombros, eligiendo ignorar el modo irónico en que Lidia se dirigía a ella. Junto a la única ventana de la habitación colgaba un inmenso crucifijo de madera, con un cristo sangrante que tenía la cabeza ladeada hacia un costado y las costillas traspasando la piel. En esa imagen se concentró la mujer, cuyos pensamientos se remontaron a la religiosidad excesiva que había tenido que soportar en el núcleo familiar, durante la más tierna infancia. Iglesias, misas, confesiones y reglas que ella nunca se hubiese atrevido a romper, pero que Lidia sí había desafiado con el comportamiento de los últimos meses. La vergüenza que sintió al respecto le generó deseos de marcharse de allí. Un hijo sin un padre y sin un matrimonio consumado. Cosas que parecían de moda y que eran sin dudas imperdonables, pero que la muchacha se había permitido sin medir las consecuencias.

—¿Qué pasa que no me lo traen? ¿Puedes ir a ver qué pasa, por favor?

Catalina torció la cabeza y miró hacia la puerta en el preciso instante en que esta se abrió, y la cunita con ruedas se deslizaba dentro. La enfermera la

detuvo junto a la cama y levantó al niño. Lidia abrió los brazos y los estiró hacia su hijo, que llegó a ellos completamente dormido y arropado en una manta blanca de algodón. Aquella criatura era la perfección misma. Lidia jamás había contemplado un rostro tan dulce y sereno como ése. La emoción no tardó en dominarla, provocándole una humedad en los ojos que no pudo ocultar. Segundos después ya estaba llorando y no le importaba lo que su madre fuese a pensar. Llevó una mano al rostro del bebé y con toda la delicadeza del mundo comenzó a acariciarlo. El niño apenas se movió, rendido al sueño más profundo. La enfermera se inclinó hacia ambos y murmuró:

—Llámame más tarde, cuando despierte y quieras amamantarlo. Porque si te resulta difícil, podemos ayudarte.

—Gracias.

Cuando la enfermera salió, Catalina miró hacia los brazos de Lidia con fría curiosidad, pero no mostró intenciones de acercarse al pequeño.

—¿Cómo se llamará?

—No he terminado de decidirlo, pero una posibilidad es que se llame Leo.

—¿Y por qué Leo?

Lidia se encogió de hombros. Al recordar el motivo, la mirada se le iluminó.

—¿Me creerías si te dijera que lo he soñado? He soñado su nombre, en un sueño hermoso, sin miedos ni dolores. De tan lindo que fue, y de tan vívido que resultó, pensé que tal vez se tratara de una señal. Cosas mías, tonterías, pero me ha hecho bien pensar que podría ser el nombre adecuado para él.

—Fíjate —le respondió Catalina sin mostrar una pizca de emoción.

Como si no la hubiera escuchado, Lidia prosiguió:

—Fue ayer a la noche. Ay, mamá, en el sueño aparecía la abuela y traía el nombre de mi hijo entre sus manos y su corazón. Caminaba hacia mí con las manos unidas sobre el pecho y me decía: «Lidia, aquí está el nombre. Tiene que ser Leo». ¡Si supieras la emoción que sentí al despertar! Porque escuché la voz de la abuela como si estuviera viva junto a mí. Fue realmente hermoso,

es por eso que siento que debe llamarse así.

El niño se movió de repente, despertando. Lidia volcó toda la atención en él, lo besó en la frente, le abrió un poco la manta destapando su pecho. Mientras tanto, Catalina se levantó, se puso la cartera al hombro y sin hacer el menor ruido comenzó a caminar hacia la puerta. Su hija le habló cuando ella ya estaba a punto de salir:

—¿No quieres cargarlo? Dale un beso, mamá.

Pero Catalina estaba muy lejos de desearlo, y no se molestó en ocultarlo. Con una mano en el marco de la puerta, a punto de pisar el pasillo, le respondió a la hija sin medir el grado de dolor que provocaría en ella:

—¿Para qué me lo pides? Ya sabes lo que siento y lo que responderé. Has sido terca toda la vida, pero a estas alturas ya deberías hacerte a la idea de que esto nunca será aceptado por mí.

Sin decir más, salió. El bebé, como si lo hubiese percibido todo, estalló en llanto. Los cimientos mismos de aquel lugar parecieron temblar ante su queja.

Capítulo 20

El regreso a la casa intentó ser feliz a pesar de todo. Marta, visiblemente emocionada, esperó en la reja de entrada a que llegara el automóvil manejado por Catalina y que transportaba a la joven madre, con el niño recién nacido en el asiento trasero. Apenas Lidia salió del coche, Marta se abalanzó sobre ella para darle un sonoro beso en la mejilla y poder conocer al bebé. Su rostro enteró brilló de felicidad ante la sola imagen de la criatura, bellísima por donde se la mirara y en ese instante inquieta como si quisiera conocer todo cuanto había a su alrededor.

—Se parece a ti —le dijo Marta a Lidia.

La respuesta de la muchacha sorprendió y causó cierta incomodidad en la buena mujer:

—Gracias, Marta, pero no. Se parece a su padre de la cabeza a los pies, sobre todo cuando abre los ojos. ¿Me ayudas con los bolsos?

En ese preciso instante Catalina dio un portazo a la puerta del conductor, y bordeó el automóvil cargando su cartera y su abrigo doblado sobre el brazo. Apenas prestó atención a Lidia y el niño al pasarles al lado. Entró en la casa sin siquiera saludar a Marta y se escucharon sus pasos escaleras arriba, acto seguido otro portazo en su dormitorio. Marta, algo confundida por toda la situación, no pudo evitar preguntar:

—¿Han discutido?

A lo que la muchacha respondió:

—¿Piensas que tengo energías para discutir? Acabo de parir. Por primera vez en la vida lo que ella haga no me interesa. ¿Me ayudas con los bolsos?

Lidia entró y Marta fue hacia el baúl del coche. Subió las escaleras cargando el equipaje hasta llegar al dormitorio, donde ella misma se había encargado de adornar los rincones con floreros de crisantemos del jardín de la casa. Lidia ni siquiera contempló estos detalles. Junto a la cama se había instalado una cuna de madera y sábanas blancas. La muchacha observó todo con aprobación. Por primera vez en largas horas, una sonrisa se asomó entre sus labios.

—Aún recuerdo la tarde en que la abuela vino a decirme que la había comprado. En ese negocio de cosas de madera y mimbre, detrás de la iglesia. Estaba tan emocionada que cada cinco minutos me abrazaba y me besaba. Decía que haría lo mismo con Leo: llenarlo de besos.

—Ese día Joaquina lloró de dicha. Me interrumpió la preparación del almuerzo, para llenarme el hombro de lágrimas. No me soltaba, pobre mujer. Yo le decía: «Joaquina, no se emocione tanto, que puede ser contraproducente». ¿Y sabes lo que me dijo ella? «Si me tengo que morir de felicidad por mi nieta, eso mismo haré, y me marcharé contenta».

Lidia se volvió hacia Marta, que acababa de acomodar los bolsos sobre el silloncito.

—¿De verdad pasó todo eso?

—¿Y por qué te mentiría yo a ti? Claro que sí. Fue un jueves. Bien lo recuerdo. Cuando llegó el camioncito del flete con la cuna, Joaquina salió rengueando a la puerta, veloz como el mismo diablo. Cuando el fletero subió la cuna hasta aquí, ella fue detrás, intentando no quedar lejos. Le dio propina al hombre, lo acompañó de regreso a la entrada y volvió a la cocina, a decirme que al fin Leo tenía su rinconcito junto a su madre. Eso mismo me dijo, ni una palabra más ni una menos. Y fue entonces cuando me abrazó y lloró. Tu abuela te amaba como a su propia vida o más, niña. No tienes idea de la inmensidad de su amor.

—Mi abuela todavía me ama.

Marta no respondió, porque en ese instante sintió algo que no pudo explicar. En cada una de sus últimas palabras —o tal vez en el tono con que las pronunció— Lidia transmitió una oleada de escalofrío que atacó a la mujer. Marta bien sabía de las creencias de abuela y nieta, de los poderes que la anciana siempre había tenido, inclusive de la fama de bruja que se había creado en todo el pueblo. Todos en la casa, a lo largo de los años, habían debido lidiar con eso. Catalina se burlaba de tales cosas; muy por el contrario, Máximo nunca había hecho un comentario de más. Parecía que el hombre guardaba respeto. Marta, por su lado, no sabía qué pensar. Ella no creía en brujas, poderes sobrenaturales o videncia alguna, pero no podía negar que alguna vez algunas cosas extrañas había percibido en Joaquina, o en la casa

misma. En cuanto a Lidia, tenía sus dudas. Había llegado a pensar que la muchacha llevaba como herencia alguna cosa, pero no podía asegurarlo. «Mi abuela todavía me ama» podía parecer una frase común y corriente a oídos de cualquiera, pero Marta la sintió como algo bien particular.

* * *

Esa noche, Leo durmió en los brazos de Lidia hasta pasadas las doce. Después ella lo acomodó en la cuna, lo arropó y volvió a su cama. Las estrellas, por primera vez en una semana, parpadeaban poderosamente. La luna, redonda y bien blanca, coronaba aquel firmamento. No hacía frío ni calor, la temperatura era ideal. La muchacha mantuvo la ventana entreabierta y una brisa placentera se coló en el dormitorio durante un largo rato.

Como era habitual en ella, al dormirse entró en un sueño profundo cargado de imágenes. Esta vez, el escenario no fue la casa, ni nada que ella conociera en esa vida. Parecía otra tierra, nueva de punta a punta. Primero vio campos y campos de superficie oscura, después se encontró en una especie de cueva, cuyos pasillos laberínticos estaban inundados y de sus paredes colgaban lianas, como en una selva. Lidia se adentró en la oscuridad que se había perpetuado en aquel lugar sin miedo alguno, a pesar de sentir que la negrura podría llegar a chuparla y el aire iba disminuyendo a medida que avanzaba. A lo lejos, muy a lo lejos, comenzó a generarse el llanto de Leo. Fue creciendo a medida que ella avanzaba. Apuró el paso, con los brazos extendidos hacia adelante. Tenía que llegar a él como fuera, hallarlo en esa boca de lobo lo más rápido posible. Tropezó un par de veces y a punto estuvo de caer de frente sobre el fango que se había formado en el suelo, pero se las ingenió para continuar. Lo alcanzaría, lo abrazaría y calmaría su llanto, pensó. Sin embargo, a poco de darle alcance, sintió que algo cambiaba alrededor. Fue como si brazos invisibles la bloquearan el paso. La primera barrera contra su pecho, fue como una palma de mano abierta con dedos tensados. Intentó moverse hacia adelante, pero fue imposible. Aquella mano que no se veía, tenía la fuerza de un gigante, y ella sintió que era inamovible y que difícilmente lograría vencerla. Leo continuaba llorando, pero Lidia entendió que ya no podría llegar a él. Lo llamó a los gritos, pidiéndole que mantuviera la calma.

Entonces, del centro mismo de la tierra, la voz de Catalina se levantó en cuestión de segundos. Le gritó con toda la potencia de su voz ronca que ya no había nada que hacer.

La pobre chica saltó de la cama apenas abrió los ojos. Lo primero que hizo fue mirar en la cuna de Leo, para asegurarse que el niño estuviera bien. La sensación que le había dejado el sueño era terrible: una tristeza infinita, como si hubiese perdido a su hijo dentro de aquella recreación de su mente. Con las manos aferradas al borde de la cuna, intentó recuperar la tranquilidad, pero la angustia continuaba cerrándole el pecho, con la misma fuerza de la mano invisible del sueño.

Cuando por fin logró serenarse, pudo percibir en medio del silencio un sonido apenas audible, que pareció generarse a ras del suelo, a pocos metros de distancia. Torció la cabeza y agudizó la vista. Fue entonces cuando creyó ver una mancha oscura moviéndose en línea recta hacia el ropero, hasta desaparecer detrás de él. Levantó la mirada y volvió a ver a la figura sin rostro levantándose contra la pared y extendiendo los brazos en la misma posición de un cuerpo crucificado. Esta vez el sentimiento que aquello le generó fue diez veces peor, porque ya no estaba sola frente a semejante amenaza. Leo era el motivo por el que hubiese matado o entregado la vida sin dudar, y ya no podía haber espacio —ni en ese cuarto, ni en su vida— para eso oscuro y desconocido que invadía desde hacía tanto tiempo su intimidad. Quiso gritar, pero en cambio le salió de entre los labios una queja entrecortada.

Lo que estaba en la pared se sacudió, se estiró, se ensanchó... y gimió. El sonido que liberó fue lastimero, infinitamente desdichado y crispante. Lidia se arrastró como pudo hasta la cuna y formó sobre Leo un caparazón con su propio cuerpo, inclinándose hacia adelante y estirando los brazos. Se sintió pequeña de repente y tan indefensa como ése al que estaba intentando proteger, pero no se movió de allí. Moriría si era necesario, pero no se apartaría de la cuna.

Capítulo 21

Ocurrió el día que Leo cumplió dos semanas, rato antes de que amaneciera en El Ceibal. Su madre salió entre las sombras, cargándolo en los brazos, y caminó a lo largo de la angosta calle de piedras que conducía al pueblo. A mitad de camino se detuvo, miró en dirección al bosque y pareció dudar. Sus ojos cargaban una mirada desesperada, brillante en medio de la oscuridad, que cobijaba su corazón. El llanto, en ese momento, asomó a través de su garganta convertido en un gemido herido. Leo —como si estuviera ajeno a todo— dormía plácidamente.

Tal vez sea esto lo más difícil para mí de narrar en esta historia, porque hablaré de una madrugada en la que una joven mujer anduvo a ciegas, con el miedo y la desesperación guiándola de un modo confuso, casi juguetón, hacia ninguna parte en especial, pero sí con un propósito concreto. Deambuló durante un largo rato sin saber bien en dónde detenerse. Cualquier posible lugar no le pareció el adecuado. Todavía el sol no había asomado cuando, por esas cosas de la vida, sus pasos se frenaron frente a la iglesia. Entonces levantó la mirada y la chocó contra la inmensa cruz que se asomaba entre el tejado, casi raspando el cielo, imponente en su forma y tamaño. Era una cruz vacía, sin un Cristo crucificado, pero ella igualmente pensó en el Él y murmuró algo entre labios, casi sin voz. No podía seguir caminando porque ya no tenía más fuerzas en el espíritu. No podía seguir. Mientras miraba hacia arriba recordó la sombra ondulante junto al armario, y también se le cruzó el rostro de su madre como la imagen en la que no hubiese deseado pensar. Catalina y su dureza. Catalina y su rechazo hacia Leo. «No tendrás mi ayuda», le había llegado a decir. Joaquina también se asomó a sus pensamientos y la extrañó más que nunca.

—Ay, abuela —murmuró—. Si estuvieras conmigo...

Pero nadie estaba ahí. La soledad iba a su lado, codo a codo en aquella terrible caminata que había decidido dar. La soledad, el miedo, la incertidumbre: todos aquellos endemoniados sentimientos le mordían el alma con voracidad.

Entre la iglesia y el viejo almacén de legumbres había un callejón sin uso y sin salida. Sus paredes eran de ladrillos sucios y su piso de cemento. Lidia se

internó en él con el paso más lento que nunca. Cuando llegó al fondo, miró en derredor. No olía mal ni había suciedad en extremo, pero sin dudas no era un rincón agradable y el primer deseo que uno sentía estando allí era el de largarse. La muchacha también miró hacia arriba en la pared que lindaba con la iglesia y vio una ventana pequeña. Pensó que aquel hueco en aquellos ladrillos sucios y gastados seguramente comunicaría con alguna parte por donde circularan el sacerdote y los monaguillos. Y entonces lo decidió. Si Leo se quedaba allí, muy pronto su llanto alertaría a los religiosos... y estaría a salvo.

El niño se movió en sus brazos, y por un momento pareció abrir los ojos y mirar directamente a los ojos de ella. Entonces Lidia comenzó a llorar en silencio, haciendo todo lo posible por no despertarlo del todo y generarle inquietud, y ese freno que se puso a sí misma a punto estuvo de romperle el pecho. Sintió un dolor infinito, como si una filosísima daga cruzara de lado a lado su cuerpo por dentro. Con el amor más fuerte que nunca, pero también la convicción de que lo que estaba haciendo era lo mejor para él, depositó a Leo en el suelo, sobre unas cajas de cartón que encontró a un costado. Después le cerró la manta sobre el pecho y se inclinó a besarlo por última vez. Leo volvió a moverse y ella, mientras depositaba el beso en su mejilla, sintió el aliento suave y fresco del niño que entreabrió los labios por un instante.

«Tengo que protegerte del desamor que nos amenaza, que es muy grande», pensó. «Estoy sola, no tengo a nadie. No podría hacerte feliz, pero te amaré para siempre».

Entonces se separó de él. Los primeros pasos para alejarse los hizo sin despegarle los ojos de encima, pero ya a mitad del callejón estuvo a punto de tropezar y fue entonces cuando el dolor la superó. Se cubrió la boca con las manos para evitar el grito, giró y salió corriendo.

Capítulo 22

Marta abrió la puerta y el aroma inconfundible de los sahumeros de Joaquina le llegó a la nariz en cuestión de segundos. El sol del mediodía jugaba a aparecer y ocultarse, porque desde el sur llegaban grupos de nubarrones, que amenazaban con derivar en una tormenta. Por consiguiente, el dormitorio de la abuela estaba sumergido en una claridad fugaz que de vez en cuando se reemplazaba por alguna sombra pasajera, y así las paredes cambiaban el aspecto constantemente dependiendo de lo que ocurriera afuera.

Marta cerró la puerta tras de sí y miró en todas las direcciones. Desde la muerte de Joaquina aquel cuarto no había sido tocado, hasta ese día. La cama estaba perfectamente hecha, con su acolchado de dibujos hindúes y sus enormes almohadones contra la cabecera. Todo lo demás, inclusive la ropa de la anciana, todavía no había sido ni siquiera puesto en cajas. El biombo que ocultaba la mesita donde la abuela realizaba sus sesiones de videncia y espiritismo estaba como la mujer lo había dejado: desplegado en su máxima extensión, casi atravesando todo el espacio de pared a pared. Marta se coló por el costado que había quedado libre y al hacerlo pudo ver que, sobre el mantel, un sahumero estaba prendido, ubicado sobre una base de madera que Joaquina siempre había utilizado para ese fin. La mirada de la empleada fue hacia el ventanal entreabierto. Sabía que Lidia estaba allí afuera, sentada a la mesa, bebiendo el té que ella le había preparado un rato antes. Y también sabía que ese día la chica parecía dopada, incapaz de pensar con claridad.

Las horas pasadas habían sido un infierno. Tras regresar a la casa y comunicar entre sollozos que había dejado al bebé en el callejón, Lidia cayó en un ataque de nervios y fue necesario suministrarle calmantes. Mientras tanto se dio aviso a la policía de El Ceibal, que concurrió al lugar en cuestión de segundos. Para ese momento, ya desde el interior de la iglesia se había escuchado el llanto de Leo. El niño fue rescatado por el sacerdote y un monaguillo joven que no salía de su estupor. Ahora, después de que la muchacha hubiese dormido por largas horas, Marta debía contarle la noticia: Leo ya no estaba en peligro.

Lidia ni se movió cuando escuchó los pasos a sus espaldas. Conservaba la taza entre las manos y el té, a medio beber, ya estaba frío. Tenía la mirada

perdida en el horizonte, sobrevolando los tejados del pueblo. Apenas respiraba, por decirlo de algún modo. Tras el abandono había ocurrido un cambio drástico en su apariencia. Su palidez se había acrecentado y sus movimientos en general se habían vuelto torpes. Estaba más encorvada y le temblaban los hombros. Marta la había visto llegar por la puerta trasera y la primera impresión había sido la de ver a un fantasma.

—Dame la taza —murmuró, y tomó el objeto de entre las manos de la chica.

Lidia abrió las manos para permitirse. Vio de reojo como Marta corría la silla y siguió detenidamente cada uno de sus movimientos, hasta que la mujer estuvo ubicada a su lado. Marta llevaba una expresión incapaz de ocultar el torbellino de emociones que su corazón albergaba. Ante la atención absoluta de Lidia se sintió nerviosa, porque la mirada de la chica se había vuelto fulminante.

—El bebé está a salvo —comenzó diciendo—. Lo llevarán a la Casa de Los Infantes. La recuerdas, ¿verdad? Allí se quedará, a la espera de una nueva familia.

La Casa de los Infantes era un lugar en las afueras de El Ceibal donde se recibía a los bebés abandonados recién nacidos. A partir de allí se movían los hilos para que la criatura en cuestión hallara un nuevo hogar. Si pasado un tiempo eso no ocurría, el destino más seguro era el Orfanato Santo Ceferino.

—Ahora vienen algunas cuestiones burocráticas que ni tu madre ni tú podrán evitar, pero de eso supongo te hablará ella. Lidia, ¿me oyes?

Entonces, la muchacha se aflojó. Sus brazos cayeron a los costados de la silla, soltó un profundo suspiro y direccionó la cabeza hacia adelante, chocando el mentón contra el pecho. Lloró con todas las fuerzas de su alma, ante la actitud paralizada de Marta, que en los primeros instantes no pudo hacer más que observarla con tristeza y estupor. Después la empleada se levantó, se paró junto a la silla de la muchacha y la atrajo hacia sí, haciéndola apoyar la cabeza contra su abdomen. Le acarició el cabello durante un largo rato, susurrándole palabras tranquilizadoras, hasta que el llanto cesó.

—Creo que sería bueno que durmieras un poco.

Lidia levantó la mirada hacia el rostro de Marta y sin dudarle respondió:

—No puedo entrar en mi dormitorio. No mientras estén todas sus cosas... la cuna, los peluches...

—Ya no hay nada. Lo hemos sacado todo.

Lidia se tomó un momento antes de responder. Después agregó:

—No creo que hayan sacado «todo».

—¿No confías en mí? ¿Cuándo te he mentido? Ya no hay nada, querida.

—Prefiero quedarme aquí, en la terraza, o en todo caso dormir allí, en la cama de la abuela. Por favor —le respondió Lidia como si no la hubiese oído.

Marta hizo una mueca. Pareció que la propuesta de Lidia no le gustaba mucho.

—Hagamos una cosa: me darás unas horas para que acondicione este dormitorio. Inclusive esta terraza necesita agua y detergente. Mientras tanto, puedes ir a donde te plazca, el parque, la sala, ¡hasta mi dormitorio puedes ocupar! Cuando te avise podrás volver y descansar.

Lidia aceptó a regañadientes. Salió, mientras Marta comenzaba a correr las cortinas y abrir las ventanas para airear el espacio. Con desgano, comenzó a caminar por el pasillo, hasta que llegó a la puerta de su propio dormitorio. Estaba cerrada, como era costumbre, pero fantaseó al mirarla con que estuviera clausurada bajo mil candados. No podía entrar, y no era precisamente por la presencia o no de la cuna y otros detalles, sino porque le temía a lo que se agazapaba junto al armario. Su abuela, inevitablemente, acudió a sus pensamientos y le murmuró que las cosas debían ser enfrentadas. Lidia sintió que se le comprimía el corazón. Como si pretendiera rezar, entrelazó los dedos debajo del mentón y cerró los ojos. Joaquina hubiese muerto de dolor ante el abandono de Leo. Con toda seguridad hubiese intentado impedirlo, y con total certeza nunca lo hubiera perdonado.

—Perdóname, abuela —susurró.

Joaquina se formó con más claridad en su mente. La vio espléndida, radiante, envuelta en luz. La anciana extendía un brazo hacia el dormitorio, como si estuviera invitándola a entrar y enfrentar lo que se presentara en el momento. Lidia permaneció en aquella visión, sin perderle detalle. Era la

primera vez desde su muerte que la abuela llegaba a ella de un modo tan nítido. Y fue tal la insistencia que la muchacha notó en aquel gesto del brazo, que finalmente abrió los ojos, dispuesta a obedecer.

El frío picaporte recibió sus dedos temblorosos. Cuando la puerta se abrió, Lidia pensó en salir corriendo, pero por un milagro no lo hizo. Había en el dormitorio una penumbra agradable, porque las persianas estaban a medio bajar. Lo que se veía era lo justo y lo necesario para no llevarse ningún mueble por delante. Lidia entró, dejando la puerta entreabierta. Caminó unos pocos pasos que la llevaron al centro del cuarto y se detuvo, con la mirada fija en la cama. No quería voltearse y mirar a sus espaldas, porque temía la confrontación con el armario y el espacio vacío junto a éste. Le llevó algunos segundos juntar el valor necesario, y cuando por fin se sintió preparada, giró y enfrentó la incertidumbre.

El mueble tenía una de las puertas abierta, que oscilaba como movida por un viento inexistente. Lidia observó este detalle sintiendo que los nervios comenzaban a trepársele al cuerpo. Dio un paso hacia un costado, intentando lograr un ángulo que favoreciera la visión del interior del ropero, que a simple vista aparecía como un cuadrado negro en medio de la penumbra. En ese preciso instante la puerta se cerró de un golpe. Lidia se sobresaltó y dejó escapar un grito, pero no tuvo tiempo para una reacción más prolongada que ésa. De detrás del mastodonte de madera volvió a surgir la enigmática figura. Se levantó sobre la pared con rapidez y flameó los brazos. Primero gritó, después pareció soltar algunas palabras en un extraño idioma que ella no pudo descifrar y por último enmudeció. Ante el silencio de la figura, sin pensarlo Lidia retrocedió. Llegó a chocarse con el borde de la cama y a punto estuvo de caer sobre el colchón, pero logró el equilibrio. Muy lentamente se fueron formando en el rostro oscuro dos puntos brillantes que crecieron en tamaño y cobraron la forma de dos ojos humanos. Estos ojos, perfectos en forma, tamaño y detalle, perforaron a Lidia con su intenso mirar. Ya no había sonido alguno que saliera de aquella forma. Ahora sólo existía el contacto visual entre los dos. Lidia soportó el miedo y se atrevió a sumergirse en la luz que despedían, y entonces ocurrió el milagro. La forma dejó de ser oscura y terrorífica, sufriendo un cambio total y absoluto. A través de la negrura se abrió paso una hermosa piel trigueña que comenzó a ganar espacio rápidamente. Después llegaron los labios, la nariz, el cabello. Fue, de la

cabeza a los pies, la imagen de un niño pequeño, que en cuestión de segundos se convirtió en un joven y después en un adulto. Ya no lloraba ni gemía, sino que se mantenía erguido, seguro, confiado. La luz que despedía su mirada no hablaba de otra cosa que de triunfo, sobre todo el tiempo que aquella sombra junto al armario había significado queja y dolor. Y se mantuvo así ante Lidia el tiempo suficiente para que ella comprendiera el mensaje que aquello estaba queriendo transmitirle: todo estaría bien. Leo lo estaría.

Capítulo 23

El tiempo pasó sobre la vieja casa de El Ceibal, pero no pudo barrer con los recuerdos y los dolores más profundos. Los años corrieron, los amaneceres se sucedieron e inclusive las almas marcharon. Catalina murió primero, diez años después de que Lidia abandonara a Leo. Fue durante una primavera y el escenario fue la parte trasera del jardín de la casa. Estaba podando rosales con su enorme tijera en mano y sus guantes puestos, cuando de repente se desvaneció y ya no volvió a despertar. Cayó como una marioneta rota entre los arbustos y su cuerpo tardó en ser descubierto; esto último sucedió llegado el anochecer, cuando su ausencia comenzó a llamar la atención, y Lidia y Marta debieron salir en su búsqueda. Por ese entonces Lidia tenía veintisiete años y recibió la partida de su progenitora sin mucha emoción, menos llanto. Marta recordaría durante mucho tiempo que al descubrir el cadáver, la joven inspiró profundamente y largó el aire despacio, manteniendo la mirada fija en el cuerpo con el semblante congelado en una expresión nula. En ese momento no se le escapó ni una lágrima, y con el correr de los días hubo algo en sus reacciones, que le hicieron pensar a Marta, que la joven al fin se había quitado un gran peso de encima.

Juntas vivieron muchos años más. La empleada puso en todo un toque maternal e hizo sentir a Lidia que existía para ella un espacio de contención, hasta su propia muerte. Cuando esto ocurrió, Lidia tenía más de cuarenta años y un destino marcado: el de la soledad y los libros, los atardeceres de introspección y los recuerdos. Cuando llegó a la vejez, todo se puso un poco más complicado. Con la muerte más cerca, comenzó a desear que todo hubiese sido diferente en la vida, y sus temores y ansiedades crearon a su alrededor un mundo misterioso de cosas que nunca compartió con nadie. Lo más llamativo fue lo que ocurrió con la calle que conducía al centro del pueblo, ésa por la que caminó con Leo en los brazos en el amanecer del abandono. Por allí vio aparecer una tarde a una sombra escurridiza que zigzagueó entre los árboles y pareció jugar a esconderse de su mirada. Una vez que hubo aparecido, ya nunca más se fue. Llegó en cada atardecer alrededor de las seis y siempre aguardó a que Lidia la descubriera a pocos metros de la reja de entrada. Una vez que la anciana la veía, comenzaba a correr y a esconderse, hasta desaparecer a lo lejos, casi llegando al centro. Con la poca vitalidad de su

cuerpo y sus pasos poco firmes, Lidia intentó seguirla un par de veces, pero nunca le dio alcance. Siempre pensó, en medio de tales intentos de persecución, que aquello que se presentaba podía ser el mismo Leo o algo que viniera de él y estuviera intentando comunicarse. Pobre mujer, vivió así hasta los últimos minutos de su intensa existencia. La noche en que murió, se acostó a dormir como cada vez y cerró los ojos recitando la misma oración de siempre. Esa noche, se prometió a sí misma llevar flores al callejón del costado de la iglesia a la mañana siguiente, como un modo de expresar su arrepentimiento y rendir homenaje al pequeño que allí dejó. Su deseo quedó truncado y las flores —compradas la tarde anterior— abandonadas hasta marchitarse sobre la mesa de la cocina. Murió a la misma hora que nació, a las tres de la madrugada en punto, con Joaquina susurrándole al oído que descansara, que al fin había llegado el tiempo de estar paz.

FIN